

11 CONCURSO

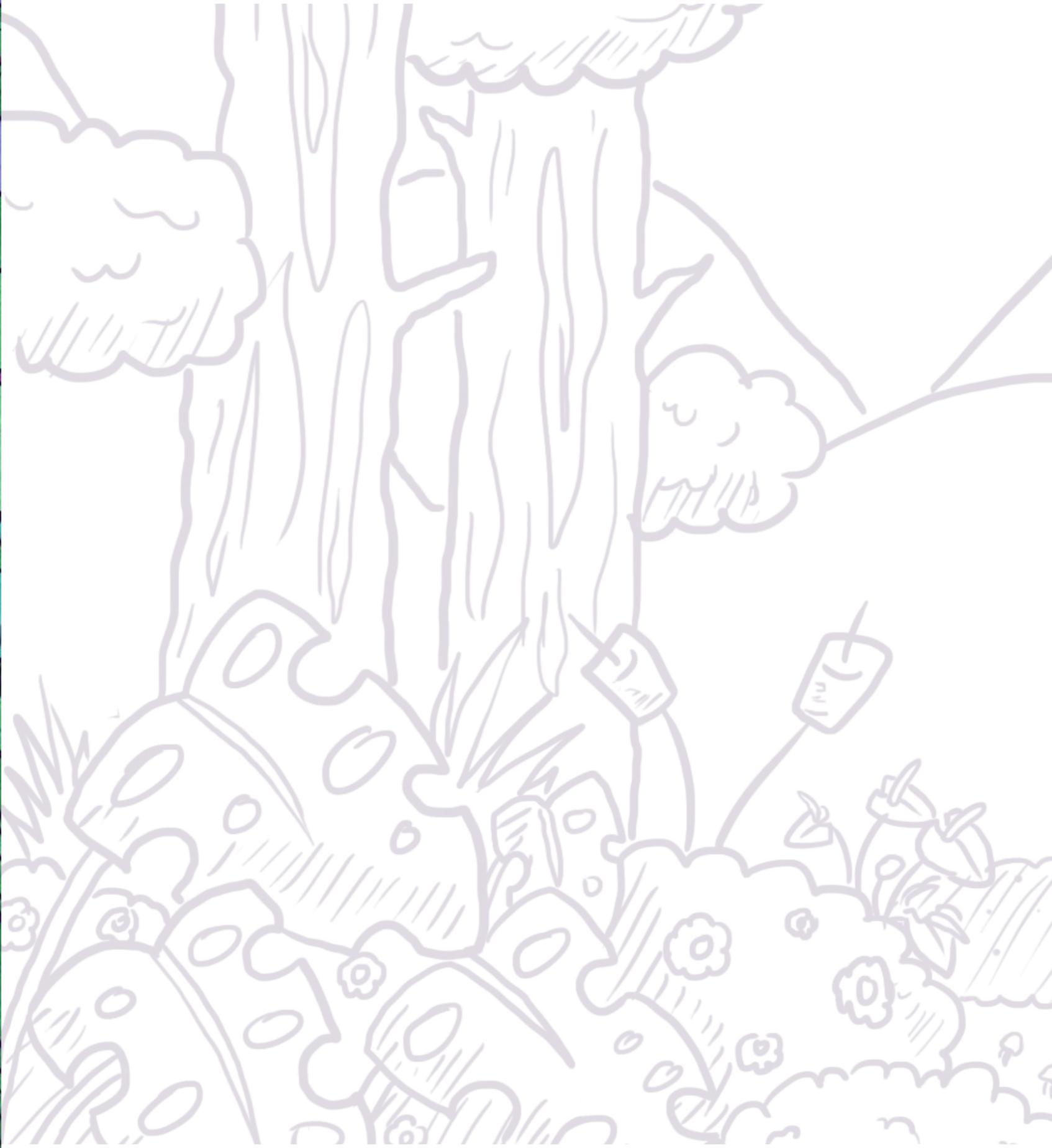
de crónica infantil y Juvenil

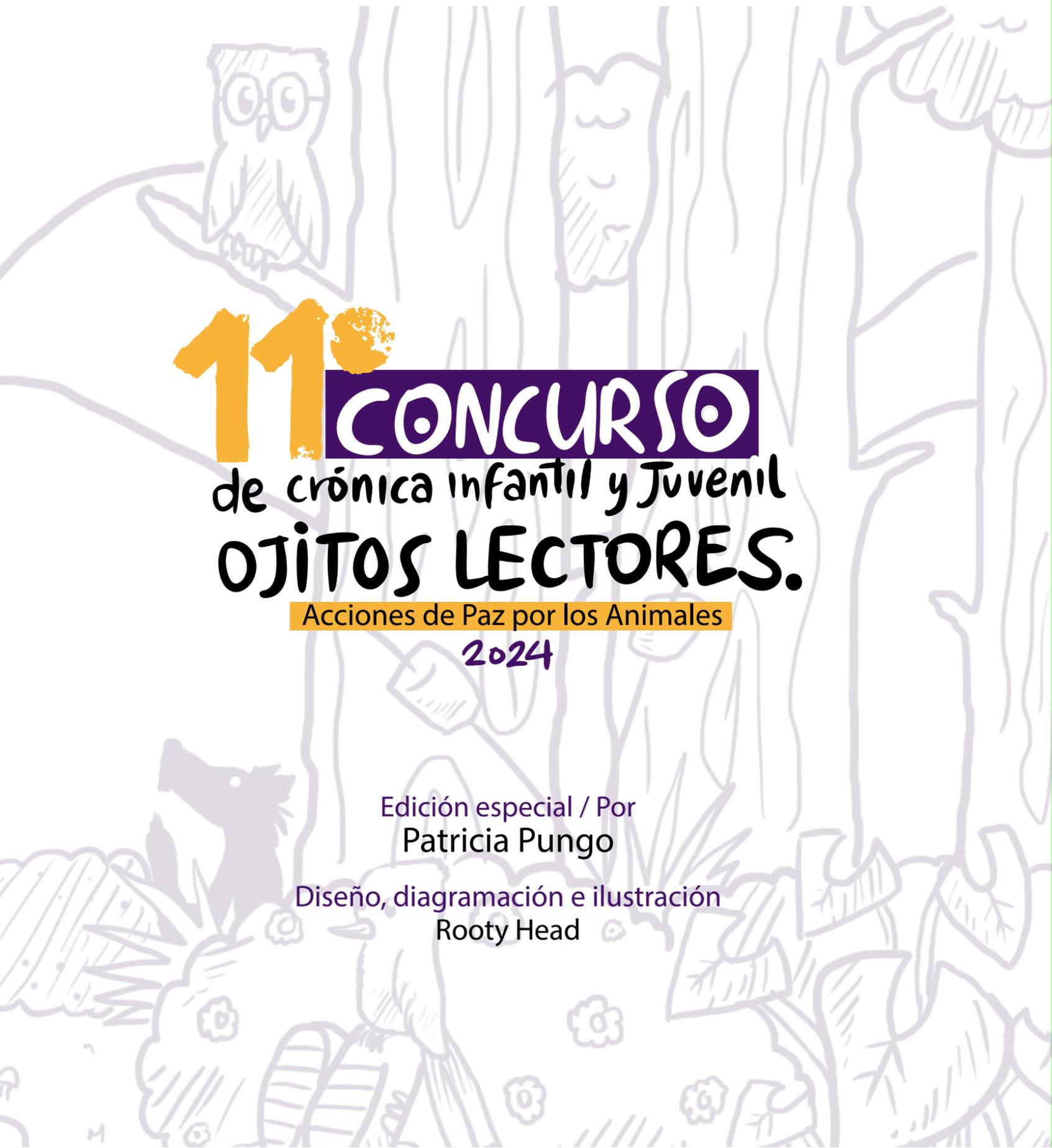
OJITOS LECTORES.

Acciones de Paz por los Animales

2024

-Ojitos-lectores-





11 CONCURSO

de crónica infantil y Juvenil

OJITOS LECTORES.

Acciones de Paz por los Animales
2024

Edición especial / Por
Patricia Pungo

Diseño, diagramación e ilustración
Rooty Head

¡Queridos lectores!

Es un verdadero honor poder compartir con ustedes esta edición especial que reúne las crónicas más inspiradoras del undécimo Concurso de Crónica Infantil y Juvenil, cuyo tema central ha sido “acciones de paz por los animales”. Queremos agradecer de corazón a las secretarías de educación, a los docentes, a las familias y, sobre todo, a todos los niños y jóvenes que con su entusiasmo, creatividad y compromiso hicieron posible esta hermosa iniciativa.

Nos complace contarles que este concurso ha sido una experiencia muy especial y llena de logros. Gracias a su participación, a sus historias y experiencias, hemos creado este libro con la intención de fortalecer en todos ustedes habilidades muy importantes, como la amistad, la empatía y el trabajo en equipo. Además, buscamos promover el cuidado y respeto por nuestro planeta, los animales y las personas que nos rodean, tanto en la escuela como en casa.

Cada historia es una oportunidad maravillosa para conversar y reflexionar sobre cómo podemos hacer

del mundo un lugar más justo y lleno de paz. En esta edición, además de las ilustraciones que acompañan cada relato, hemos incluido códigos QR en su interior. Solo con escanearlos, podrán escuchar crónicas sonoras y ver videos que explican la razón de ser de Ojitos Lectores, enriqueciendo aún más su experiencia y permitiendo que las historias cobren vida.

Queremos destacar que cada pequeña o gran acción de paz en favor de los animales ayuda a construir una cultura de bienestar y respeto, transformando corazones y mentes, y formando mejores seres humanos. ¡Cada uno de ustedes puede hacer la diferencia!

Los invitamos a seguir leyendo, participando y soñando con un mundo donde la paz, el amor y el respeto por toda forma de vida sean la base de nuestras acciones. ¡Juntos podemos lograr un cambio positivo y construir un futuro más esperanzador!

Con mucho cariño,

Patricia Pungo
Patricia Pungo
Gestora Ojitos Lectores

Una rifa por Ofelia

Por: Jesús David Pico Vesga
Docente: María Isabel Pico Rodríguez
Colegio Departamental La Inmaculada
Palmas del Socorro, Santander



¡Escucha aquí el podcast!

Desde que tengo mis primeros recuerdos, veía todas las mañanas pasar a Ofelia, cargando dos grandes canecas, donde su propietaria recogía todos los sobrantes de cocina para alimentar a un buen número de cerdos que tenía a las afueras del pueblo.

Ofelia era una burrita obediente y trabajadora, con un caminar lento propio de unos cascos sin herraduras. Siempre la vi como un animal noble y pensaba que su ama debía quererla mucho y tenerle alguna consideración. Pasado el tiempo y cuando ya mis esfuerzos daban para salir a entregar los desperdicios, le pedí a mi madre un pedazo de panela, pues alguna vez escuché a mi padre decir que la panela hacía muy felices a los burros.

Para mí llegaron los años de ir a la escuela y estudiar, de tener amigos, de correr alegres por las calles del pueblo donde la vida parecía que era un juego, una diversión diaria. Ofelia seguía con su rutinaria labor.

Una tarde encontramos a Ofelia cabizbaja y cojeando de su pata izquierda; se veía abandonada y deambulando por las calles del pueblo. Con unos compañeros corrimos a preguntarle a su dueña y nos contó que había metido la pata en una alcantarilla y que se la había fracturado y que, por lo tanto, la había echado a la calle porque, como estaba tan vieja, ya no le servía.

Con ilusión le propuse que me la regalara, que yo me haría cargo, pero su ambiciosa y despiadada dueña me dijo que le estaban ofreciendo una buena plata para la salsamentaría. Que si yo le podía dar un poco más de lo que allí le daban, entonces sí me la dejaba.

Convencí a varios amigos y compañeros del colegio para adelantar una campaña que salvara a Ofelia de las pretensiones de su dueña; llegamos a la conclusión de que una rifa nos generaría el dinero para comprarla. La rifa fue todo un éxito y el siguiente paso fue convencer al rector de nuestro colegio agrícola de que nos permitiera llevar a Ofelia a los potreros de la institución.

El mismo rector, solidarizado con la causa de Ofelia, consiguió un veterinario para que la curara de su pata rota y que además la purgara y le pusiera vitaminas para que cogiera fuerza y se mejorara lo antes posible.

Hoy Ofelia pasa una vejez tranquila y armoniosa, bajo la protección, el cuidado y el cariño de muchos alumnos del colegio que ven en ella un animal resiliente y laborioso que merece toda la atención.

De esta forma, Ofelia nos enseña que los animales, así como las personas, merecemos una vejez tranquila y en paz como gratitud a esa dedicación y entrega con la que ha trabajado durante los mejores años de su vida.

Salvando vidas felinas de la amenaza del envenenamiento

Por: Samuel Aldana Varón

Docente: Mariana Roa Araujo

Liceo Moderno Nelly Perdomo De Falla

San Vicente del Caguán, Caquetá



La primavera es mi barrio, donde los gatos solían deambular libremente, pero de un momento a otro, Luis, mi gato, apareció muerto sin estar enfermo. Mi abuelo Alonso se preocupó porque también él lo quería mucho y dijo que le habían dado veneno. Salimos a caminar con mi abuelo porque tenía mucha tristeza y nos encontramos con Paul, mi primo, y nos invitó a su casa. Allí le contamos que Luis había muerto y él dijo: “Tengan cuidado, porque están matando a los gatos”. ¿Por qué? ¿Quién? Preguntó mi abuelo. Porque a la vecina María no le gustan los felinos porque dice que son ladrones. Los informes de gatos envenenados alarmaron a la comunidad, despertando una ola de tristeza y rabia.

Todo comenzó cuando Ana, una amante de los animales que vive también allí, encontró a su querido gato Simba envenenado. La desesperación la llevó a buscar respuestas y, al descubrir que no era un caso aislado, decidió actuar. Ana organizó una reunión comunitaria en la caseta del barrio, donde compartió su experiencia y alentó a otros a unir fuerzas. Fue así como nacieron los Protectores de Gatos Urbanos, un grupo de 3 personas, incluido mi abuelo, dedicado a proteger a los gatos de la amenaza del envenenamiento.

El primer paso del grupo fue investigar las causas del envenenamiento. Le pidieron ayuda a un veterinario amigo para identificar las sustancias tóxicas y el lugar donde lo colocaban, descubriendo que los venenos utilizados eran mataratas, a menudo colocados en áreas accesibles para los gatos.

Con esta información, los Protectores de Gatos Urbanos lanzaron una campaña educativa. Dando charlas en la comunidad para informar a los vecinos sobre los peligros del envenenamiento. La respuesta fue abrumadora: los residentes comenzaron a reemplazar los venenos por alternativas más seguras, como trampas humanitarias y repelentes naturales.

Además de la educación, el grupo estableció una red de vigilancia para detectar y rescatar a gatos envenenados. Uno de los rescates más memorables fue el de Luna, una gata que fue encontrada en estado crítico. Gracias a la rápida intervención de los voluntarios y al cuidado veterinario especializado, Luna logró recuperarse. Su historia se convirtió en un símbolo de esperanza y motivación para la comunidad.

Los Protectores de Gatos Urbanos entendieron que, para lograr un cambio duradero, era esencial fortalecer el sentido de comunidad. Organizaron eventos de adopción, ferias de salud animal y jornadas de esterilización gratuita. Estos eventos no solo mejoraron la vida de los gatos, sino que también unieron a los vecinos en una causa común.

Hoy, gracias a los incansables esfuerzos de los Protectores de Gatos Urbanos, en el barrio se ha visto una disminución significativa en los casos de envenenamiento. Los gatos ahora deambulan con mayor seguridad, y la comunidad ha adoptado una actitud más consciente y responsable, tanto que mi abuelito adoptó para mí un gatito que habían

abandonado en una maleta junto al andén de nuestra casa.

Es tan lindo porque es amarillo y tiene manchas blancas y lo bauticé con el nombre de Rambo porque luchó por su vida para no morir esa noche que llovió tanto cuando fue abandonado.

Los Protectores de Gatos Urbanos es un testimonio de lo que puede lograrse cuando una comunidad se une en defensa de los más vulnerables. Su historia nos recuerda que, con educación, compasión y acción colectiva, es posible crear un entorno donde todos los seres vivos puedan prosperar y vivir en paz.



Una voz para quienes no pueden hablar



Por: María del Mar Aguirre Ruiz
Docente: Yessy Tatiana Rentería Córdoba
Institución Educativa Ramón Lozano Garcés
Litoral del San Juan, Chocó



Hace poco tiempo, descubrí un grupo en mi comunidad que se dedica a proteger a los animales. En un mundo donde a menudo los animales no son la prioridad, conocer a personas que luchan por ellos fue algo que cambió mi pensamiento.

En esta crónica, compartiré lo que aprendí al acompañar a este grupo y cómo sus acciones de paz por los animales están generando un cambio no solo en la vida de los animales, sino también en la comunidad y en cada uno de nosotros.

Todo comenzó una mañana de sábado. Me dirigí al parque como de costumbre, cuando vi algo diferente: un grupo de personas con camisetas que decían "Guardianas de la Vida". Estaban repartiendo comida para perros y gatos que vivían en la calle, algunos de los cuales yo había visto antes, pero nunca me había detenido a pensar en ellos.

Me acerqué con curiosidad y noté cómo uno de los perritos, flaco y con una mirada triste, esperaba pacientemente su turno para recibir comida. Sus ojos me transmitieron una mezcla de agradecimiento y tristeza que me hizo reflexionar. ¿Cómo era posible que estos animales vivieran en la calle sin que nadie les prestara atención?

Las Guardianas de la Vida me explicaron su misión: querían crear un espacio seguro para los animales en la calle. No solo les daban comida, sino que también

intentaban encontrarles un hogar. Cada fin de semana se reunían en el parque para limpiar el área, llevar agua y alimento, y organizar jornadas de adopción. Lo que más me impresionó fue que lo hacían todo de manera voluntaria, sin esperar nada a cambio. Este trabajo de paz lo hacían por amor.

Las "Guardianas de la Vida" eran un grupo de personas que habían decidido, por iniciativa propia, ayudar a los animales abandonados de nuestra comunidad. Ellas me contaron cómo todo había comenzado con una mujer, Laura, que un día decidió no mirar más hacia otro lado. Después de encontrar un gato herido en la calle y llevarlo al veterinario, Laura se dio cuenta de que había más animales necesitados que nadie estaba ayudando. Poco a poco, fue sumando a más personas hasta formar este grupo.

Cada semana, las Guardianas de la Vida se reúnen para hacer recorridos por el pueblo. Llevan comida, agua y medicinas para los animales que se encuentran en malas condiciones. Su interés no es solo alimentarlos, sino también crear conciencia entre la gente. Muchas personas ni siquiera se detuvieron a pensar en lo que un animal abandonado tiene que pasar: hambre, frío, enfermedad y, sobre todo, el abandono y la soledad.

Lo que más me impresionó de las Guardianas fueron las historias de los animales que habían rescatado. Una de las más conmovedoras fue la de Max, un perro que vivía bajo un puente y que había sido atropellado por un

coche. Nadie lo había ayudado, hasta que una de las voluntarias lo encontró. Lo llevaron de urgencia al veterinario, y aunque las heridas eran graves, Max sobrevivió. Luego de meses de recuperación, Max encontró un hogar con una familia que lo adoptó, donde ahora vive feliz.

Otra historia fue la de Luna, una gata que fue encontrada con una pata rota. Ella había sido maltratada por personas que no entendían la importancia de cuidar y respetar a los animales. Después de varias cirugías y mucho cuidado, Luna también fue adoptada. Estas historias no son aisladas. Cada rescate es una historia de lucha, dolor, pero también de esperanza.

Con el tiempo, me di cuenta de que las acciones de paz por los animales no solo estaban ayudando a los propios animales, sino que también estaban transformando a la comunidad. Antes, muchas personas no prestaban atención a los perros y gatos que vivían en la calle. Incluso algunos vecinos se quejaban de ellos o los alejaban de sus casas. Pero el trabajo constante de las Guardianas de la Vida comenzó a cambiar esta mentalidad.

Un día, en una de las jornadas de adopción que organizaron en el parque, vi a una familia que decidió adoptar a un perro que había vivido por meses en las calles. La alegría en los ojos de los niños al recibir a su nuevo compañero era inmensa. Pero lo más

sorprendente fue ver cómo, poco a poco, más personas comenzaron a unirse al esfuerzo de ayudar. Algunos vecinos ofrecieron comida, otros donaron mantas para los refugios, y otros comenzaron a acompañar a las Guardianas en sus recorridos por la ciudad. El simple hecho de ver cómo una acción de paz por los animales podía unir a la gente me hizo entender el verdadero poder del respeto y la compasión.

Lo más importante de este movimiento es cómo está influyendo en las nuevas generaciones. En las jornadas de rescate y adopción, vi a muchos niños acompañando a sus padres, aprendiendo desde pequeños el valor del respeto por los seres vivos. En la escuela, incluso hemos empezado a hablar más sobre el cuidado de los animales, y algunos de mis compañeros de clase se han unido a las Guardianas de la Vida para ayudar durante los fines de semana.

Estas acciones de paz no solo benefician a los animales, sino que también nos hacen mejores personas. Nos enseñan que los seres humanos no somos los únicos habitantes de este planeta y que los animales también merecen vivir en paz y con dignidad. Como dijo una de las voluntarias: "No podemos hablar de paz si no incluimos a todos los seres vivos en nuestra lucha".

Las Guardianas de la Vida continúan con su trabajo silencioso, pero su impacto sigue creciendo. Lo que comenzó como una pequeña iniciativa se ha convertido en un movimiento que ha tocado los corazones de

muchas personas. Han logrado que más de 50 animales sean adoptados en los últimos meses y siguen luchando por mejorar las condiciones de aquellos que aún no han encontrado un hogar.

Mi experiencia con ellas me ha enseñado que todos podemos hacer algo por los animales. No se trata solo de rescatar o alimentar, sino de generar conciencia, de hablar con nuestros amigos, familiares y vecinos sobre la importancia de respetar a los animales. Yo me siento muy agradecido de haber conocido a las Guardianas de la Vida y haber aprendido sobre la importancia de cuidar a los animales. Ahora, sé que cada uno de nosotros puede hacer algo para cambiar el mundo, incluso si es solo cuidando a un animal. Las pequeñas acciones se convierten en grandes transformaciones. La paz no es solo una cuestión entre los seres humanos; también debe incluir a aquellos que no pueden hablar, pero que sienten y sufren igual que nosotros.

Al final, la paz comienza en los pequeños gestos, y los animales, aunque no puedan hablar, nos lo agradecerán siempre.



La vida de un gato

Por: Santiago Alejandro López Vargas
Docente: Jhoana Rocío Paz Guerrero
Institución educativa instituto Teresiano
Túquerres, Nariño, Colombia



El gato se despertó de su siesta, estirando sus patas y arqueando su espalda. Miró alrededor con sus ojos verdes, como si estuviera inspeccionando su reino.

Se levantó y se acercó a la ventana, donde se quedó mirando el exterior con una mezcla de curiosidad y aburrimiento.

De repente, vio un pájaro posado en la ventana. El gato se agazapó, con los músculos tensos y la cola temblando. Se acercó sigilosamente, intentando no hacer ruido. El pájaro, ajeno al peligro, siguió cantando.

El gato saltó, pero el pájaro escapó a tiempo. El gato se quedó con las patas en el aire, mirando al pájaro que se alejaba.

Se bajó de la ventana, con una expresión de decepción, pero el gato no se rindió. Se acercó a su dueño, que estaba sentado en el sofá, y se subió a su regazo.

Comenzó a ronronear, pidiendo atención. Su dueño le acarició la cabeza y le dio golosinas. El gato se quedó allí, disfrutando de la atención y el calor. Era un rey, y sabía que siempre tendría a alguien que lo cuidara.

La crónica del gato es una historia de curiosidad, caza y amor. Es un animal que siempre está explorando, siempre está buscando algo más. Pero también es un animal que necesita amor y atención, y que se entrega completamente a aquellos que lo cuidan.

Después de un rato de caricias y golosinas, el gato se levantó y se estiró nuevamente. Se acercó a su tazón de comida y comenzó a comer con parsimonia. Su dueño se rió al verlo, ya que el gato siempre comía como si estuviera en un restaurante de cinco estrellas.

Después de comer, el gato se acercó a su caja de arena y comenzó a limpiarse. Se pasó un buen rato arreglando su pelaje, asegurándose de que cada pelo estuviera en su lugar.

Una vez que terminó, se acercó a la puerta y comenzó a maullar. Su dueño se rió y le abrió la puerta, dejándolo salir al jardín. El gato se fue corriendo, explorando cada rincón del jardín y oliendo cada hierba.

De repente, vio un insecto y se agazapó. Comenzó a acecharlo, moviéndose sigilosamente. El insecto no se dio cuenta del peligro que lo acechaba, y el gato lo atrapó con facilidad.

El gato se lo llevó a su dueño, como un trofeo. Su dueño se rió y le dio una golosina, felicitándolo por su cacería. El gato se fue, satisfecho con su logro.

Así es la vida del gato, un animal que siempre está explorando, cazando y disfrutando de la atención. Un animal que siempre es fiel a sí mismo, y que siempre nos hace reír y sonreír.

Después de su exitosa cacería, el gato se fue a tomar un

descanso en su lugar favorito: un rayo de sol que entraba por la ventana. Se estiró y se acurrucó, disfrutando del calor y la luz.

Mientras dormía, su dueño se sentó a su lado y comenzó a acariciarlo. El gato se despertó un poco y comenzó a ronronear, disfrutando de la atención.

De repente, el gato se levantó y se acercó a su dueño. Comenzó a frotarse contra su pierna, pidiendo más atención. Su dueño se rió y comenzó a jugar con él, tirándole un ovillo de hilo.

El gato se lanzó a cazar el ovillo, corriendo por toda la habitación. Su dueño se rió al verlo, ya que el gato siempre jugaba con tanta pasión.

Después de un rato de juego, el gato se cansó y se acurrucó en el regazo de su dueño. Se quedó allí un rato, disfrutando del calor y la compañía.

Luego, el gato se levantó y se acercó a la ventana. Miró hacia afuera, viendo la lluvia que comenzaba a caer. Se acurrucó en su lugar favorito y se quedó mirando la lluvia, disfrutando del sonido y la vista.

Así es la vida del gato, un animal que siempre está disfrutando de la atención, el juego y la tranquilidad. Un animal que siempre nos hace reír y sonreír, y que siempre es fiel a sí mismo.

Después de un rato de contemplar la lluvia, el gato se

levantó y se acercó a su dueño, que estaba leyendo un libro en el sofá. Se subió a su regazo y comenzó a hacerle caricias en la mano, pidiendo que le acariciara el lomo.

Su dueño sonrió y comenzó a acariciarlo, disfrutando del momento de tranquilidad. El gato cerró los ojos y se dejó llevar por el placer de la caricia, ronroneando suavemente.

De repente, el gato se levantó y se acercó a la cocina. Su dueño lo siguió, curioso por saber qué quería. El gato se acercó a su tazón de comida y comenzó a comer, disfrutando del sabor de su alimento favorito. Su dueño se rió al verlo, ya que el gato siempre comía con tanto entusiasmo.

Después de comer, el gato se acercó a su cama y se acurrucó, listo para tomar una siesta. Su dueño se sentó a su lado y le acarició la cabeza, diciéndole 'buenas noches, amigo mío'. El gato ronroneó suavemente y se quedó dormido, soñando con ratones y ovillos de hilo.

Así es la vida del gato, un animal que siempre está disfrutando de la atención, el juego y la tranquilidad. "Un compañero leal y amoroso, que siempre está allí para hacer reír y acompañar en los momentos de soledad".

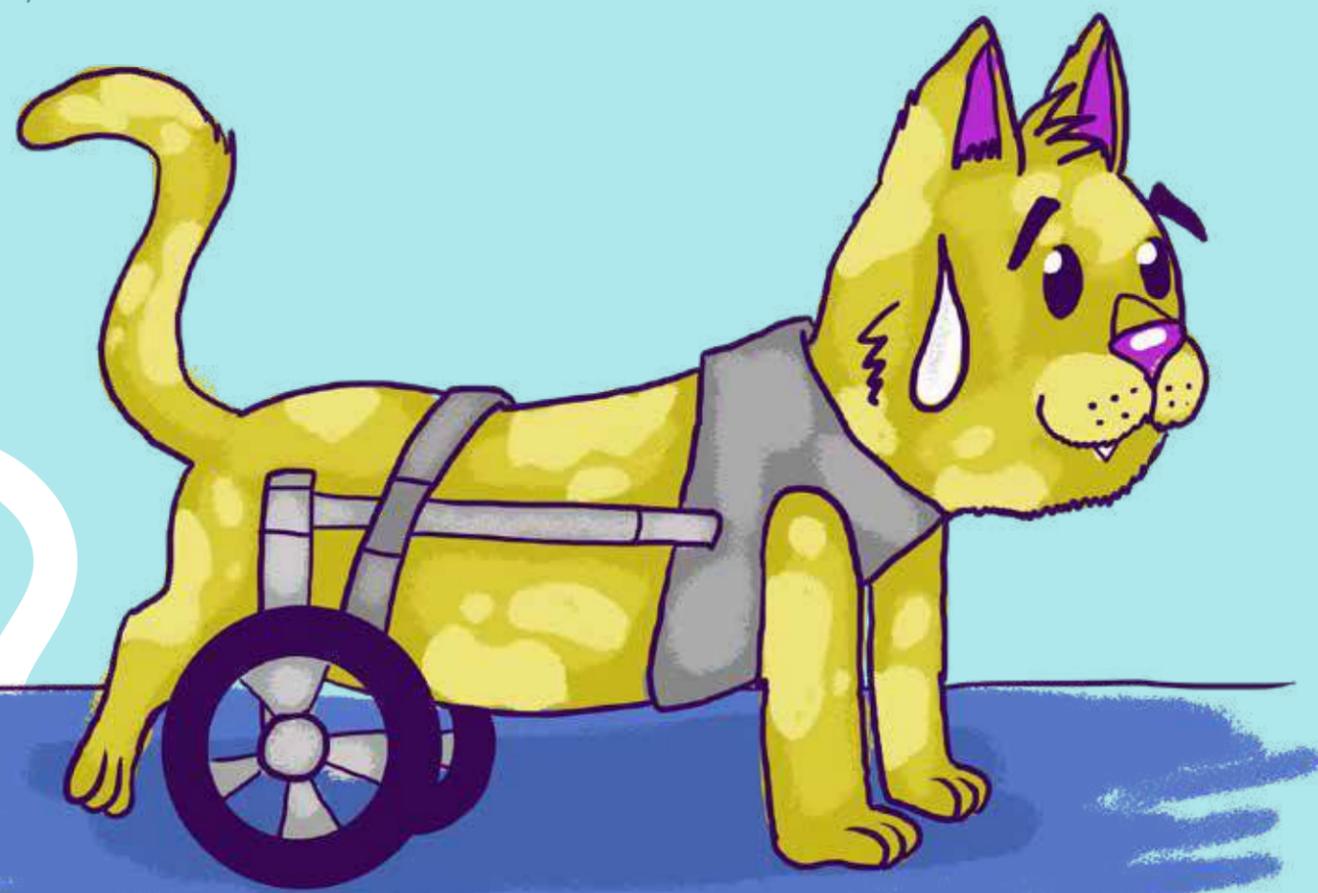
El gato viajero, una historia de amor y pérdida

Por: María José Giraldo

Docente: Angel David Calderón Piñeros

I.E.D. José María Vergara Vergara, sede Rural Garita.

Bituima, Cundinamarca



Hace muchos años, cuando mi madre era una niña, se encontró con una sorpresa inesperada en un parqueadero de la ciudad de Cali. Entre los autos y el bullicio de la ciudad, vio a un pequeño gatito, solo y abandonado, con unos ojos grandes y curiosos que la miraban fijamente. Mi madre, con su corazón compasivo, no pudo dejarlo ahí y decidió recogerlo. Lo llamó Mono, debido a su pelaje amarillo y su carácter juguetón que le recordaba a un pequeño mono.

Días después, el destino llevó a mi madre y a su familia a mudarse a una finca en Cartago. Mono, que hasta entonces solo había conocido las calles de la ciudad, se adaptó sorprendentemente rápido a su nuevo hogar en el campo. Allí, disfrutaba corriendo entre los árboles, persiguiendo mariposas y jugando con mi madre, quien encontraba en él a su mejor compañero de aventuras. La felicidad que compartían parecía no tener fin.

Con el tiempo, mi madre fue creciendo y, al llegar a la adolescencia, su familia decidió mudarse nuevamente, esta vez al municipio de Bituima, en el departamento de Cundinamarca. Por supuesto, Mono los acompañaría. Sin embargo, durante el largo viaje, algo inesperado sucedió. Mientras el carro avanzaba por las curvas de la carretera, Mono, asustado por el movimiento y los ruidos extraños, se lanzó por la ventana abierta. Mi madre y su familia detuvieron el carro de inmediato, corriendo desesperados a buscarlo. Encontraron a Mono herido, incapaz de moverse debido a una fractura en su cadera.

Con el corazón en la mano, mi madre y su familia

llevaron a Mono al veterinario más cercano. Tras una radiografía, confirmaron la fractura y Mono fue sometido a una operación delicada. Los días que siguieron fueron los más largos y dolorosos para mi madre. Mono permaneció hospitalizado, y cada día que pasaba parecía una eternidad. Finalmente, una mañana, el veterinario les dio la noticia que tanto habían esperado: Mono podía volver a casa. Mi madre lo cuidó con esmero, ayudándolo en su recuperación y asegurándose de que tuviera todo el amor y la atención que necesitaba.

Mono se recuperó y volvió a ser el gato feliz y juguetón de siempre. Sin embargo, la vida a veces nos sorprende con giros inesperados. Un día, como solía hacer, Mono salió de la casa para explorar los alrededores, pero esa vez no regresó. Mi madre y su familia lo buscaron incansablemente durante días, recorriendo las fincas vecinas, los caminos y los potreros cercanos, pero Mono nunca apareció. El dolor de su pérdida fue profundo, y aunque nunca pudieron encontrarlo, el amor y los recuerdos que mi madre compartió con Mono quedaron grabados para siempre en su corazón.

La vida está llena de momentos inesperados, tanto de alegría como de tristeza. A veces, aquellos que amamos pueden irse sin previo aviso, dejándonos con un vacío que parece imposible de llenar. Sin embargo, el amor y los recuerdos que compartimos con ellos perduran, enseñándonos que lo más importante no es el tiempo que estamos juntos, sino la calidad de los momentos que vivimos.

Mi querido media vida

Por: Jhon Samuel Guevara Moreno

Docente: Jairo Maceto

Liceo Moderno Nelly Perdomo De Falla

San Vicente del Caguán, Caquetá



En la finca blanca que perteneció a mis abuelos paternos sucedió esta historia con la cual hago esta crónica. Como es costumbre en toda finca, era tiempo de limpieza de los potreros. Recuerdo que uno de los trabajadores había llevado un lindo cachorro color amarillo y con un hermoso collar formado con su propio pelo; además de eso, era muy juguetón y divertido.

Era inicio de semana y cada trabajador organizaba su máquina para iniciar sus labores: agua lista, cuchillas bien afiladas y las protecciones bien puestas. Parecía un día como cualquier otro; pasaban las horas y todo transcurría con normalidad. Había que llevar el almuerzo a los potreros donde estaban trabajando. Mi tío me pidió que lo acompañara a llevar los portas con los almuerzos para los trabajadores. Mientras todos almorzaban y descansaban, yo aproveché para jugar con el cachorro. Corrimos, caímos, reí, sudé y me llené de arañazos, pero eso no importaba porque había disfrutado de ese momento como nunca. Era momento de regresar a casa y, aunque no quería, era inevitable.

Mientras regresamos a casa, compartía con mi tío cuán agradable era este cachorro; él asintió, pues también compartía mis gustos por los animales. Yo le propuse que se lo pidiera al trabajador y yo me lo llevaría para la casa. Recuerdo que él sonrió y me dijo que él había pensado pedirlo para él, pero que si yo lo cuidaba bien, él hablaría con el dueño del cachorro.

Eran eso de las 3:30 de la tarde cuando uno de los trabajadores corría hacia la casa gritando que

necesitaban ayuda. Tenía sangre en sus manos y su voz entrecortada, casi no podía hablar, estaba agitado y todos pensamos que se había herido con la guadaña.

Revisamos sus manos y cuerpo y no encontramos heridas; pensamos entonces que era su compañero de trabajo quien se había cortado. Corrimos con mi tío hacia el lugar donde estaban trabajando y encontramos al trabajador sentado con el cachorro en sus manos, herido en su cuello. Estaba casi inmóvil, había perdido mucha sangre, pero aún movía sus ojos. Con mi tío hicimos lo necesario para atar la vena que había sido cortada y lo llevamos a casa. El hombre estaba muy triste, recogió las herramientas y se fue con nosotros.

De camino a casa encontramos a mis abuelos, a quienes con mucha tristeza y lágrimas en mis ojos les pregunté si podían salvar la vida del cachorro. Mi abuelo solo me miró, deslizó su mano sobre mi cabeza y guardó silencio, cosa que quitó esperanzas en mi corazón. Mi tío, con toda la calma, llevó al cachorro hasta la casa. Amarramos el cuello de tal manera que no sangrara más; como no podía moverse, no había forma de que se quitara la venda o se lastimara. Aguardaba que al día siguiente lo encontrara con vida; casi no pude dormir esa noche, pero antes de que el sol saliera, estuve cerca del lugar donde lo habíamos dejado y allí estaba. Por fortuna, aún estaba vivo. Dedicué ese día a su cuidado y, con ayuda de mi tío y mi abuela, logramos que tomara agua y, entre más tiempo pasaba con él, más me encariñaba.



¡Escucha aquí el podcast!

Todos regresaron a sus labores habituales y yo no me separaba del lado del cachorro... Fue un día muy largo para mí. Caída la tarde, cuando llegaron los trabajadores, vi que el dueño del cachorro traía consigo un pequeño animalito que no conocía y le pregunté de qué se trataba.

Me dijo que se llamaba Armadillo, que crecían muy grandes y que muchos los cazaban para comer. Se sentó junto a mí y le pregunté qué había pasado con el cachorro... Suspira y me relató los acontecimientos:

¿Recuerdas aquel gran árbol seco que está tirado en el piso y donde nos sentábamos a almorzar? —Sí, claro —le respondí, pues había allí una especie de cueva y dentro pude observar que algo se movía y quería salir. Tomé mi machete y me preparé para atacar a aquello que estaba allí. Tan pronto intentó salir, mandé el machete —dijo el trabajador— y justo el cachorro se abalanzó sobre la cueva y fue allí que, sin poder evitarlo, herí a mi cachorrito.

Creo que lo que estaba en la cueva era la madre de este pequeño armadillo que hoy encontré rondando la cueva y lo traje conmigo. Lo alimentaré hasta que pueda defenderse por sí solo y luego lo soltaré; espero que tu puedas cuidar al cachorro para que se recupere y que luego él te pueda cuidar. Ponle un nombre ya que aún no sabía cómo llamarle. Poco a poco y con paciencia el cachorro se recuperó; recuerdo una mañana que al llegar a su cama tenía su cabeza

levantada. Me alegré y lloré al ver que ya se podía mover y sabía que pronto volveríamos a correr y a jugar. Hablamos con mi abuela y con mi tío de cómo llamarlo y pensamos que el nombre perfecto sería MEDIA VIDA, pues todos consideramos que la otra media ya la había perdido con toda la sangre que botó aquel día que lo hirieron. Nos alegró la vida el saber que estaba bien, pero no quise llevarlo al pueblo para no privarlo de la libertad del campo y respecto al armadillo, apenas pudo cavar su cueva y alimentarse por sí solo; no lo volvimos a ver.



Memoria de amor de un héroe inolvidable

Por: Michel Andrea Gómez Méndez
Docente: Lina Marcela Sibaja Ruiz
Institución Educativa San José
Montelíbano-Córdoba



Recuerdo con claridad que era una tarde hermosa y me encontraba caminando por el patio de mi casa. En ese entonces, para el 2015, tenía 5 años y, a pesar de mi corta edad, los sucesos posteriores se grabaron en mi mente.

De un momento a otro se escucharon estruendos y gritos ante el mensaje inminente de que teníamos que desplazarnos hacia el pueblo. La angustia se apoderó de todo y de todos. El soldado que llegó a mi casa fue contundente. No había tiempo para muchas explicaciones y palabras. Mis padres no tuvieron que ver con pertenencias; nos agarraron a mí y a mis hermanos y nos fuimos con lo que teníamos puesto; íbamos mudos y ligeros, casi corriendo.

Al llegar al pueblo, lo primero que se me pasó por la mente fue Lorenzo. ¿Dónde estaba? Ni mi madre ni nadie me dieron respuestas concisas. Lo más seguro era que estuviera en el árbol de totumo, donde pasaba la mayor parte del tiempo quitando la corteza, gritando a viva voz nombres y frases enseñadas y emitiendo risotadas similares a las nuestras como un juego constante de imitación. Lo extrañaba mucho, recordaba con ternura cada momento compartido. Desde que estuvo pelón y tembloroso, creé un lazo de amistad con él; siempre le hablaba, incluso cuando enfermó; siento que mi voz constante le dio aliento. Todos se sorprendieron cuando lo escucharon repetir las frases de aliento que yo le decía. "No cierres los ojos, vamos, lucha por tu vida", "te quiero, por favor, vive", "saca

fuerzas, mi amiguito y ponte bien". Lo repetía con voz lastimera y daba risa, pero también hacía que se te arrugara el corazón y produjera temor. Cuando se ponía con eso, mi mamá lo regañaba; decía que estaba siendo de mal agüero, llamando enfermedad o muerte, tal como lo hacen los yacabós. —Cállate, Lorenzo, te voy a echar un balde de agua fría —le decía. Después, ante el silencio, iba a contentarlo; le pedía perdón.

Ante el paso de un par de días soleados, llegó la "calma". Los disturbios y griterías habían pasado. Estaba todo muy silencioso y se veía la preocupación en los rostros de todos. Por la calle reaparecían soldados heridos y comentaban que las disputas habían concluido, pero que debíamos tener cuidado. No era aconsejable regresar de inmediato a la finca, así que permanecimos en casa de unos parientes cercanos en el pueblo hasta que pudiéramos volver o parar un rancho allí. Fueron días muy difíciles; sin embargo, fueron afrontados en familia y con la esperanza de que todas las malas experiencias se iban a disipar. En momentos de tensión, Lorenzo nos hacía reír y olvidábamos pronto. El no tenerlo cerca prolongaba esa sensación de incertidumbre.

Al quinto día le dije a mi papá que fuéramos a ver si Lorenzo andaba por ahí entre los árboles y el quiso negarse, pero no pudo. También echaba de menos su voz y su alegría. Así que fuimos despacito por el camino hacia la finca, mirando para arriba por si había volado siguiendo nuestros pasos por el aire. Con las ansias de

verlo, todas las hojas parecían ser él, moviéndose engañosamente con el viento. No habíamos recorrido mucho cuando escuchamos muy pasito su voz lastimera y no venía desde lo alto, sino desde el suelo. Corrimos y paramos de golpe al ver un soldado tendido y medio oculto en un matorral. Estaba mal herido, sediento y con los ojos entreabiertos. - "No cierres los ojos, vamos, lucha por tu vida", "te quiero, por favor, vive", "saca fuerzas, mi amiguito y ponte bien"- repetía, Lorenzo.

Fue tanta la alegría que sentí al verlo que lo cogí entre mis manos para apretarlo contra mí. Con un quejido y un picotazo me hizo saber que le bajara al entusiasmo pues lo había lastimado sin querer. Se le veía flaco y un poco maltratado y sucio en la cola, como resultado de haberla arrastrado por la tierra en un desplazamiento continuo de aquí para allá. Luego me fijé en el soldado.

Mi papá ya le había dado un poco de agua y le preguntaba cómo se sentía y le veía la herida para ver si podía apoyarse sobre él. Se había caído de un árbol y golpeado la cabeza. No sabe si perdió la conciencia y se durmió, pero era todo lo que recordaba. Cuando tuvo un momento de lucidez e intentó pararse, un pie le fallaba y se sentía mareado. Por esta razón se arrastró hasta el arbusto y allí estuvo todos esos días.

-Su voz de aliento me mantuvo despierto- dijo- -Este loro me salvó y me sigue salvando porque de no ser por ustedes otro día más no lo resisto- Replicó. Mi papá lo

ayudó a levantar y pasó su brazo derecho alrededor de sus hombros y fuimos caminando y descansando a su paso y ritmo hasta llegar al pueblo. Yo llevaba a Lorenzo en un pedazo de palo que encontré, pues sus uñas eran filosas y se enconaban en la piel, luego de sostenerlo por un rato largo sobre el dedo índice arqueado o en su defecto sobre la muñeca arqueada. Iba repitiendo mi nombre bajito: Michel, mía, Michel, mía, te quiero, te quiero. Estaba muy contenta y pensaba en que mi Lorenzo era un héroe que replicaba los buenos tratos y el amor que se le habían dado.

Entrados ya en el pueblo, socorrieron al soldado algunos de sus compañeros y nos agradecieron. Estaban maravillados por el hecho y también conmovidos. El soldado les había expresado con lágrimas en sus ojos que vio en Lorenzo a sus padres, el amor, cuidado y protección de ellos en ese momento de angustia. Recordaba las palabras de mi madre que hacían alusión al buen trato con los otros seres y que de lo bueno que recibimos debemos dar a otros.

Llegamos a casa con mi madre y hermanos y todos nos regocijamos con Lorenzo. Mi mamá le limpió las plumas y quitó dos sueltas que estaban a medio caer. Entre tanto le buscaba comida y agua. Contamos cómo había sucedido todo y al escuchar mi mamá abrió grande los ojos un poco enojada con nosotros por irnos así, pero feliz de que todo hubiera salido bien. No estábamos aún en nuestra propia casa, en la finca, no obstante, se respiraba en el aire alegría y esperanza. Desde entonces,

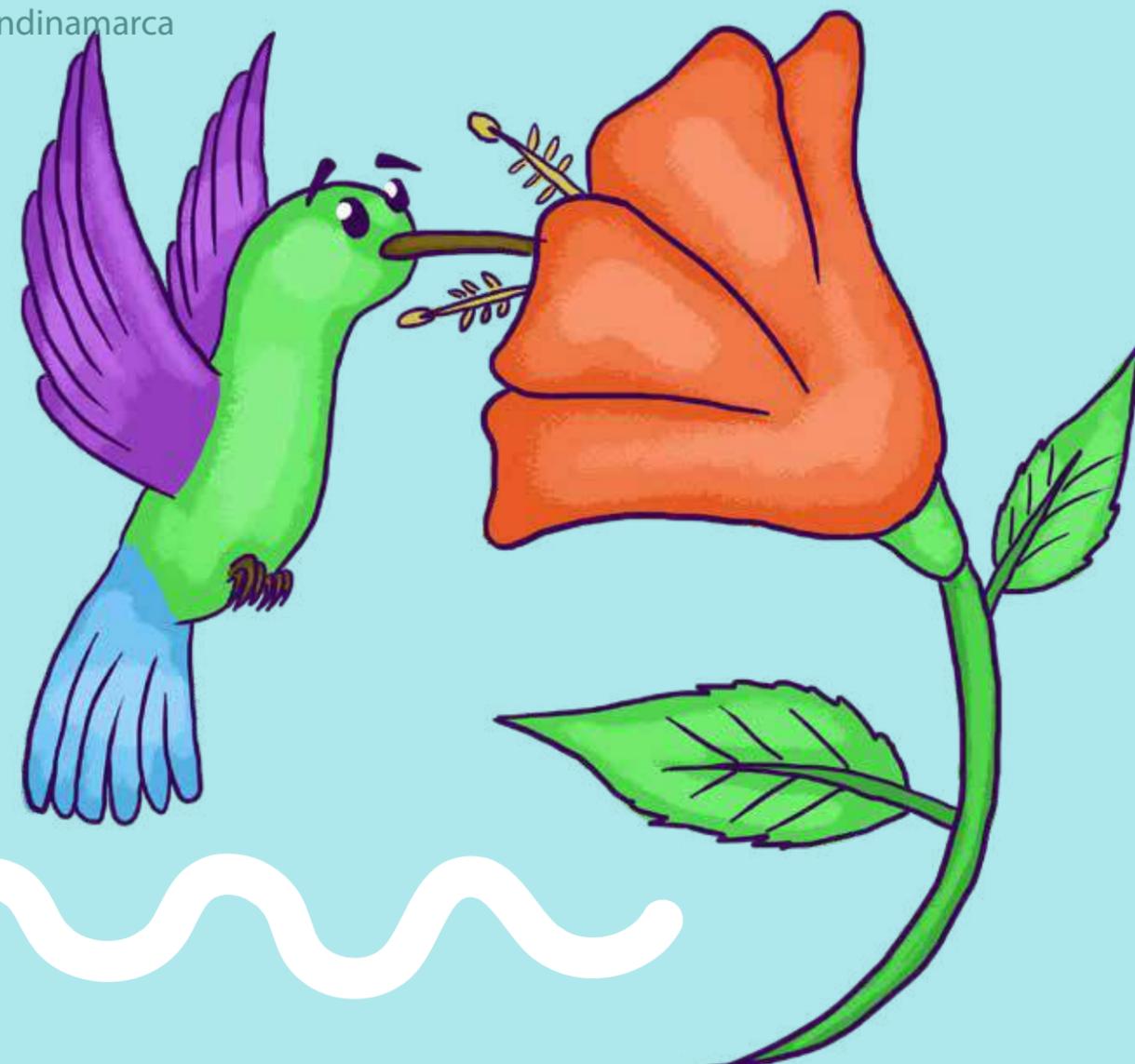
soy consciente de que, pese a las adversidades, injusticias, guerras y todas las pérdidas, la humanidad y el cuidado de los otros nos retorna a la calma y a lugares seguros.



Una visita inesperada



Por: Stefanía Clavijo Vera
Docente: Arnolis Méndez Díaz
Institución educativa Departamental La Calera
La Calera, Cundinamarca



Esta es la historia de un lindo colibrí que ronda el jardín de mi casa; pero antes de empezar a relatarles los pormenores de este mágico animal y mi relación con él, debo contarles otras acciones que sucedieron antes de su llegada. Todo empezó con el deseo de tener nuestra propia casa. Somos una familia pequeña conformada por mi mamá, mi papá, mi hermana menor y yo. Mis padres siempre han luchado por darnos lo mejor y, con mucho esfuerzo, después de tantos años, lograron hacer realidad el sueño que los desvelaba.

Recuerdo el día que empezamos a organizar nuestras pertenencias y poco a poco ese lugar vacío fue llenándose de todas nuestras ilusiones y expectativas de seguir creciendo. A medida que pasaba el tiempo, la pintura, los cuadros en las paredes y todos los arreglos que se pudieron hacer fueron haciendo su magia. Cada uno de esos días fue especial y jamás se borrará de nuestra mente. Estoy muy agradecida del lugar en el que estoy, no solo por mi casa, sino por el ambiente natural en el que vivo, porque desde una de las ventanas puedo ver hermosas montañas que por poco se besan con las nubes y cerca tenemos ríos y cascadas que más de uno envidiaría.

Les comento que mi mamá es una persona que no se queda quieta, es muy activa y le encantan las flores y, desde el primer día, con mucho amor, empezó a crear su propio jardín para la casa. Con el paso del tiempo su trabajo dio frutos y las más relucientes plantas con sus colores llamativos fueron adornando nuestra vivienda.

De vez en cuando, íbamos, mi hermana pequeña y yo, a regarlas o hacerles uno que otro mantenimiento.

Fue hasta ese día, no recuerdo la fecha exacta, pero sí el momento, una mañana de un soleado sábado, que vi a un hermoso colibrí que se alimentaba del néctar de una flor. Me quedé quieta, pues no quería espantarlo con mi presencia. Me asombraba cómo chupaba con tantas ansias la miel que brotan las plantas de mamá. De inmediato, me enamoré de sus majestuosos colores y la forma en que se deslizaba en el aire. Su pico era color café, sus alas moradas y una cola celeste.

Pasaron las semanas y el colibrí no volvió; me olvidé de él. Seguía entonces con mis obligaciones escolares y ayudando en lo que podía a mis padres. Se acercaban para esas fechas las evaluaciones trimestrales y la tensión que provocan estos resultados es grande, al menos para mí; siempre me he caracterizado por ser de las mejores estudiantes y alcanzar los primeros puestos. Además de eso, no faltaba uno que otro disgusto con alguna de mis amigas o situaciones de la edad que no me dejaban ser.

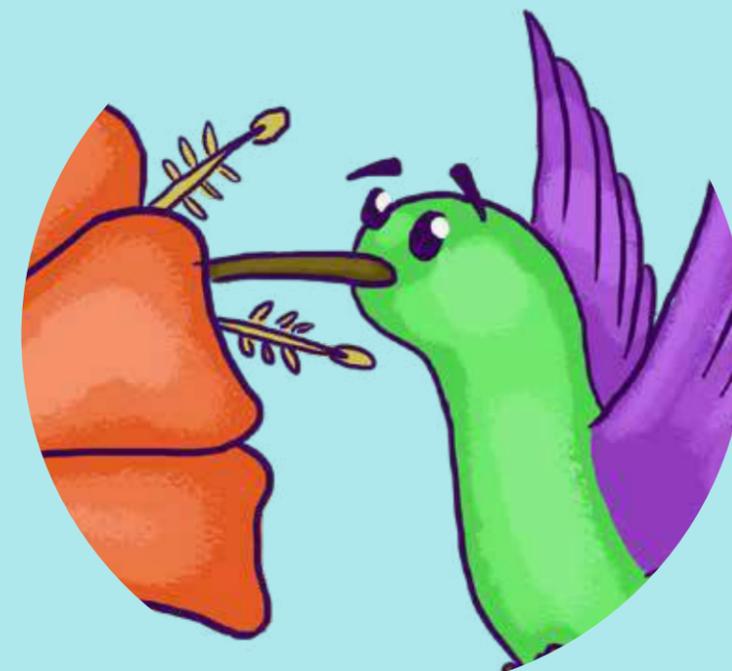
Una noche, mientras estaba en mi habitación y me disponía a descansar, escuché un golpe que provenía de mi ventana. Me levanté lo más rápido posible y vi al mismo colibrí de hace semanas atrás; dio una vuelta, volvió a golpear la ventana y se fue; me quedé asombrada. Es la hora y no sé si eso ocurrió en realidad o fue un sueño.

Pasaron los días y la vida transcurría con sus altos y bajos; podía ver preocupaciones en las caras de mis padres. No es fácil ser adulto, pensé. Mientras que en mi rutina escolar, mi profesora de inglés me había escogido para representar a mi curso en el primer Spelling Bee de la institución, aunque estaba confiada de mis conocimientos, enfrentarme a palabras de otro idioma y frente a todos me daba pavor. Quería desistir y hasta llegué a decirle a mi profe que no iba a participar, a lo que ella me dijo que sí podía lograrlo, solo debía seguir confiando en mis capacidades.

Mientras se acercaba la fecha del concurso de deletreo, yo seguía practicando, pero la inseguridad estaba. Fue entonces cuando pasó. Una mañana, desde la ventana que daba al jardín, vi de nuevo al colibrí; estaba segura de que se trataba del mismo que nos había visitado aquella vez. Revoloteaba con felicidad, preocupado solo por realizar una sola cosa a la vez, en este caso alimentarse y estar feliz volando alrededor de las flores. No le importaba más nada en aquel instante; su momento era ese, nada más. Entonces comprendí que los seres humanos nos preocupamos por querer hacer todo al mismo tiempo y no disfrutar de nada, al final. Nos enfermamos por el estrés de querer abarcar todo.

Al rato mi madre me llamó para desayunar, el pajarito se fue y yo entré a mi casa. Me quedé pensando en lo que acababa de ver y el significado que le di. Me presenté al concurso y, aunque no gané, me lo disfruté y entendí que cada día tiene su afán y debemos tranquilizarnos; sucederá lo que tenga que suceder.

Desde ese día, el colibrí visita nuestro jardín y se alimenta de las flores. Siempre que llega, el ambiente se vuelve armónico, invade el jardín con su buena energía y nos enseña a disfrutar de las cosas sencillas y que podemos encontrar la paz al mirar el cielo, en el sonido de un pájaro cantando o simplemente en su vuelo colorido.



Un refugio de paz en casa

Por: Alejandro Ascanio Blanco
Docente: Gladys Yaneth Suárez Suárez
Institución educativa Liceo Patria
Bucaramanga, Santander



Mi abuela siempre ha sido una persona llena de amor por los animales. En el barrio donde vivimos, es común ver gatos callejeros buscando comida o un lugar donde dormir. Pero ella nunca los ha ignorado. A lo largo de los años, mi abuela ha rescatado tres gatos de la calle, brindándoles un hogar lleno de paz y cariño. Esta es la historia de cómo, con acciones pequeñas pero poderosas, ha cambiado la vida de estos animales.

Todo comenzó una tarde tranquila en el conjunto donde vivimos. Mi abuela, como de costumbre, paseaba por los jardines cuando escuchó un suave maullido proveniente de un rincón escondido entre los arbustos. Al acercarse, descubrió a una gata con su cría. Estaban cansadas y la pequeña gatita no paraba de maullar de hambre; la madre parecía asustada y hambrienta, pero no quería abandonar a su bebé.

Mi abuela no pudo simplemente mirar hacia otro lado. Sabía que esos gatos necesitaban ayuda, pero también entendía que no podía simplemente llevarlos sin pensar en su bienestar a largo plazo. Así fue como empezó su primer acto de amor hacia ellos. Sin pensarlo mucho, mi abuela fue a buscar un poco de comida. Cuando volvió, la gata se mostraba cautelosa, pero poco a poco empezó a acercarse a ella. Mi abuela sabía que ganarse la confianza de un animal que ha sufrido en la calle no es fácil, pero estaba decidida a ayudarlas. Les dejó comida y agua, y pasó varios días visitándolas para asegurarse de que estuvieran bien.

Después de unos días de alimentarlas, mi abuela notó que la gata y su cría comenzaban a confiar en ella. Las pequeñas se acercaban cuando la veían llegar, y aunque aún estaban asustadas, ya no huían como antes. Cada tarde, mi abuela se sentaba cerca de ellas, con paciencia, permitiéndoles acercarse a su propio ritmo. La conexión entre ellas creció lentamente, pero era fuerte. Sabía que lo más importante era darles tiempo y amor.

Un día, después de varias semanas de visitas, ocurrió algo mágico. La gata, que había sido tan reservada, se acercó a mi abuela y dejó que la acariciara por primera vez. Fue en ese momento cuando mi abuela supo que era hora de llevarlas a casa, a un lugar seguro. Preparó un espacio cómodo en su sala, con mantas y juguetes, para que se sintieran cómodas. Sabía que el camino para adaptarse a un nuevo hogar no sería fácil, pero estaba lista para acompañarlas en cada paso.

Cuando llegaron a casa, la gata y su cría parecían nerviosas. Olfateaban cada rincón con cuidado, desconfiando de lo desconocido. Mi abuela se quedó sentada en silencio, observándolas, dejándoles entender que ahora estaban a salvo. Con el tiempo, las dos gatas comenzaron a sentirse más seguras. La pequeña, a la que mi abuela llamó "Michi", empezó a correr y jugar, mientras que la madre, "Simona", se acomodaba en el sofá, vigilante pero relajada.

Tiempo después de haber dado un hogar a Michi y Simona, llegó Charlie a la vida de mi abuela. Un día lluvioso, encontró a un gato completamente desnutrido, con heridas en el cuerpo, escondido debajo de un auto. Charlie, como lo llamó mi abuela, había sufrido mucho. No solo estaba en muy malas condiciones físicas, sino que también estaba lleno de miedo, como si hubiera perdido toda confianza en los humanos. Mi abuela no lo pensó dos veces y lo llevó directamente a la veterinaria. Allí le dijeron que el proceso de recuperación sería largo. Durante un mes, Charlie fue atendido por los médicos, quienes lo curaron y lo ayudaron a ganar peso. Sin embargo, lo que más necesitaba Charlie no era solo sanar sus heridas físicas, sino también las emocionales.

Después de un tiempo, Charlie parecía estar listo para encontrar un hogar. Mi abuela, con mucho esfuerzo, logró que lo adoptaran. Parecía que su vida mejoraría, pero, tristemente, las personas que lo adoptaron no tuvieron la paciencia para cuidarlo. Lo devolvieron diciendo que "no era un gato fácil". Mi abuela, aunque triste por lo sucedido, lo recibió de vuelta con los brazos abiertos. Sabía que Charlie necesitaba un hogar lleno de amor y paciencia, y ella estaba decidida a dárselo.

A pesar de todo el dolor por el que había pasado, Charlie comenzó a adaptarse al ambiente pacífico de mi abuela. Al principio, era desconfiado y pasaba la mayor parte del tiempo escondido. Pero con el paso de los

meses, el amor de mi abuela hizo que Charlie fuera recuperando la confianza. Ya no era el gato asustado que había encontrado. Poco a poco, se convirtió en parte de la familia, junto a Michi y Simona.

Hoy, Charlie corre feliz por la casa, juega y, por fin, ha encontrado la paz que tanto necesitaba. Mi abuela, con su infinito amor por los animales, le ha dado una nueva vida.

La historia de mi abuela y sus tres gatos rescatados es un ejemplo de cómo pequeñas acciones de paz pueden cambiar vidas. Para algunos, estos animales solo son gatos callejeros, pero para ella, son seres que merecen amor y respeto. Su dedicación a cuidar y proteger a estos animales demuestra que las acciones pacíficas pueden hacer del mundo un lugar mejor, no solo para las personas, sino también para los animales.



Laiika

la perrita fuerte y valiente

Por: Brittanis Yusmaury Mileno Rodríguez
Docente: Alejandra Valencia Ramírez
Institución Educativa Laboure
Santa Rosa de Cabal, Risaralda, Colombia.



¡Escucha aquí el podcast!



Desde pequeña visitaba a mi bisabuela Mélida con mi mamá; recuerdo que ella tenía una perrita llamada Laika, que era chiquita, juguetona y negrita. En el 2018 cumplí 5 años y me gustaba hacer muchas preguntas; mi mamita Mélida siempre tenía respuestas a todas mis ocurrencias. Acostada junto a ella, le pregunté de dónde había sacado a Laika, cómo había llegado a su vida, dónde estaba su mamá, porque desde que yo nací, Laika estaba con ella siempre. Mi mamita Mélida me empezó a contar cómo Laika llegó a su vida.

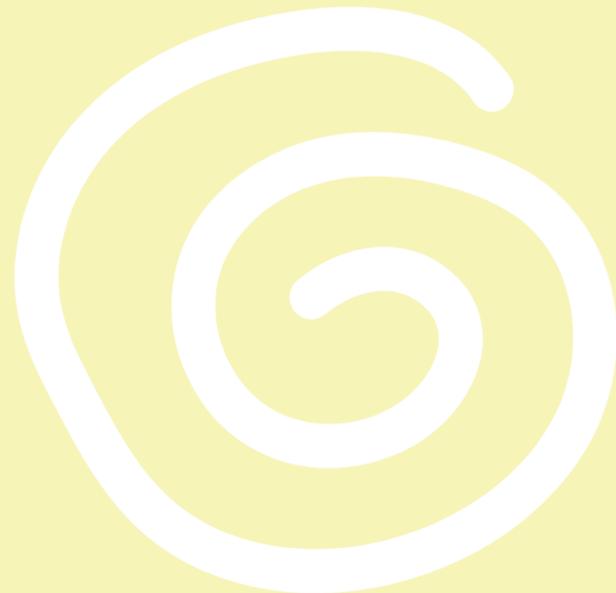
Un día mi mamita salió muy tranquila sin pensar que ese día le iba a cambiar la vida. Mientras ella iba caminando, vio a una señora dejando tirado a un perrito que se veía en mal estado de salud; tenía garrapatas, ronchas y estaba con sus ojitos enfermos también.

Mi mamita me dijo, de inmediato me paré y le pregunté por qué razón había dejado ese animalito indefenso tirado ahí. La señora molesta me miró con mucha rabia y me dijo: "¡No es su problema!". Y se fue. Yo no tuve corazón para dejarlo ahí tirado; como pude, conseguí una cajita para llevármelo. Me fui para una veterinaria y resulta que era una perrita. No había muchas esperanzas de que se salvara, pero no sé, algo en mi corazón decía que sí lo haría y estaría junto a mí por muchos años.

¡Yo escuchaba atenta a mi mamita!

Siguió diciendo mi mamita: Fueron muchos días difíciles para mí, querida Laika, pero ¡lo logró, mi niña! Yo jamás perdí la fe. Yo sé que Dios la puso en mi camino, que debía rescatarla para estar juntas. ¡Laika mostró ser muy valiente, perseverante y fuerte! En este mundo lleno de maldad, donde, como Laika, hay muchos animalitos siendo maltratados, donde no se respeta que son seres vivos como nosotros, debemos cuidarlos, darles amor, así como ellos nos dan mucho amor a nosotros. Desde ese día Laika vive conmigo; se convirtió en mi fiel compañera. Si no me ve, llora y se angustia. Ahora que han pasado los años, sé que ya no la rescaté; ella me rescató a mí.

Yo me puse a llorar. Seis años después, mi mamita se fue al cielo y, a los meses, su perrita se fue para estar junto a ella. Ahora entiendo que Laika y mi mamita Mélida estaban destinadas a estar juntas para siempre; se llenaban de amor, paz y tranquilidad.



La historia del Loco Lucas

Por: Aralyn Sofía Villegas Morales
Docente: María Elena Restrepo Fonseca
Institución Educativa Agustín Nieto Caballero sede 2
Dosquebradas, Risaralda, Colombia.



Esta historia está basada en un hecho de la vida real. Es la historia del Loco Lucas. En septiembre del 2022, en una carretera del corregimiento de La Florida, unos individuos en una camioneta, triste, vil y cruelmente, arrojaron del carro a un hermoso perrito, el cual estuvo divagando alrededor de unos 15 días, hasta que una familia empezó a ganarse poco a poco su confianza y lo fueron convirtiendo en su mascota más querida. Hoy en día es un miembro de la familia. Al principio fue un poco tediosa la situación mientras el perro se adaptaba, pero poco a poco se fue convirtiendo en el más querido y consentido, tanto así que por eso lo llaman el Loco Lucas.

Les cuento que el proceso de adopción ha estado lleno de altibajos porque es un perro hiperactivo: corre, juega, brinca, ladra, pero a pesar de todo, no es grosero. Le encanta jugar con los niños porque le han enseñado a ser un perro educado que da la mano y que se echa cuando su amo le da la orden. Cerca de donde el perrito vive hay una sociedad protectora de animales, la cual les ha ayudado con ciertos cuidados del Loco Lucas. El perrito ya conoce el carro de la sociedad protectora y, cuando los ve pasar, los espera y les pide croquetas. La familia que adoptó al Loco se ha encargado de engordarlo y de darle un hogar digno, lo que no hicieron las otras personas que decidieron deshacerse de él. A pesar de que el Loco debe convivir con otros animales como tres gatos y un perro, se adaptó muy bien a su entorno y no es agresivo con los otros animales; por el contrario, juega con ellos y los cuida.

Les cuento que en una ocasión tuve la oportunidad de ir a visitar la casa donde vive el Loco Lucas y cuando llegué a la casa, el perrito salió lleno de alegría, felicidad y dicha, brincando, ladrando y haciéndonos sentir a gusto, más aún cuando vio que nosotros llegamos con su amo; parecía que se estuvieran reencontrando después de mucho tiempo de no verse.

Así van transcurriendo los días del loco Lucas: cada día más feliz, cada día más alegre, cada día cuida más la casa, pero sobre todo; cada día más loco.

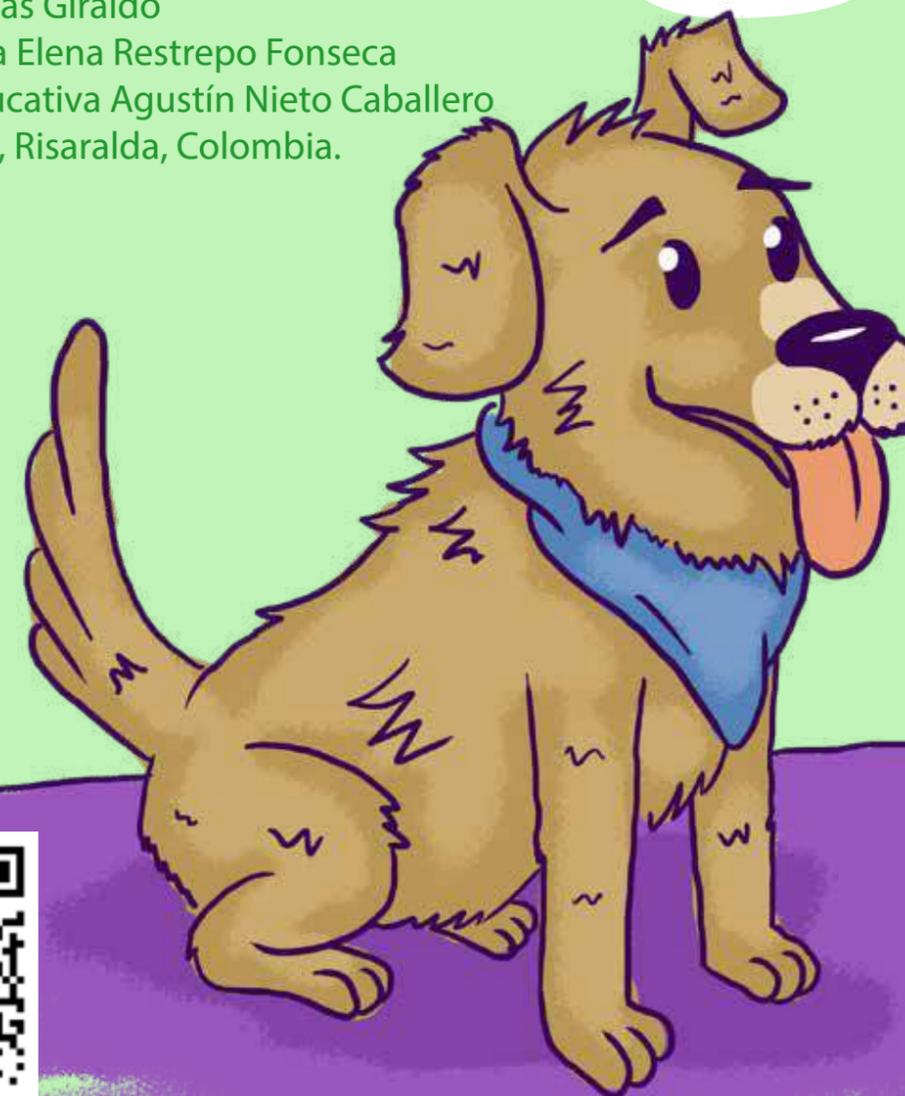


Yander El Salvador

Por: Dylan Rodas Giraldo
Docente: María Elena Restrepo Fonseca
Institución Educativa Agustín Nieto Caballero
Dosquebradas, Risaralda, Colombia.



¡Escucha aquí el podcast!



Yander es un perrito de color café claro grande de raza Golden. Un día, Yander fue escogido para pertenecer al Ejército Nacional de Colombia. Fue seleccionado para poder ayudar en el área de antinarcóticos; lo entrenaron y acogieron con amor. Cada año se hizo más y más experto en encontrar drogas en aeropuertos y retenes civiles. Fue reconocido no solo como un trabajador; lo trataban con mucho cariño y hacía parte de la familia del ejército.

Yander fue creciendo y creciendo; se acercaba cada vez más su tiempo de jubilación por su edad. Él había pasado mucho tiempo con un mismo acompañante, quien lo quería mucho; llamado Carlos Torres, un militar profesional que había tenido un cachorro de mascota que quiso como un integrante más de su familia, como un hijo, pero un día muy triste llegó para él cuando su cachorro enfermó y murió. Fue una pérdida dura para Carlos, ya que su perro era un tesoro y un fiel amigo. Él se despidió y lo guardó con recuerdos en su corazón; hasta que por trabajo conoció a Yander. Ese día supo que él sería también su gran compañía en tiempos de soledad donde tenía que estar lejos de su familia. Yander entonces haría sus días más felices y llevaderos, ya que su profesión de trabajar en el ejército era compleja porque debía luchar por un país donde hay guerra y su vida podía estar en peligro en algunas ocasiones.

Es así como a diario Carlos y Yander compartieron en lo laboral y en lo personal, ya que Carlos dedicaba su

tiempo libre para darle cariño y jugar con el cachorro. Eran uno solo; Yander se apegó mucho a él como su amo.

Llegó el día en que Yander cumplió su tiempo en el ejército y fue jubilado; no sabían qué hacer con él, ya no podía pertenecer a ningún grupo del ejército. Carlos no lo pensó dos veces y habló con su esposa para que adoptaran a Yander como un integrante más en su hogar. Su esposa no estaba de acuerdo; ella no era muy amante de los animales y no quería sentir una responsabilidad de ningún tipo con un cachorro tan enorme como él, pero Carlos tuvo que tomar la decisión, escoger entre llevarlo a su casa o abandonarlo y dejarlo a la deriva de lo que harían con él. No lo pensó, viajó a su ciudad con el cachorro grande. Llegó a su casa, tocó la puerta y su esposa abrió. Quien entró emocionado, feliz y moviendo su cola a su nuevo hogar fue Yander. Ella quedó sorprendida y en shock; cuando reaccionó, le preguntó a Carlos por qué había llevado a aquel perro a su casa, si ya le había dicho que no estaba de acuerdo. Carlos le dijo que no había podido abandonarlo; él se había convertido en su compañero, algo similar a un hijo.

Ella quedó un poco indispuesta, pero no tuvo más remedio que aceptar la situación. Carlos estuvo unos días de permiso, pero tenía que volver a viajar a su trabajo como militar. Se marchó feliz de saber que su cachorro iba a estar tranquilo y tendría un nuevo hogar. Su esposa Ana entonces tuvo que tratar de convivir con

Yander, acostumbrándose día a día a vivir con un cachorro tan gigante en su casa.

Fueron pasando y pasando los días y ella fue cogiéndole aprecio al nuevo integrante. Lo único que era incómodo era que Yander, a pesar de que fue entrenado para soportar tiroteos y sonidos fuertes como bombas, disparos o pólvora, nunca perdió el miedo a los truenos. Cada vez que iba a llover y tronaba, Yander buscaba donde esconderse, en lugares oscuros; o se resguardaba bajo una cama donde se sentía seguro. De lo contrario, se ponía nervioso e intentaba huir dañando cosas. Su cama y su sitio de estar eran el patio donde se encontraba la lavadora; también en un cuarto se escondía a veces. Ahí había un armario con corotos. Yander, en días de tormenta, hacía daños: arañaba la lavadora o, en caso de estar en el cuarto, dañaba el armario y la puerta, intentando buscar un lugar seguro para él.

Ana se enojaba mucho y le decía a su esposo que el perro no podía adaptarse, que ella quería que se lo llevara a otro lugar, pero al ver a su esposo tan triste, decidió darle otra oportunidad a Yander. Entonces adaptó un cuarto para él con un lugar donde, en aquellos días de tormentas y descargas eléctricas, que era a lo que tanto él temía, el perro se sintiera bien. Así se empezó a adaptar Yander. Su convivencia empezó a fluir, fue más llevadera; las quejas a su querido amo no fueron tantas. Quien fue el más feliz de saber que por fin serían una familia

Pasaron varios años cuando un día Ana le dio una gran noticia a su esposo. Carlos llegó de permiso a tomar unas vacaciones y Ana le recibió con un regalo. Él abrió la caja; adentro había unos zapatos de bebé y una nota que decía: "¡Sonríe, vas a ser papá!" Carlos sería papá de su primer hijo humano, ya que él se consideraba papá canino. Su cara deslumbraba de felicidad y dijo que serían la familia más feliz del mundo. Yander siempre estuvo cerca del vientre de Ana, sabiendo que vendría un bebé a casa; él tendría que compartir a sus papás humanos. Fueron pasando los meses hasta que llegó el día: ¡Nació Elizabeth! Una hermosa niña. Yander creía que lo cambiarían o le dejarían de prestar atención por la nueva integrante. El día que llegó a casa, Yander la recibió muy bien; se sintió feliz de recibirla.

No sucedió lo temido por Yander: no cambiaron su atención hacia él; eran dos cariños diferentes y nunca dejarían a un lado el amor que tenían por él. Por eso esta familia vive feliz de tener un cachorro tan juicioso como Yander; su comportamiento es especial: es pasivo, tranquilo, no es temible, es muy noble, le gusta que le busquen un juego, que lo mimen. Él sigue siendo el más querido y consentido por sus papás y familiares. Yander se hace querer de todos; con solo mirarlo inspira ternura y es que es eso lo que es:

¡Toda una ternurita! Yander es un cachorro muy querido por su familia, quienes tratan con paciencia sus miedos y le ayuda a que los días donde llueve duro y hay

truenos estén protegidos y sean más llevaderos para él. Sus amos lo consienten llevándolo a motilar y a bañar para que siempre esté limpio, sano y reluciente. Yander es un cachorro muy feliz y eso se nota, gracias a su ama Ana, quien decidió dejarlo vivir y convivir en su nuevo hogar con su hermanita Elizabeth. Yander es muy, muy pero muy feliz.

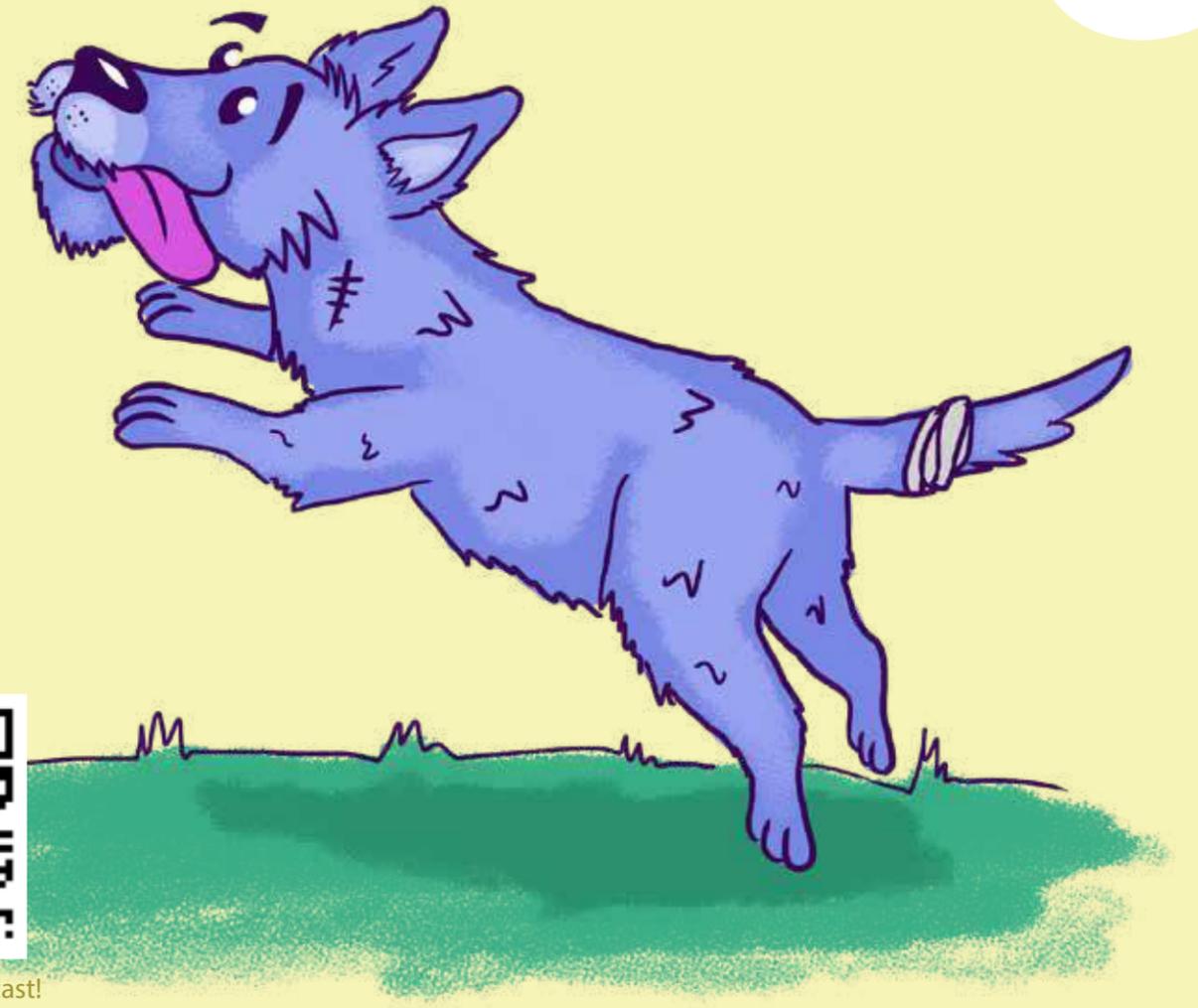


Un perro que volvió a vivir

Por: Emily Duarte Torre

Docente: Julio César Salazar Estupiñán

Escuela Normal Superior de Bucaramanga
Bucaramanga, Santander, Colombia.



¡Escucha aquí el podcast!

Érase una vez, y mentira no es, la historia que viví una vez. Tyson es un perro que vivía en la calle; su refugio era una plaza de mercado cerca de mi casa. Allí tenía muchos amigos humanos: el vigilante lo dejaba entrar cuando no era permitido, el carnicero algunas veces le regalaba huesos y el señor de la papa le ponía agua. Este perrito sufría mucho porque pasaba noches de frío y hambre. Cuando llovía, se empapaba mucho porque no tenía un lugar donde protegerse. Lo único que lo salvaba de mojarse eran las rejas con techo, pero los dueños del lugar no lo dejaban estar ahí y lo golpeaban para sacarlo.

Cuentan los vecinos que un día Tyson, más conocido en la calle como Zapatero, Firulais, Negro, Barbas o Chandoso buscó y buscó en las bolsas de basura y encontró una lata de sardinas. Era tanta hambre la que tenía que se puso a lamer la lata y se pasó de hambriento, pues se cortó la trompa y la lengua. Este pobre perro estuvo varias semanas enfermo y, continuando con su mala suerte, se encontró con tres perros que le ocasionaron, unas heridas en la cola, el cuello y la espalda, y esta vez fue mucho más grave que la anterior. Fue tanto el dolor que no se le volvió a ver saltando y corriendo en la plaza.

Estuvo mucho tiempo debajo de una caseta donde se le veía triste y enfermo; sus amigos humanos, muy preocupados, quisieron ayudarlo y decidieron reunir plata para darle medicamentos y poder vacunarlo. Poco a poco, Tyson empezó a sentirse cada día mejor,

regresando todas las mañanas a visitar a sus amigos de la plaza. A pesar con todo esto malo que le pasó, encontró un nuevo amigo, quien empezó a darle comida y a dejarlo quedar en las noches en su local. Después de unas semanas de tanto buscarle un hogar, por fin apareció una familia que quería adoptar un perro y... ¡Esa familia es la mía! El veterinario nos recomendó un perro que rondaba la plaza y, sin pensarlo, yo ya sabía de su historia. Mi familia y yo nos llenamos de alegría y, junto con mi hermano, le pedimos a mis papás que nos dejaran llevarnos a este perrito. Ellos aceptaron, a pesar de estar en pandemia, que era un perrito mediano y que nosotros tan solo teníamos tres y cinco años. Decidimos cambiarle la vida y darle mucho amor y cuidado.

A partir de ese día comenzaron nuevos retos para nosotros porque tuvimos que empezar a cuidar nuestros juguetes, a enseñarle a no escarbar en la basura, aprendimos a recogerle el popó y a consentirlo mucho. Tyson siempre nos ha brindado mucho amor y juego. Desde ese día las aventuras no se hicieron esperar; salimos con él a los parques y de la felicidad no salta, sino que brinca como un cabro. Varias veces se escapó de nuestra casa, pero mi papá salía a buscarlo para que regresara, hasta que un día, después de escaparse, llegó solo a casa y, con el tiempo ya no se escapó más. Han pasado 4 años desde que lo adoptamos y se ve muy feliz siendo parte de nuestra familia. Es juguetón y lo que me da más risa es lo relajado que se ve cuando se acuesta en su silla donde

le gusta dormir, porque abre las patas hacia los lados y se queda profundo. Para nuestra familia fue la mejor decisión haberlo adoptado. Si tienen la oportunidad de ayudar a un animalito que busca hogar, háganlo porque ellos son muy felices y agradecidos de poder volver a vivir con dignidad.

¡Y colorín colorete este cuento se fue en un cohete!



Un amigo también tiene cuatro patas

Por: Ingrid Yurani Serrano Serrano
Docente: José Ricardo Ortega Torres
Institución Educativa Alirio Vergel Pacheco
Sardinata, Norte de Santander, Colombia.



Recuerdo aquella noche como si fuera ayer. Mi madre es una gran jardinera, una mujer entregada al cuidado delicado y amoroso hacia las flores. Ella trabajaba para una familia muy importante en la ciudad de Cúcuta. La familia Martínez García. Cualquiera diría que era una familia reconocida por tener dinero o alguna empresa multimillonaria, pero no, era reconocida por ser una familia de cristianos. Ellos eran una familia pastoral distinguida por su entrega a Dios y por anunciar su palabra.

Mi madre era jardinera de esta iglesia, no por dinero, sino por su deseo de que el lugar de Dios siempre estuviera presentable. La noche del sábado 22 de junio a las 8 pm, habíamos acabado de llegar de la iglesia mi madre y yo y recordamos el final del culto: la familia pastoral se había quedado sola en el lugar. Ellos eran el pastor, su amada esposa y su hija de 13 años. Antes había otro integrante; la pareja había tenido otro hijo que, a sus 17 años, falleció por un accidente automovilístico mientras buscaba un lugar para llevar a su hermanita a comer un helado. Desde ese trágico día la familia nunca volvió a ser la misma. Entonces nos dimos cuenta de qué era lo que estaba pasando; a esa familia que vivía en una casa de cuatro paredes le faltaba un amigo de cuatro patas.

Al día siguiente fuimos corriendo a un lugar de adopción de animales y yo, al ver a cada uno de los distintos animales, me di cuenta de que los seres humanos somos como los ellos; cada uno tiene algo

que lo caracteriza. Los peces tienen aletas y respiran debajo del agua; en cambio, hay animales terrestres que juegan a perseguir pelotas o un punto láser y nosotros, aunque tenemos las mismas extremidades, tenemos personalidades muy diferentes y una capacidad de percibir las emociones siempre distinta de los demás.

Al ver junto con mi madre tanta diversidad de animalitos, llegamos a la conclusión de que lo que necesitaban en ese hogar era un hermoso cachorro. No sabíamos mucho de razas, pero vimos a una hermosa cachorrita de pelaje marrón y blanco que tenía unas hermosas orejitas largas y peludas.

Llevamos a la portadora de felicidad a nuestra casa, orámos y salimos a llevar a la cachorrita a la familia pastoral. Al llegar nos dimos cuenta de que la hija de la pareja se había conmovido tanto que sus ojos estaban llenos de lágrimas y, con un nudo en la garganta, dijo: "Gracias, Dios, me escuchaste".

La familia nos agradeció y terminamos todo con una oración. Al día siguiente, había culto de oración y fue tan distinto a cómo se realizaba después del accidente del hijo de la familia pastoral; este era un culto lleno de alegría, lleno de presencia de Dios. Había mucho gozo en todos los presentes. Al final del culto abrazamos a la familia y todos dijeron: "Los extrañamos".

Yo pensé que todo era gracias a la nueva integrante... Al día siguiente pasé por la iglesia y estaba mi querida

madre regando unas plantas; la saludé y pasé por la casa de los pastores. Me fui directo hacia allá; quería saber cómo les había ido con su amigo nuevo. Toqué la puerta y la esposa del pastor me recibió con un cálido:

—Hola, Ingrid, Dios te bendiga. ¿Quieres pasar? Ven y toma algo.

—Amén, muchas gracias, mi hermana.

—¿Qué te trae por aquí, mi niña?

—Solo quería saber cómo les va con la cachorrita.

En ese momento llegó el pastor; él había escuchado mi pregunta y entonces procedió a decir: "Gracias por dejarte usar por Dios para hacernos entender que nos estábamos olvidando de cuál es el fin de una familia". En ese momento no entendía por qué el pastor había dicho eso y pensé: "¿Tanto por una cachorrita?"

Entonces el pastor dijo: "Nuestra familia estaba dividida, mi esposa y yo ya no nos entendíamos y nuestra hija estaba pagando las consecuencias; ya no quería hablar, ni salir, ni comer, ni quería ir a la iglesia, pero tú nos recordaste que Dios siempre está con nosotros. Nos dimos cuenta con la llegada del perrito o de que también somos animales. Cuando la cachorra llegó, lo primero que hizo fue explorar la casa con cierta timidez, ya que estaba en un lugar totalmente nuevo, pero luego la veíamos correr y jugar con nuestra hija; eso nos mostró que cuando estamos en el mundo y cuando nos convertimos a Dios, ya no estamos en el mismo lugar. Al momento de convertirnos a Jesús, todo es nuevo;

nuestra forma de vestir cambia, poco a poco nos vamos acoplando y ahora somos salvos por misericordia".

Al escuchar estas palabras, no pude ocultar mis lágrimas, sabiendo que era todo cierto. A veces se nos olvida la bendición que es tener una familia y que tenemos la posibilidad cada día de relacionarnos con muchas personas de cualidades y personalidades diferentes, y, aunque pueden llegar dificultades y creemos que no es posible convivir en sociedad o en hermandad, Dios nos ama y si vino y no cometió pecado alguno, pues siempre tuvo claro por lo que había venido a la tierra; así nosotros tenemos que vivir una vida de paz, paz entre animales.

Este suceso nos lleva a la conclusión de que debemos recordar que nada está perdido, desde que tengamos vida. Como los otros animales cuidan a sus crías y a sus manadas, nosotros, los seres humanos, tenemos que amarnos, no importan las circunstancias, siempre buscando la manera de sobrevivir juntos.

Todo esto terminó en sonrisas y lágrimas. En ese momento entró la niña y dijo: "Hermanita Ingrid, gracias. Yo le pedí a Dios una amiga y me dio a esta cachorrita y entendí que un amigo también tiene cuatro patas".

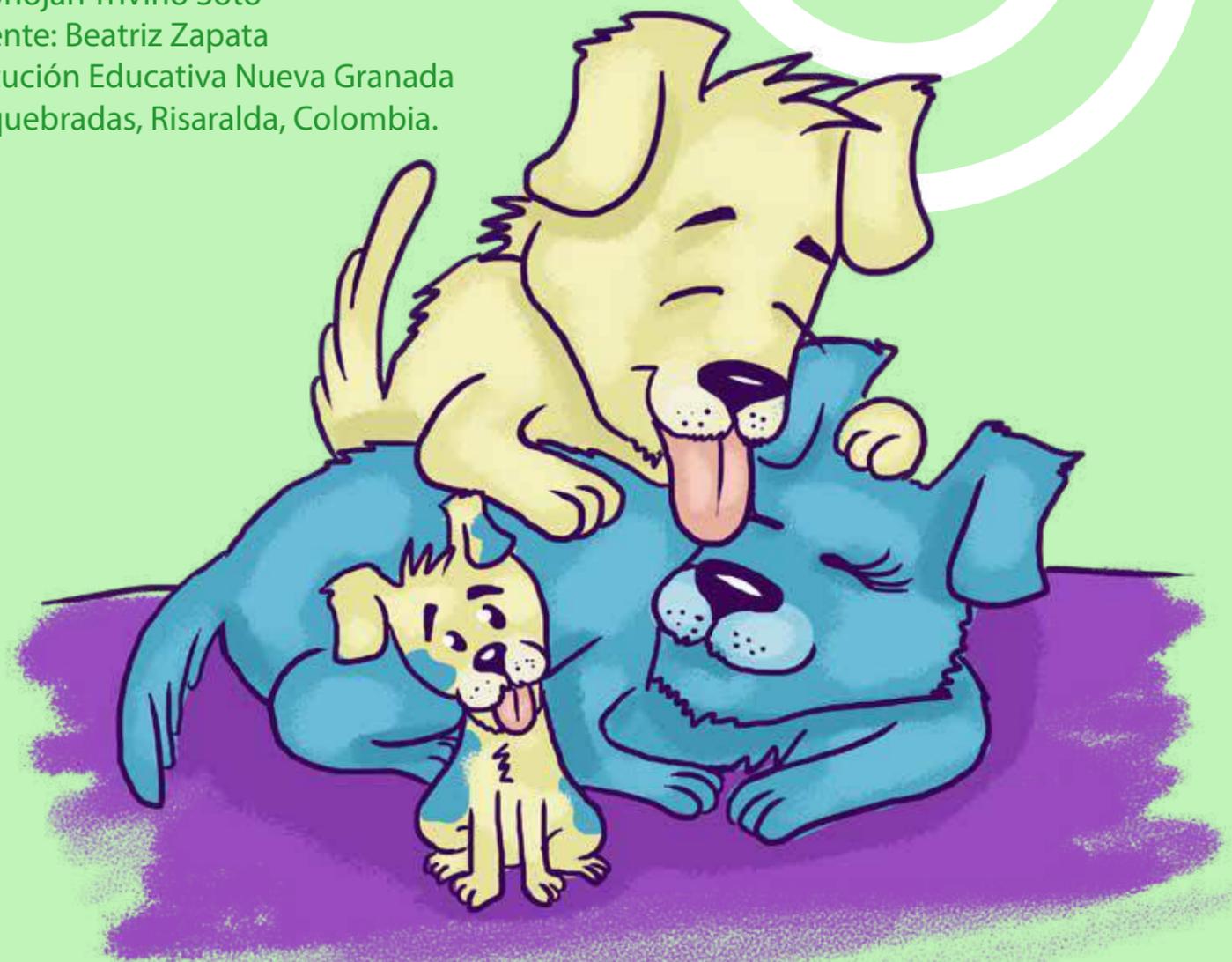
Respeto por la vida

Por: Jhojan Triviño Soto

Docente: Beatriz Zapata

Institución Educativa Nueva Granada

Dosquebradas, Risaralda, Colombia.



Mi pequeño compañero Bruno es un perrito juguetón y cariñoso que adopté desde que era un cachorro. Desde el principio supe que debía enseñarle buenos hábitos y cuidados para que creciera sano y feliz. Le enseñé a comer a horas fijas, a beber suficiente agua y a hacer sus necesidades en el lugar adecuado; también le proporcioné un lugar cómodo para dormir y jugar.

Pero un día, Bruno embarazó a la perrita de mi tío. Una hermosa hembra llamada Chispita ahora estaba esperando cachorros. Fue una experiencia emocionante ver a Bruno convertirse en padre. Aprendí que cuidar a una perrita embarazada requiere atención especial, como proporcionarle una dieta equilibrada y un lugar seguro para dar a luz. Mi tío y yo trabajamos juntos para cuidar a Chispita durante su embarazo, le proporcionamos todo lo que necesitaba y la acompañamos durante el proceso. Finalmente llegó el día del parto y Chispita dio a luz a una adorable cría; decidimos llamarlo Rocky.

Bruno fue un padre dedicado, siempre atento a las necesidades de su pequeña familia. Aprendí que los perros también pueden enseñarnos sobre responsabilidad y amor. Después de mucho pensarlo, decidí quedarme con Rocky. Ahora él, Bruno y yo somos una feliz familia de tres. Cuidamos unos de los otros y disfrutamos cada momento juntos.

Recuerda cuidar a tus mascotas, es una gran responsabilidad, pero también es una fuente de alegría

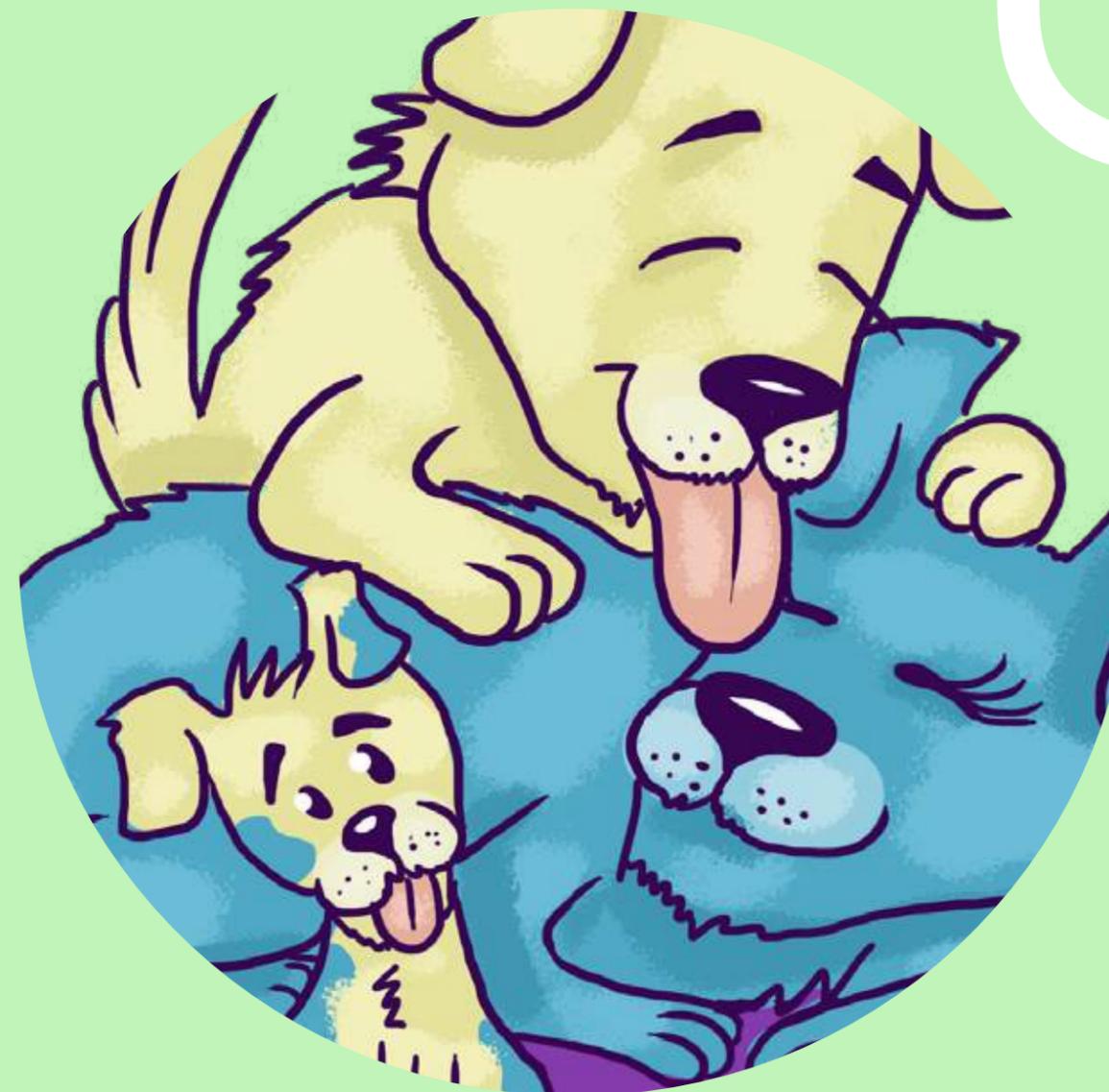
y amor incondicional. ¿Alguna vez hemos pensado en el dolor que causamos a los seres vivos que nos rodean? Los animales sufren en silencio, víctimas de nuestra codicia y descuido. Los bosques se talan, los océanos se contaminan y hábitats enteros se destruyen.

¿Qué les hemos dado a cambio a la naturaleza y a los animales? ¿Muerte, sufrimiento y extinción? No, no es justo. Los animales tienen derecho a vivir en paz, y no es aceptable que no puedan disfrutar de su libertad. La humanidad tiene una gran deuda con la naturaleza; hemos explotado los recursos sin considerar las consecuencias y ahora es momento de pagar el precio. Pero, ¿qué precio es demasiado alto para los animales? ¿Qué podemos hacer? podemos empezar por ser conscientes de nuestras acciones. Podemos elegir productos que no dañen el medio ambiente, reducir nuestro consumo de carne y apoyar a las organizaciones que protegen a los animales. La educación es la clave para cambiar la conciencia colectiva; debemos enseñar a las nuevas generaciones a respetar y cuidar a los animales y a entender que su bienestar es esencial para el nuestro.

También podemos educar a los demás, compartiendo información y concientizando sobre la importancia de tratar a los animales con respeto y compasión. Juntos, podemos hacer una diferencia. Y cuando finalmente logremos ese mundo de armonía, podremos mirar a los ojos de un animal y saber que hemos logrado lo correcto, que hemos respetado su lugar en este planeta

y que hemos aprendido a vivir en paz con la naturaleza.

La paz para los animales no es solo un ideal, es una necesidad. Es hora de que tomemos acción y creemos un mundo donde todos los seres vivos puedan coexistir en armonía. Buscar la paz para los animales refleja nuestra humanidad; tratarlos con respeto y con pasión revela lo mejor de nosotros. ¡Es hora de darles voz a los que no tienen voz!



Mushu, mi gatito guardián

Por: Ana Mileidis Núñez Pérez
Docente: Ana Isabel Ruiz Ramos
Institución Educativa Número Nueve
Maicao, La Guajira, Colombia



Hace muchos años, en una pequeña y tranquila ciudad, vivía un gatito llamado Mushu. No era un gato cualquiera; tenía un pelaje dorado que brillaba bajo el sol, y sus ojos, grandes y curiosos, estaban siempre alerta, como si pudiese ver más allá de lo que nosotros pudiésemos notar. Nadie supo de dónde venía ni cómo había llegado a mi barrio. A simple vista, Mushu parecía un gato callejero más, uno de esos que estaban de casa en casa buscando comida y un lugar para dormir; sin embargo, yo sabía que había algo especial en él, aunque no lo descubrí hasta mucho después.

Mi nombre es Ana. Tenía 10 años en ese entonces, una niña con una gran imaginación y que siempre veía el mundo a través de una lupa que parecía mágica. Me encantaba inventar historias y soñar con aventuras increíbles. Tal vez fue por eso que noté a Mushu cuando otros lo pasaban por alto. No recuerdo exactamente cuándo comenzó todo, pero sí sé que desde el primer momento en que lo vi, algo en mí cambió.

Un día, después de salir de la escuela, vi un gatito que caminaba en la misma dirección que yo. Al principio no le presté mucha atención. Pensé que solo era una coincidencia, pero con el pasar de los días, noté que cada vez que volvía a casa, él estaba allí, siguiéndome de cerca, pero siempre manteniéndose lo suficientemente lejos para no llamar la atención. Esa fue la primera señal de que Mushu no era un gato común.

Con el paso del tiempo, empecé a acostumbrarme a su

presencia. Cuando iba al parque o visitaba a mis amigos, Mushu siempre estaba allí, como una sombra silenciosa que vigilaba cada uno de mis pasos. Me intrigaba cómo, sin importar a dónde fuera, él siempre aparecía. Recuerdo que una tarde, mientras jugaba en el parque con mis amigos, lo vi sentado bajo un árbol, observándonos desde lejos. Lo miré fijamente, y él, en lugar de apartar la vista como haría cualquier otro gato común, mantuvo su mirada fija en mí. Fue entonces cuando supe que él estaba allí por una razón.

Una tarde en particular, cuando empezaba a oscurecer, estaba caminando sola de regreso a casa. El aire estaba fresco y las calles, vacías. Sentí un poco de inquietud, como si algo no estuviera bien. Fue entonces cuando noté que un hombre extraño caminaba detrás de mí. Al principio, no le di demasiada importancia, pero pronto sus pasos se aceleraron, y mi corazón empezó a latir más rápido. Intenté caminar más deprisa, pero el miedo ya había empezado a apoderarse de mí. De repente, sentí una presencia a mi lado. Era Mushu, pero esta vez no estaba a lo lejos. Caminaba a mi lado, y con su pelaje erizado me hizo entender que también él percibía el peligro.

Todo sucedió muy rápido. El hombre se acercó y, antes de que pudiera gritar o correr, intentó agarrarme. Fue en ese instante cuando Mushu saltó sobre él, maullando ferozmente y clavando sus pequeñas pero afiladas garras en su pierna. El hombre gritó y, sorprendido por el ataque del valiente gatito, salió corriendo.



¡Escucha aquí el podcast!

No podía creer lo que acababa de suceder. Con el corazón latiendo a mil por hora, me arrodillé en el suelo y abracé a Mushu con todas mis fuerzas. Las lágrimas salieron de mis ojos, no solo por el susto, sino por la gratitud que sentía hacia ese pequeño gato que había sido mi protector durante tanto tiempo sin que yo me diera cuenta. Mushu no era solo un gato callejero. Era mi guardián.

Desde ese día, nuestra relación cambió por completo. Mushu dejó de ser esa sombra distante que me seguía a todas partes para convertirse en mi compañero. Ya no se escondía; ahora caminaba a mi lado con orgullo, como si supiera que había cumplido con su deber. A dondequiera que fuera, Mushu venía conmigo. Ya no era necesario que me preocupara por volver sola a casa o por los extraños en la calle, porque sabía que mi pequeño guardián siempre estaría allí para protegerme.

Con el tiempo, Mushu se ganó un lugar especial en mi hogar y en mi corazón. Mis padres, que al principio no entendían nuestra conexión, terminaron aceptándolo como parte de la familia. Mi mamá solía decir que Mushu era más que un gato; era como un ángel de la guarda con patas. Y yo sabía que, en el fondo, tenía razón. Mushu y yo nos volvimos inseparables. Él dormía a los pies de mi cama cada noche, y cada mañana, me despertaba con suaves maullidos, como si me recordara que nunca más caminaría sola. A veces, mientras hacía mis tareas o leía un libro, lo veía desde el rabillo del ojo, siempre vigilante, siempre alerta. Nunca dejaba de

cuidarme, incluso cuando parecía estar descansando.

Los años pasaron, y aunque Mushu envejeció, su espíritu protector nunca cambió. Cada vez que recordaba el día en que me salvó, me daba cuenta de lo afortunada que había sido al encontrarlo, o más bien, al ser encontrada por él. Mushu no solo me enseñó sobre la lealtad y el amor incondicional, sino también sobre el valor y la importancia de proteger a quienes amamos, sin importar cuán grandes o pequeños sean.

Los animales como Mushu, no solo nos acompañan; también nos cuidan y protegen de maneras que jamás imaginamos. Es nuestro deber cuidar de ellos, porque en su silenciosa lealtad, ellos siempre están allí para cuidarnos.



El Mono

Por: Juan José Henao
Docente: Julie Rocío Herrera Ruiz
Institución educativa los Ángeles
Angelópolis, Antioquia, Colombia.



El Mono es un perrito muy querido y aceptado por la comunidad del corregimiento La Estación Angelópolis, Antioquia. Era un perro vagabundo que caminaba por las calles buscando quién le diera de comer. Siempre solo, abandonado, sin nadie que lo quisiera adoptar. A veces andaba por el colegio del corregimiento llamado Institución Educativa Los Ángeles, buscando alimentarse, velando la comida de los estudiantes. Varios niños le daban comida, pero otros, no le querían dar y lo echaban.

Hasta que de pronto uno de los profesores, el de ciencias naturales que se llama Alejandro Martínez Rivera, le empezó a dar comida y agua que traía en su carro. Aquel perro estaba muy feliz; ya no aguantaba hambre. Pero cuando llegaron las vacaciones, nadie estaba en el colegio y volvió a estar solo en las calles del corregimiento. Cuando los maestros y estudiantes volvieron a las jornadas escolares, Alejandro siguió llevándole comida y agua; eran muy amigos, se fueron encariñando y el profesor Alejandro lo adoptó. El Mono era una de las mascotas de los maestros y era amigo de todos.

Al ver siempre al Mono con Alejandro, muchos de los estudiantes lo llamaban "Alejito" porque siempre el perrito estaba muy pegadito al profe de ciencias y, también, porque no sabían qué otros apodos inventarle; nadie sabía su verdadero nombre. Al final, el mono terminó siendo un perro que por fin tiene una familia, un hogar, un dueño e incluso muchos cariños de

parte de Alejandro.

Yo qué sé de la vida de ese perrito; soy consciente de que el Mono estará en la historia de muchos al haber sido un perro solo, callejero, buscando comida por cualquier casa, hasta que se convirtió en una de las mascotas de los maestros del corregimiento La Estación. El Mono fue el ejemplo para otros perros en la comunidad.

El envenenamiento de Niño

Por: Zaida Castañeda Obando
Docente: Lila Patricia Gonzales Villa
Institución Educativa Manuel Canuto Restrepo
Abejorral, Antioquia, Colombia.



¡Escucha aquí el podcast!

Era una tarde tranquila en el vecindario de la Bernardita.

El sol se ocultaba lentamente, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y púrpuras, mientras los niños jugaban en las aceras y las familias comenzaban a preparar la cena. Sin embargo, en una pequeña casa esquinera, la atmósfera era muy distinta. Allí vivía Niño, un gato de pelaje blanco, mono y de ojos verdes que había conquistado el corazón de todos los que lo conocían. Niño era popular por su curiosidad insaciable. Paseaba por las calles, explorando cada rincón del barrio. Era común verlo en la ventana de la señora Julia, quien le ofrecía un poco de pescado fresco, o jugando con los niños en el parque. Pero esa tarde, algo terrible estaba a punto de suceder.

Todo comenzó cuando el perro del vecino, Ricky, ladró sin parar. Su dueño salió corriendo al jardín, preocupado por el alboroto. ¡NIÑO! ¡NIÑO! gritó el hombre mientras miraba a su alrededor. Fue entonces cuando vio al gato tendido en la acera, con movimientos erráticos y un brillo extraño en sus ojos. Los gritos alertaron a la vecindad. La señora Julia fue la primera en llegar; al ver a Niño en ese estado, su corazón se hundió.

—¡Oh, no! "¿Qué le ha pasado?".

Exclamó mientras se arrodillaba junto al gato. Con manos temblorosas, intentó acariciarlo, pero Niño apenas podía moverse. La noticia se esparció

rápidamente. Los vecinos comenzaron a congregarse alrededor de la escena, llenos de preocupación y confusión.

¿Cómo podría haber sucedido algo así? ¿Acaso alguien le había hecho daño al querido felino? Llamaron a la policía para investigar lo que parecía un acto cruel. Mientras tanto, algunos vecinos intentaron ayudar a Niño; la veterinaria local llegó rápidamente y examinó al gato con cuidado. "Parece que ha sido envenenado", dijo con una expresión seria. "¡Necesitamos llevarlo a la clínica urgentemente!" Con manos firmes y decididas, lo colocaron en una caja acolchada y partieron rápido hacia el veterinario.

El ambiente se tornó sombrío mientras los vecinos intercambiaban teorías sobre quién podría haber hecho tal cosa. Los murmullos iban y venían: "¿accidente?", preguntó uno; "No puede ser que alguien lo haya hecho intencionalmente", respondía otro con incredulidad. Pasaron las horas y todos esperaban ansiosos noticias sobre Niño. Finalmente, la veterinaria salió con una expresión cansada pero esperanzadora. "Hicimos lo posible", dijo con voz suave. "Logramos estabilizarlo, pero aún está en estado crítico". Un suspiro colectivo recorrió a los presentes; había esperanza, aunque aún quedaba un largo camino por recorrer.

La investigación comenzó pronto. Los policías interrogaron a los vecinos sobre cualquier actividad sospechosa en el área. Pronto surgió un nombre. Un

nuevo vecino que había llegado hacía poco tiempo y que no parecía muy amigable con los animales. Con determinación, un grupo de vecinos decidió acercarse a este hombre para hablarle sobre lo ocurrido. Tras algunos intercambios tensos de palabras y miradas acusadoras, él finalmente admitió haber utilizado un veneno para intentar alejar a los gatos de su jardín desordenado.

La indignación fue inmediata; no solo había puesto en peligro a Niño, sino también a otros animales del vecindario. Las autoridades tomaron cartas en el asunto y se aseguraron de que no volviera a suceder algo similar. Mientras tanto, Niño luchaba por recuperarse entre cuidados veterinarios y el amor incondicional de los vecinos que nunca dejaron de visitarlo. Después de varios días críticos, finalmente llegó la noticia que todos esperaban ¡El niño estaba fuera de peligro!

El regreso del gato fue celebrado como un verdadero milagro. Su espíritu juguetón volvió rápidamente mientras recorría nuevamente las calles del barrio que tanto amaba. Los niños recibieron con abrazos y juegos; su presencia era más apreciada que nunca. Aquella experiencia dejó una huella profunda en la Bernardita.

Una comunidad unida por el amor hacia sus animales y la convicción de protegerlos ante cualquier adversidad. Y así, Niño continuó su vida aventurera, recordando siempre que el hogar es donde hay amor y cuidado, no solo para él, sino para todos los seres vivos que lo rodean.



Erónica de Místico

Por: Valery Sofía Díaz Muñoz
Docente: Doris Gómez Guerrero
Institución Educativa San Bartolomé
La Florida, Nariño, Colombia.



¡Escucha aquí el podcast!

Era un día soleado y hermoso cuando todo comenzó; mi familia y yo habíamos estado hablando sobre la idea de tener un gato. Siempre había soñado con tener una mascota que me acompañara y que pudiera alegrarnos y llenar mi vida de risas y ternura.

Un fin de semana, decidimos hacer una excursión al campo; no tenía idea de que esa excursión cambiaría mi vida para siempre. Mientras paseábamos, a mi papá se le ocurrió la idea de ir a visitar a una señora que conocía y que vivía por ese lugar. Entramos a su casa, y ella nos dijo que había nacido un gatito, que si queríamos, fuéramos a buscarlo y jugáramos con él. Salimos de la casa, y al estar afuera escuchamos algunos sonidos. Siguiendo el ruido, descubrí un pequeño gato blanco con manchas negras escondido entre unos arbustos. Tenía unos ojos grandes y brillantes. Me acerqué despacito, con el corazón latiendo rápido, y cuando me vio, salió de su escondite como si supiera que lo había venido a buscar.

En ese instante, supe que tenía que llevármelo a casa. Sentí que Místico —así lo llamé— había elegido a nuestra familia. El gatito estaba en adopción. Al saber eso, me llené de felicidad y no dudé en ponerme de acuerdo con mi familia y adoptarlo.

Al llegar a casa, Místico se mostró un poco tímido, explorando cada rincón de nuestra casa. Pero pronto se dio cuenta de que estaba en un lugar seguro. Su personalidad era increíble: era juguetón, curioso y

siempre listo para una buena dosis de cariño. Le encantaba correr detrás de los hilos de lana que le lanzaba mi hermana, y siempre buscaba maneras de meterse en las cajas de cartón que dejábamos por ahí. Recuerdo que una vez se metió en una caja de zapatos y salió con una bolsa de gomitas que estaba escondida en la caja; fue un momento tan divertido que no podía parar de reír.

Con el tiempo, Místico se fue convirtiendo en mi compañero y el motivo de la mayoría de mis risas junto con mi familia. Nos seguía por toda la casa y siempre estaba cerca cuando nos sentíamos tristes. Había algo mágico en él, algo que hacía que cada día fuera especial. A veces, hablaba con él sobre mis sueños y preocupaciones, y de alguna manera, sentía que me entendía.

Después de unos meses, empecé a notar que algo no andaba bien. Místico comenzó a estar menos activo, pasando más tiempo durmiendo en su rincón favorito. Al principio pensé que solo estaba cansado de jugar, pero cuando su apetito empezó a disminuir, me sentí preocupada. Decidimos llevarlo al veterinario y allí fue donde nos dieron la noticia que jamás quise escuchar: Místico tenía leucemia...

No sabía mucho sobre la enfermedad, pero el veterinario nos explicó que afectaba su sistema inmunológico y que muchos gatos con esta condición no sobrevivían mucho tiempo. Recuerdo que en ese

momento sentí como si el mundo se me cayera encima. Místico, que había llenado nuestros días de alegría, estaba enfermo y no sabía cómo ayudarlo. La idea de perderlo me llenaba de angustia y tristeza.

A pesar de la noticia desgarradora, decidimos que haríamos todo lo posible para cuidar de él. Cada día, le dábamos mucho cariño, le hacíamos compañía y tratábamos de que se sintiera lo más feliz posible junto con nosotros y, aunque él se veía feliz, yo por dentro pensaba que en poco tiempo ya no estaría conmigo ni para mí. Creé un pequeño rincón en mi terraza donde pasábamos horas jugando. Le lanzaba pelotas de papel y él corría detrás de ellas con una energía que hacía parecer como si esa enfermedad hubiera desaparecido. Nos reíamos cada vez que saltaba tratando de atraparlas; esos momentos eran únicos y yo guardaba en mi mente cada uno de ellos.

Los días pasaban y Místico parecía tener buenos y malos momentos. Había días en los que era juguetón subiendo a los muebles, pero había otros en los que apenas se movía y eso me preocupaba mucho. A medida que pasaban las semanas, el estado de salud de Místico comenzó a deteriorarse. Ya no corría como antes, y a veces se le notaba un brillo de tristeza en los ojos.

Un día, lo llevamos nuevamente al veterinario. Esta vez, el veterinario nos habló de la opción de la eutanasia. Mi corazón se rompió al escuchar esas palabras. Sabía que

era lo mejor para él, que merecía descansar y no sufrir más. Pero la idea de tener que decirle adiós me daba mucho miedo. Hablé con mis padres y comprendí que, aunque fuera una decisión muy difícil, era la más amorosa. Quería que Místico estuviera libre de dolor, aunque eso significara dejarlo ir. Esa noche, le hice una pequeña fiesta de despedida en casa y le preparé su comida favorita. Quería que supiera cuánto lo amábamos. Pasé la noche acariciándolo, recordando todos los momentos felices que compartimos. Le susurré cuánto significaba para mí y cómo siempre lo llevaría en mi corazón.

El día de la eutanasia fue uno de los más difíciles de mi vida; llegó el veterinario y, aunque sabía que era lo correcto, no podía evitar sentir una tristeza que me atormentaba. En mi terraza le acaricié su pelaje suavemente mientras el veterinario le explicaba lo que iba a suceder. Cerré los ojos y traté de recordar todos los momentos felices, las risas y los juegos. Místico se fue en paz, y aunque mi corazón estaba roto, sabía que había tomado la decisión correcta.

Después de su partida, la tristeza me invadió; sentía que el aire se me escapaba y que el mundo se tornaba gris. Pero a pesar de mi dolor, también recordé todos los momentos felices que habíamos compartido. Pasaron los días y, aunque la tristeza seguía presente, empecé a encontrar el consuelo en esos recuerdos. Místico había sido un pequeño rayo de luz en nuestras vidas y, aunque su tiempo fue algo corto, la alegría que trajo fue

inmensa. Aprendí que el amor por una mascota no se mide en años, sino en cada instante de felicidad que compartimos.

Con el tiempo, decidí hacer algo especial en honor a Místico. Le haría una carta cada vez que lo recordara, cada año luego de su partida, imaginando que él está allí, corriendo y jugando, como solía hacerlo. Hoy, cuando miro al cielo, a veces siento que Místico está allí, observándome; aunque ya no esté físicamente, su espíritu vive en todos esos recuerdos hermosos.

Adoptar a Místico fue una de las mejores decisiones que he tomado. Me enseñó sobre la importancia del amor, la bondad y la alegría de vivir el momento con cada persona o animalito. Aunque su vida fue corta, el amor que compartimos siempre permanecerá en mi corazón.

Místico será siempre mi gato especial, mi compañero de aventuras y, aunque no esté aquí de manera física, siempre estará conmigo. Su recuerdo me impulsa a seguir adelante, a encontrar la alegría en cada día y a valorar cada instante de felicidad.



Toto y Cocea

Por: Tomás Fernando Naranjo Prado
Docente: Jackeline Geraldina Figueroa Medrano
Institución Educativa: Saint Nicholas of Flüe School
Municipio San Joaquín, Heredia, Costa Rica



¡Hola! Tal vez si lees estos nombres no te causen nada, pero para mí son una pieza fundamental de mi vida.

Todo comenzó cuando mis tíos Beatriz y Juan rescataron a Coca, una perrita desnutrida y maltratada. Tenía marcas de patadas, escobazos y estaba muy sucia. Apenas llegó, la bañamos y la llevamos al veterinario, la revisaron y le pusieron las vacunas, pues son importantes para que los perritos estén sanos. Estábamos muy felices de por fin tener una nueva compañía; recuerdo que para mí Coca era como una primita.

Pasaron unos meses y ya Coquita estaba como una reina; ella era la adoración de toda la familia, todos la queríamos un montón y todavía la queremos. Fue en el 2020 donde estuvimos viviendo la pandemia y las cosas cambiaron por el COVID-19. Todos tuvimos que hacer cambios en nuestras vidas y debimos estar en cuarentena, dejar de vernos y tener las clases virtuales. Estábamos pendientes de las noticias sobre el COVID y de las personas que morían.

Un día hubo una noticia muy diferente a las habituales en ese momento; una vecina del condominio de mi tía Beatriz publicó en Facebook un post que decía: "Perrito encontrado en la ruta 32 de Costa Rica, es muy tierno y necesita mucho cariño. Yo no puedo adoptarlo porque ya tengo 2 perros, pero es muy tranquilo".

A pesar de que no lo podía tener, mi tía Beatriz lo cuidó unos días y le dio mucho cariño. Por fin alguien

comentó; era mi tía Gabriela, vio el post de mi tía Beatriz y le respondió que ellos querían adoptar al perrito; para ese entonces no tenía nombre.

Toto era un perro muy bien portado y muy amoroso; su corazoncito estaba lleno de amor, me explico: si le hacían caricias y te ganabas su confianza, ¡era una bomba de amor! Además, era hermoso, al igual que la preciosa y reina Coquita. Cuando llegó, estaba un poco golpeado y sucio; también lo llevamos a la veterinaria y le dimos un rico baño. Sus heridas se curaron y, más o menos en unos 5 meses, quedó guapísimo. Con el pasar del tiempo nos dimos cuenta de que a Toto alguien lo super maltrataba por lo tímido y miedoso que era.

En el primer año que estuvimos con él; si yo corría una silla de la mesa, él se asustaba mucho. Debimos aprender a ser más considerados con Toto y tratar de ayudarlo a tranquilizarse. Las historias de Coquita y Toto me enseñaron a querer a los animales y a ayudar a los que necesitan cuidados y amor. Pero no siempre las historias terminan así.

Me gustaría contarles otra historia; prepárense porque es muy triste:

Hace algunos años, había una pareja que vivía en el condominio de mis tíos Beatriz y Juan; los llamaremos Andrey y Katty, era muy feliz, pero un día se separó. Ella se fue y él se quedó en la casa con la mascota. Aquí entra el protagonista de esta historia triste, un gatito.

Resulta que este señor, por vengarse de su pareja, hizo un vídeo y lo subió a Facebook donde ¡tiraba al gatito de un séptimo piso! Lamentablemente, el gatito cayó y cayó hasta quedar en un árbol. Mi tía Beatriz, que salió a pasear a sus perros, se encontró con el gatito. Ella no se imaginaba que el video se haría tan viral; muchas personas empezaron a criticar la acción de este señor. Fueron tantos los comentarios que toda Costa Rica supo de la noticia.

El gatito se miraba muy mal herido, estaba casi moribundo; con la cola medio cortada, se arrastraba hacia mi tía. Ella lo ayudó y, mientras caminaba llamaba a mi tío para que la recogiera y llevaran al gatito lo más pronto posible al veterinario. Mi tío Juan llegó en 5 minutos desesperado mientras mi tía se montaba súper rápido al carro. Entre llantos de mi tía y mi tío, el gato cerró sus ojos, pues aparentemente había fallecido. Llegaron a la veterinaria muy rápido y allá intentaron reanimarlo; vivió por unos 3 minutos más y luego murió. Esta vez no hubo forma de reanimarlo.

Unos meses después, mis tíos pusieron una denuncia contra este señor que hizo este acto tan cruel. Ellos fueron a declarar y el país nuevamente se molestó mucho. Mis tíos solicitaron que el señor fuera a la cárcel por un tiempo. En Costa Rica hay una Ley de Bienestar Animal, la 7450, para prevenir los actos donde las personas no respetan la vida de estos seres.

Aquí termina esta trágica historia. Quisiera recalcar que la Ley de Bienestar Animal está ayudando a estos pequeños y desprotegidos seres, así las personas piensan mejor cuando adoptan un perrito y no lo abandonan cuando ya no lo quieren.



Mi Coeco

Por: Sharon Camila Cortez Giraldo
Docente: Magali Yazmin Guillen Araca
Institución educativa Antonia santos
Cazuario Vichada, Puerto Carreño, Colombia.



¡Escucha aquí el podcast!



Era un día cualquiera durante mis vacaciones en casa de mis abuelos, justo antes de que comenzarán de nuevo las clases en el colegio. El calor era insoportable, así que estábamos en el jardín. Yo descansaba en una hamaca mientras mi abuelo cortaba la maleza y mi abuela tendía la ropa recién lavada. De repente, mi abuelo lanzó un grito de sorpresa y entre la maleza, recogió algo. Curiosa, corrí para ver qué tenía en sus manos y observé una pequeña ave de piel rosada que aún no tenía plumas. Se veía completamente indefensa, emitía un sonido agudo y no dejaba de abrir su pico.

Mi abuelo dijo que seguramente se había caído de su nido y que, si queríamos que sobreviviera, debíamos alimentarla. Sin pensarlo, corrí a la cocina y traje migas de pan mojadas, lo único que se me ocurrió en ese momento, nunca había alimentado un pájaro tan pequeño. Mientras tanto, mi abuela, con prisa, tomó retazos de tela y armó un pequeño nido dentro de una caja de zapatos, porque el pobre pajarito temblaba, seguramente del frío y del miedo al encontrarse con seres desconocidos, es decir, nosotros los humanos.

Al caer la noche, ya le habíamos dado un nombre a nuestra nueva amiga: se llamaría Coco, porque el nido del que cayó estaba en una planta de coco. Mi abuelo revisó el nido con la intención de devolverla, pero se percató de que había sido abandonada. Mis abuelos decidieron entonces cuidarla hasta que pudiera valerse por sí misma, y yo tendría que ayudar en sus cuidados.

Estaba algo intrigada. Ya tenía tres mascotas en casa de mis padres: un perro llamado Bambú y dos morrocoyes que vivían libres en el jardín. Sabía cómo cuidarlos, darles alimento y limpiar su espacio, pero nunca había cuidado de un ave. Me parecía tan frágil y delicada que me daba miedo tocarla. No sabía ni siquiera qué darle de comer. Mi abuela pareció entender mi inquietud y me calmó. Me dijo que me enseñaría a cuidarla, que no era tan difícil, solo hacía falta voluntad y corazón.

Con el paso de los días, me volví experta en el cuidado de Coco. Con un poco de repulsión, aprendí a darle agua y a alimentarla con lombrices que mi abuelo sacaba de la tierra en un riachuelo que pasaba cerca de la casa, él también cosió un bolsito especial para que pudiera cargar a Coco durante el día y darle calor con mi cuerpo. Durante la noche, dormía abrigadito en su nido de telas.

Después de una semana, por fin empezaron a salirle las plumas de color verde, y por la forma encorvada de su pico, mi abuelo dedujo que era un loro. Me puse feliz porque sabía que algunos loros pueden pronunciar palabras, y estaba decidida a enseñarle a Coco, ¡solo necesitaba tiempo! Tiempo que pronto se acabaría porque mis vacaciones estaban por terminar. Coco crecía rápidamente; ya abría sus alas y, con sus patitas, se aferraba a mi dedo cuando la sacaba al jardín.

Mis abuelos me explicaron que no pondrían a Coco en una jaula. Tenía derecho a vivir libremente, como

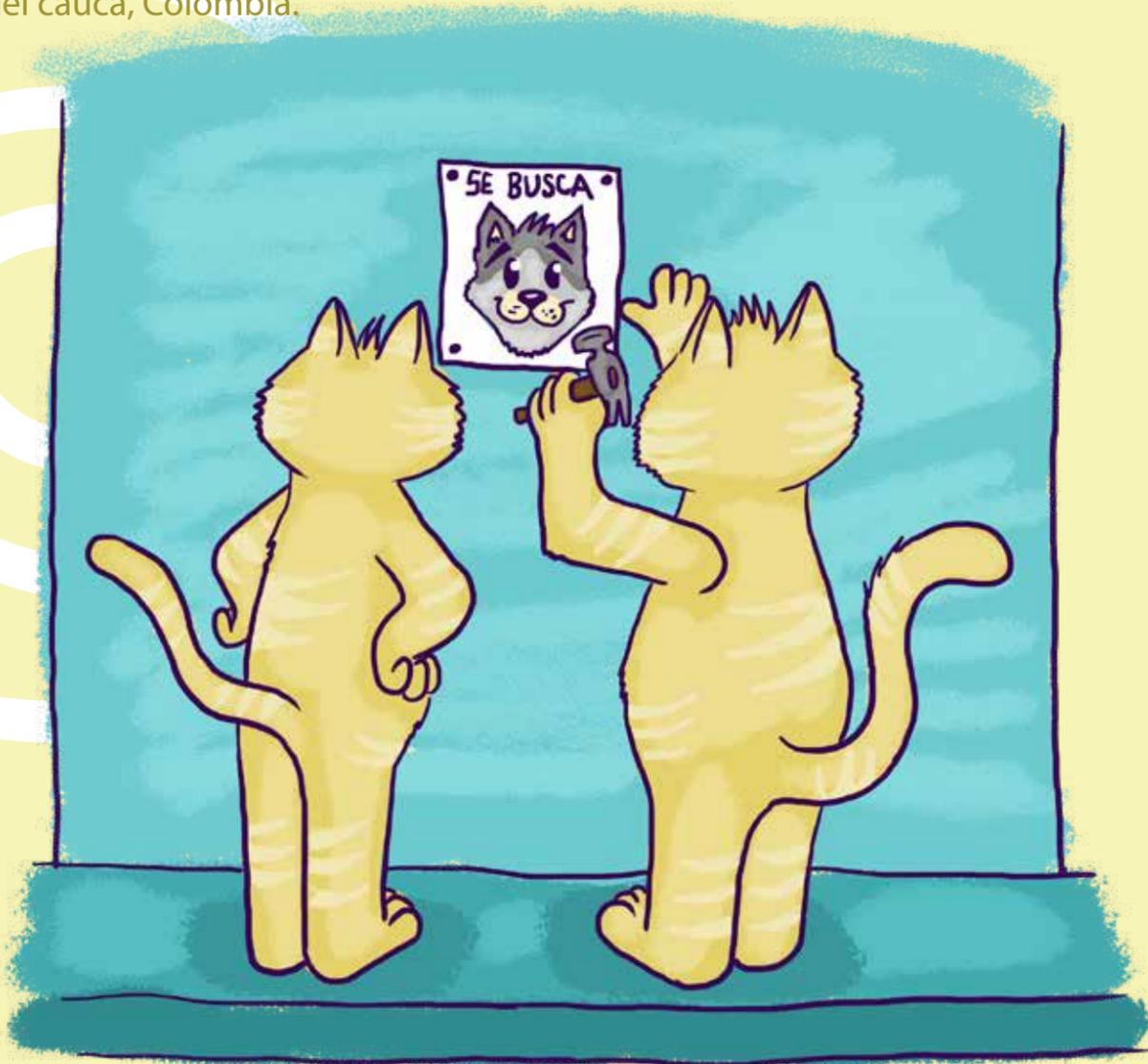
nosotros. Así entendí que, cuando Coco creciera, tendríamos que dejarlo ir, para que viviera libremente en el jardín si así lo deseaba. Si decidía regresar a casa de mis abuelos, siempre sería bien recibido, con cuidado, alimento y cariño. Definitivamente, no era justo que viviera su vida enjaulada, como si hubiera cometido un crimen.

El amor y el cariño que sentimos hacia los demás seres vivos no pueden ser egoístas. Así que, mi querido Coco, es mi deseo que vuelas libremente.



Feliz regreso a casa

Por: Nicole Samanta Carranza Rosero
Docente: Luz Estela Rojas
Institución educativa Santa Bárbara
Sevilla, Valle del cauca, Colombia.



Desde hace dos años, hemos disfrutado en casa de la compañía de dos gatitos machitos, ambos de color rubio, los cuales fueron abandonados en la calle. Primero nos encontramos uno de ellos y lo llevamos a casa y, cuando tenía 5 meses, encontramos el otro gatito; casualmente, también es del mismo color. Parecen gemelitos. Son juguetones, amorosos y muy mimados. Se la pasan corriendo por toda la casa, duermen en los muebles, parecen muñecos de trapo cuando se echan a desperezarse en las camas.

En la noche salen por el tejado a tomar su paseo nocturno; nos preocupamos porque pensamos que les puede pasar algo, pero en las mañanas están por ahí buscando su cuidado. Debemos cuidarlos mucho porque cada vez que salimos de casa, aunque no son callejeros, se van detrás de nosotros hacia la puerta. Les gusta echarse debajo de la moto o del carro. Una noche ocurrió que cerramos la puerta y se nos quedó un gatito afuera, pero él fue muy astuto y buscó muros para poder entrar a casa.

Compartir con los gatitos nos da mucha paz y amor; son seres muy tiernos y hacen que nos sintamos muy bien. En las tardes, cuando llego del colegio, me saludan y quieren que los consienta mucho; yo me recuesto un poco a descansar y allí están, al lado mío, para dormir juntos la siesta. Los fines de semana, cuando se quedan solos por un tiempo, dejamos bien segura la casa y, al regreso, están allí esperándonos; nos siguen por todas partes maullando como si quisieran expresarnos cuánto nos extrañaron.

En el tiempo libre nos encanta tomarles fotos; cuando están por ahí, parecen modelos posando con sus cuerpos estiraditos para todos lados. Les acomodamos su casita con la camita calentita para que se sientan cómodos y amados. Pasamos casi dos horas jugando con ellos, ya sea con hilos, lanas o cascabeles, para que los enreden y los busquen. Así va pasando el tiempo y, sin darnos cuenta ya es de noche y hay que descansar.

Después de estos dos años de tener los dos gatitos, nos encontramos otro cerca de la casa; era tan pequeño e indefenso, de color tigrino, es negro con blanco y amarillo. Lo llevamos a casa esperando que se hiciera amigo de los otros gatos, ya que los tres son machos. Al principio me parecía que el mayor se le echaba al gatito encima y lo mordía porque yo oía al gatito chillar. Los separaba y regañaba al grande para que lo dejara quieto y en la noche también los separaba del otro gato para que no pelearan más...

Pasaron cuatro meses con los tres gatos en casa, ya más amigables entre ellos, pues estaban aprendiendo a convivir amablemente. De repente, un día, muy temprano, notamos que el gatito pequeño no estaba. Lo llamábamos y buscábamos por todo lado y nada; todo era silencio. Salimos a la calle y nada. Nos sentimos muy tristes porque no apareció ese día; teníamos la esperanza de que al día siguiente aparecería, pero no fue así.

Después de dos días pusimos la foto en las redes sociales, esperando que alguien lo pudiera traer de

regreso a casa... Cada día que pasaba era más incierto, pues no había rastro de él y pensábamos que alguien se lo había encontrado y se lo llevó lejos. Pasó un mes; estábamos perdiendo la ilusión de volver a ver a nuestro pequeño; quizás ya tenía un nuevo hogar y estaría bien.

El viernes 27 de septiembre, casi un mes y un día después, llegamos tarde en la noche de viaje y entramos a casa. ¡Vimos a nuestro gatito de regreso, apareciendo de la nada! Nos acercamos a tocarlo y corrió. Aunque estaba un poco huraño y retraído, lo seguimos y le hablábamos para que nos reconociera otra vez; al fin pudimos traerlo a casa de nuevo. Le compramos un collar azul para que nunca más se volviera a perder. Estamos muy contentos de tener a nuestro gatito sano y salvo en casa.



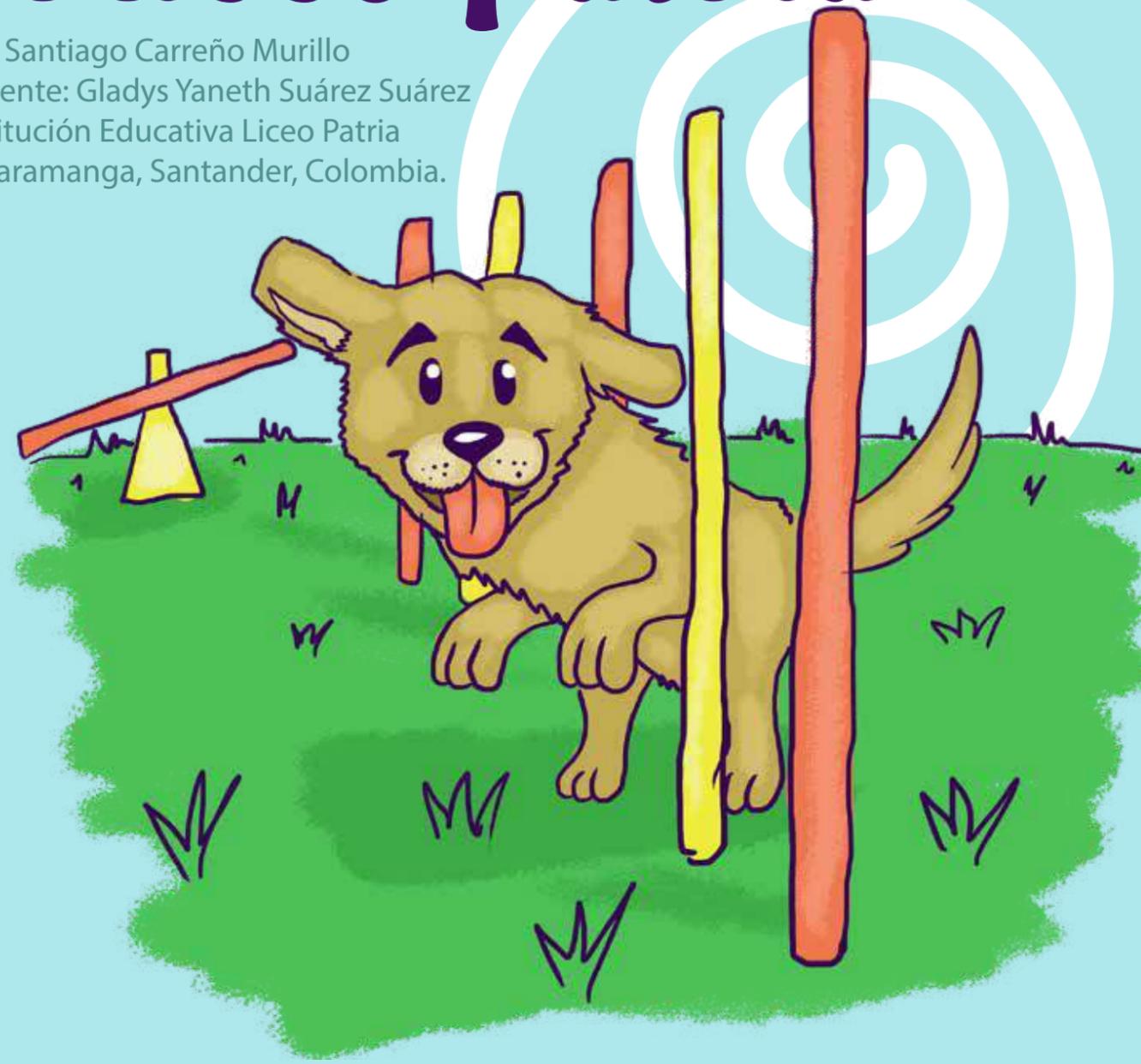
Acción de paz por los animales en el liceo patria

Por: Santiago Carreño Murillo

Docente: Gladys Yaneth Suárez Suárez

Institución Educativa Liceo Patria

Bucaramanga, Santander, Colombia.



Hoy fue un día muy especial en el colegio Liceo Patria de Bucaramanga. Todos los estudiantes se reunieron con el fin de adelantar una campaña de acción de paz por los animales. Había muchas pancartas que decían cosas como “Adopten, no compren”, “Los animales son nuestros amigos”, “Queremos paz para los animales”. El ambiente estaba lleno de alegría; me emocioné mucho al ver a tantos niños juntos.

En la cancha de arena del colegio había un perrito llamado Bingo que fue rescatado de la calle por uno de los profesores; todos querían acariciarlo, movía la cola y parecía muy feliz. Hubo charlas sobre cómo cuidar a los animales; aprendí a darles agua, comida y un lugar seguro para vivir. Un profesor explicó que los animales sienten dolor y tristeza y que merecen ser tratados con respeto. También escuché que no debemos dejar a los animales solos en casa porque se pueden asustar. Estas palabras resonaron en mi corazón y entendí que debemos ser más responsables con nuestros amigos peludos.

Después de las charlas, organizamos juegos y actividades. Realizamos una carrera de obstáculos para perros, donde los alumnos trajeron a sus mascotas. Ver a los perros saltar y correr fue muy divertido; todos aplaudíamos y animamos a los participantes. Bingo, el perrito rescatado, también se unió a la diversión, corriendo tras las pelotas que lanzaban los niños.

En una esquina de la cancha, había un espacio dedicado

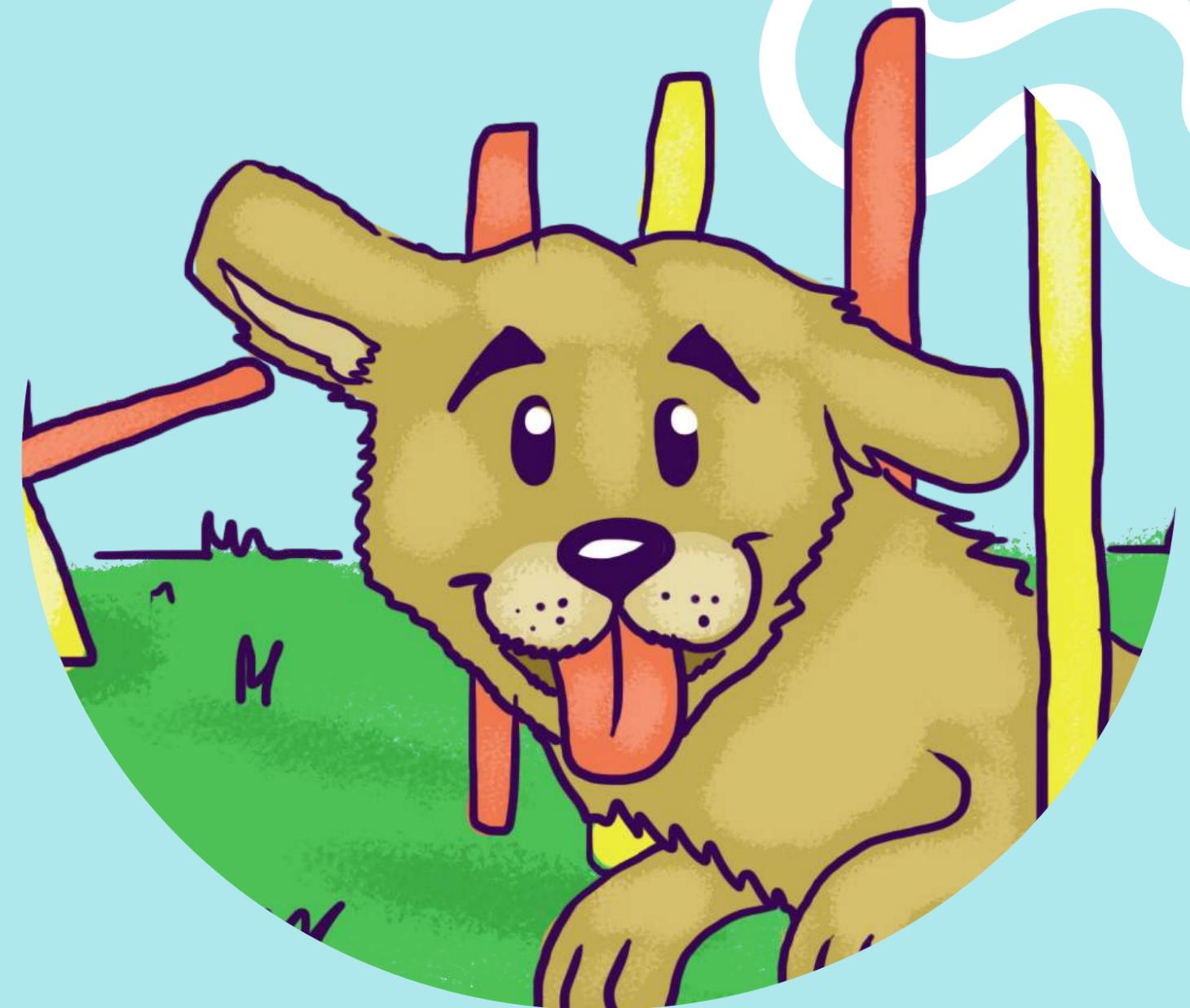
a manualidades, con materiales reciclados; hicimos juguetes para los animales del refugio. Usamos botellas de plástico y trozos de tela para crear pelotas y muñecos. Me sentí feliz al pensar que estos juguetes harían sonreír a los perritos que aún esperan un hogar.

Al final del día, se realizó una actividad especial: Cada estudiante dejó su huella en un mural gigante con pinturas de colores; todos escribimos mensajes de amor y respeto hacia los animales. Allí quedó reflejado nuestro compromiso. Al terminar el mural, el rector del colegio nos recordó lo importante que es cuidar a los animales y ser su voz. Todos aplaudimos y prometimos hacer del mundo un lugar mejor para nuestros amigos peludos.

Al volver a casa, no podía dejar de pensar en todo lo que había aprendido. Me sentía emocionado y con ganas de hacer más por los animales. Con mis padres visitamos el refugio para realizar algunas donaciones y también mirar la posibilidad de adoptar un perrito.

Este día en el Liceo Patria no solo lo vivimos como un gran evento, sino que tuvimos la oportunidad de aprender y crecer juntos. Me di cuenta de que, aunque seamos niños, nuestras acciones pueden marcar la diferencia. Con cada pequeño gesto de amor y respeto hacia los animales, estamos construyendo un mundo más compasivo. Espero que esta campaña de paz por los animales se repita cada año; cada día es una oportunidad para hacer el bien y crear un futuro donde

todos los seres vivos sean tratados con dignidad. Hoy sentí que juntos podemos lograr grandes cosas, y estoy emocionado por lo que vendrá.



Rayo, una iguana extraordinaria

Por: Santiago Benítez Ruiz

Docente: Daniela Ricardo Fortich

Institución Educativa Para El Desarrollo Humano María Cano
Barranquilla, Atlántico, Colombia.



Siempre me han apasionado los animales y mi sueño era poder interactuar de cerca con uno de ellos. Un día, ese deseo se convirtió en realidad, ya que mis padres encontraron en el patio de nuestro hogar a una pequeña iguana. Cuando la vi, no pude disimular mi emoción y le pedí a mis padres que me la regalaran. Me explicaron que no era un lugar acorde para ella, pese a que nuestro patio contaba con algunas zonas verdes. Sin embargo, cedieron a que la tuviera unos días mientras le sanaba su cola, pues la tenía herida. Quise ponerle un nombre; siempre he pensado que darle una identificación a algo o alguien lo hace más cercano, así que la llamé Rayo, por su increíble velocidad cuando se movía por el lugar.

Rayo me cautivó desde el primer momento. Era tan pequeño y verde, con unos ojos grandes, amarillos y brillantes. Me llenaba de felicidad tenerlo y estaba seguro de que me regalaría muchos momentos felices. Como iba a estar unos días a su cuidado, me dispuse a preparar su terrario, con mucho amor, colocando ramas, lámpara de calor y un recipiente con agua fresca.

Al principio, lo notaba un poco asustado y se escondía debajo de las hojas, pero poco a poco se fue adaptando a su nuevo entorno, y con el paso de los días, nos permitía interactuar más con él. Pude observar que le encantaban los rayos de sol por la mañana. Disfrutaba de ellos y luego volvía al terrario. Me causaba mucha risa cuando lo veía comer insectos o moscas; jugaba con ellos hasta cazarlos. Un día, se comió una salamaguesa y

fue muy gracioso porque no le gustó para nada.

La conexión entre Rayo y mi familia se hizo cada vez más fuerte. Nos acostumbramos tanto a su presencia que ya lo sentíamos como parte de nosotros. Un fin de semana, decidimos llevarlo a la finca de mis abuelos, donde pudo explorar un mundo completamente nuevo. Lo vimos desplazarse por los árboles con naturalidad y relacionarse con otros animales a su paso. Me fui a almorzar y, al volver, había hecho un pequeño hueco donde se quedó por varios minutos. Me dio la sensación de que se sentía súper cómodo y todos sugirieron la idea de dejarlo unos días.

De inmediato, me llené de tristeza porque ya me había encariñado demasiado, pero pensé primero en su bienestar por encima de mis emociones.

Rayo pasó un mes con mis abuelos, quienes se encargaron de estar pendientes e informarme de su proceso de adaptación. Siempre llamaba y me daba paz saber que podía estar con otros animales de su especie. Cuando tuve la oportunidad, volví a visitarlo y mi abuela me dijo que, últimamente, solía irse cerca del lago. Al llegar hasta allá no lo vi, por lo que me asusté un poco. No obstante, luego de mirar detenidamente, vi cómo salía de los arbustos; venía acompañado de una iguana hembra, así que pensé dentro de mí: "Rayo encontró su primer amor". Minutos más tarde, regresé dando brincos donde mis padres para contarles la novedad.

Pudimos observar que no solo estaba cómodo en la finca, sino que era feliz. Estoy convencido de que los animales también tienen emociones porque mi iguana estaba radiante, contenta. Lo anterior solo significa una cosa: Rayo había encontrado su lugar mágico y la idea de solo pasar una temporada en casa de mis abuelos se estaba convirtiendo en una estancia permanente.

En las constantes visitas que le hacía, vi cómo se iba transformando. Pasó de ser una iguana de verdes vibrantes a tonos cafés y sus ojos se hicieron más pequeños. Me llenaba de nostalgia el resultado del paso del tiempo; pero me ganaba la idea de pensar que le había dado la oportunidad de sentirse en casa. Rayo me enseñó que el verdadero amor por los animales va más allá de tenerlos cerca. A veces, el acto más generoso y amoroso es permitirles vivir en libertad, en un entorno que les brinde la paz y la felicidad que merecen. Ver cómo Rayo se integraba a su nuevo hogar me dio una lección de humildad y respeto. Aprendí que, al igual que los humanos, los animales también tienen un lugar en el mundo donde pueden florecer y ser felices y, aunque mi corazón aún anhela sus días en casa, sé que ahora él está en paz, rodeado de la naturaleza que siempre fue su verdadero hogar.

Rayo encontró su paraíso, y yo encontré en él la paz de saber que hice lo correcto. Porque la verdadera paz no se trata solo de vivir en armonía entre nosotros, sino de extender esa armonía a todos los seres vivos que comparten este planeta con nosotros.



Bienvenido a la familia

Por: Rodney Javier Torres Vela

Docente: Lina Paola Rodríguez Venegas

Institución educativa Departamental Integrada de Sutatausa

Sutatausa, Cundinamarca, Colombia.



No todas las historias cuentan un suceso feliz y les voy a contar el porqué. Mi nombre es Trosky, no recuerdo mi edad, pero sé que ya estoy viejito. Soy un Golden Retriever, que vivía muy feliz con una familia que creí que me quería, pero me di cuenta de que no era así y lo supe de la peor manera. Un día mi familia y yo emprendimos un viaje; todo estaba muy bien, hasta que las cosas cambiaron para mí. Mi familia decidió dejarme a la deriva en un restaurante de un pequeño pueblo llamado Sutatausa, los dueños del restaurante, al verme solo, triste y abandonado, decidieron acogerme y darme un hogar.

Yo soy un perrito muy juguetón y ellos no podían estar pendientes de mí todo el tiempo, así que decidieron buscar a otra familia que me diera todo el amor que yo necesitaba. Y sí, ¡encontré una! Ellos son una familia numerosa que estaba dispuesta a darme todo el cariño y la atención que añoraba. Me recibieron a pesar de que ya tenía más mascotas.

Tomás y Luna; Tomás fue un perrito criado desde pequeño, muy activo, con mucho apetito y un gran tamaño; nuestra familia lo cuidó hasta su último día, donde se despidieron de él con el corazón. Amándolo como siempre, Luna fue una perrita rescatada como yo y también fue muy feliz con nuestra familia. Lamentablemente, Luna falleció, pero mi familia la ama como desde el día que llegó a casa. Mi familia rescató a Bog, un perro pastor alemán muy joven, y ahora él es mi compañía, aunque en ocasiones desaparece y vuelve a aparecer.

Les voy a contar la ocasión en que me raptaron; me llevaron a un lugar desconocido un poco lejos de mi casa. Parecía un día normal. Fui a dar un paseo como lo hago todos los días, esta vez no fui con mi compañero Bog. Salí de mi casa y caminé alrededor de ella y unas personas malas se aprovecharon de que yo estaba solo y me llevaron contra mi voluntad. Estuve demasiado tiempo en un lugar desconocido; fueron 3 meses sin poder ver a mi familia. Ellos estuvieron buscándome, pero no hubo nada que los ayudara a encontrarme, hasta que un día fui un perro muy astuto y me escapé del lugar en donde estaba y logré llegar a donde estaba mi familia.

Ellos me estaban esperando con mucho amor y se dieron cuenta de que me tenían amarrado, tenía marcas en mi cuello y mi pelaje donde quedaba visible la marca del collar que me habían puesto. Mi compañero Bog me estaba esperando para jugar y dar paseos por nuestra casa. Después de que pasara esto, mi familia estuvo muy pendiente de mí y no me dejaba solo para evitar que me robaran de nuevo; ahora vivo con una nueva compañera, una perrita llamada Electra.

Ella fue adoptada desde muy bebé por mi dueña Paula, Electra Rita, muy enérgica; tiene mucha más energía que yo, claro, ella es joven. Ella es de un tamaño mediano, de color negro con blanco, y tiene el pelo muy lindo. Ella y yo nos ponemos muy felices cuando nuestra familia llega de algún lugar; salimos corriendo a saludarlos. Ella salta de la emoción y yo ladro y ladro, porque me pongo muy feliz. Yo ya estoy muy viejito, me

estoy quedando sordo, mi pelaje ya se empieza a caer y a blanquearse, tengo poca energía y duermo por ratos largos, pero me gusta acompañar a mis dueños en los quehaceres de la finca, me gusta jugar con mis compañeros perrunos, comer y tomar agua, aunque en ocasiones no tenga la energía suficiente; siempre estoy pendiente de mi familia, debido a que ya estoy viejito y no tengo mucha audición.

Una noche hice algo malo, mordí a mis dueñas; fue un accidente, no las escuché llegar, ni tampoco las reconocí y mi reacción fue morderlas del susto. Al ser un perro grande, las lastimé bastante y ellas terminaron en urgencias. Yo me sentía culpable; luego, cuando llegaron a casa, me sentí mal por lo que hice y me alejé un poco de ellas. Pasando el tiempo, volví a tener la confianza, aunque una de mis dueñas sigue con un poco de miedo por lo sucedido, pero sé que todo volverá a la normalidad. Mi familia sigue cuidando de mí, aunque ya sea un viejito. Ellos me quieren mucho y yo a ellos.



El venadito herido, una historia de amor y liberación

Por: Nikol Yuraima Roa Romero
Docente: Claudia Lorena Vargas Vargas
Institución Educativa Siglo XXI
Tauramena, Casanare, Colombia



En una sabana que quedaba cerca de mi casa, solían llegar una manada de venados; allí había un estero donde ellos comían y tomaban agua. Desde lejos los veía felices; se la pasaban brincando de lado a lado.

Un día se nos fue el agua en la casa, entonces teníamos que ir a recoger de la quebrada. Íbamos muy pendientes a ver si lográbamos ver algún venado de cerca, pero no encontramos ninguno. Horas después, cuando veníamos de regreso, vimos cerca del estero, en un matorral, algo amarillo en el piso y decidimos acercarnos para ver qué era. Al llegar al lugar, vimos un venadito pequeño que estaba herido. El pobre tenía una fractura en la piernita y no podía levantarse.

Mi padre decidió que lo llevaríamos a casa para curarlo; entonces, cuidadosamente, lo levantamos entre mi papá, mis hermanos y yo. Al llegar a casa, mi padre le acomodó los huesos y le inmovilizó la pierna fracturada con tablillas, y lo inyectó con un tranquilizante para calmarlo. Luego lo soltó en un encerrado de malla natural.

Todos los días nos levantábamos a revisar su avance y ponerle agua limpia para que tomara, pues se encontraba débil y no tenía fuerzas; así estuvo por dos meses. Hasta que por fin quedó bien recuperado. Aunque me encariñé con él, mi padre me dijo que no lo tendríamos más en la casa. Había que liberarlo y devolverlo a su hábitat natural, entonces lo soltamos. Él se había vuelto manso; a todos nos dio tristeza soltarlo,

pero era lo mejor.

Creímos que nunca más lo volveríamos a ver, pero un día en la tarde salimos al patio y lo vimos; había vuelto y, en compañía de un amigo. Nos dio mucha alegría. Después de eso, él llegaba muy seguido a visitarnos y nos daba mucha felicidad verlo. Pasó un año en el que él siempre nos visitaba, pero luego ya no lo volvimos a ver. Esperamos que haya sido muy feliz en su hábitat junto a los de su especie.



La Natacha

Por: Nicolás Fernando Pérez Villamizar
Docente: Gladys Yaneth Suárez Suárez
Institución educativa Liceo Patria
Bucaramanga, Santander, Colombia



¡Escucha aquí el podcast!

Recuerdo muy bien esa casa en medio de la nada, donde vivían los abuelos de mi hermana; allí descubrí la naturaleza. En primer lugar, conocí los animales domésticos que criaban los nonos para su comida; esos eran las gallinas, los pollos y otros que cuidaban la casa: el perro Toby, Duque, su "sucesor", que reemplazaría su labor de guardián cuando Toby muriera. Los animales inesperados del campo se llevaban mi especial atención: grillos, escorpiones, ardillas, pavos y los no tan queridos como las cucarachas, ratones que salían de los guaduales que adornaban los sitios aledaños a la casa y los cultivos de yuca y plátano. Para mí era un espacio realmente acogedor, en el que aprendí el valor de las montañas, árboles, neblina y la pureza del aire.

Un día, estando en la finca, escuché a lo lejos un maullido, y entre las polisombras que cubrían las bases de la casa en medio del monte, vi unos ojos asustados, llenos de mucho amor, pero algo perturbados. Mi mamá inmediatamente preguntó a los abuelos: "¿Ese gato de quién es?" Ellos respondieron: "Mija, esa gata lleva días rondando la casa, está sola, parece una gata salvaje; llega corriendo, se va corriendo, entra y roba cosas para comer y luego huye". No se acercaba a la gente, era realmente un misterio. Dedujimos en familia que podía provenir de un lugar donde la maltrataban, o que había nacido en el monte sin ver gente y la urbanización y la comida la habían atraído hacia las casas, pero nunca supimos a ciencia cierta el verdadero origen de La Natacha. Ese fue el nombre de pila que se le designó a tan esquivo animal.

Ella usaba nuestro amor por los animales como excusa para entrar y llevarse lo que podía para comer en el día; mi mamá le colocaba diariamente una ración de pepitas escondida entre las matas para que, cuando no estuviera abierto, pudiera comer de pronto. Pasaron un par de días y la Natacha no apareció más; fueron dos semanas sin saber de ella. Cuando la volvimos a ver, cerca del lavadero, la abuela dijo: "Esa gata está muy gorda, yo creo que está preñada"; sin embargo, no pudimos atraparla para esterilizarla, ella era altamente agresiva y muy hábil. Mi mamá dijo que no creía que tuviera gatitos en la barriga, que eso era del hambre; sin embargo, la abuela, en su infinita sabiduría, dijo: "Voy a prestarle mucha atención para que cuando ya no esté tan gorda miremos dónde deja los gatos y poder darlos en adopción".

Cuánta razón tenía, pero en ese momento no confiamos mucho en la palabra de la abuela. Pasaron días, ella sobreviviendo en su "ladronismo" y entonces, apareció un 27 de junio flaca, cansada, casi moribunda, al lado del lavadero donde tomaba agua. La abuela se puso sus botas de caucho y dijo: "Vamos, en silencio a escuchar". Todos escépticos a la aparición de los bebés caminamos cuando, de un momento a otro, escuchamos muchos maullidos, todos muy dispersos y lejanos; la Natacha, para nada buena madre, había parido en distintos lugares. Primero encontramos a un gato pardo, de color gris y miniatura; luego, a Apolo, un gato blanco con negro, y cuando ya estaban dentro de una caja con una manta como cuna improvisada, escuchamos más maullidos.

Muy asustados, seguimos en la búsqueda implacable; ¡la encontramos!, estaba allí, el milagro de la vida, Lía, la única hembra de la camada; estaba bajo un plástico, el sol era inclemente, tenía tierra en su pequeña boca y el cordón umbilical aún pegado. La madre los había dejado tirados, una escena muy triste, pero teníamos esperanza, pues ya estaban todos juntos. Pusimos a la gatica en el mismo lugar con sus hermanos para que la Natacha se acercara a amamantarlos.

Duraron dos días en la caja y Natacha no aparecía; era como si la tierra se la hubiera tragado. Mi mamá, muy preocupada, decidió ayudar a los gatitos a sobrevivir; fue una tarea muy difícil. Yo no sabía que las mamás felinas lamen la colita y las partes íntimas de los animales recién nacidos para ayudarlos a defecar, por lo que mi mami los limpiaba todos los días con pañitos para que pudieran hacer sus necesidades. Adicionalmente, compramos dos teteros miniatura para que simularan la amamantada de la gata. Para el calor que dan los pelos gatunos, cortamos mantas de peluche y colocamos un bombillo sobre un palito de escoba que les diera calor. Había que darles leche cada dos horas; todo era contra reloj porque podían morir en cualquier momento.

Tres días después de hacer todo tipo de investigaciones e intentos, murió Horus, el primer gato que encontramos; quedó rígido dentro de la caja, mi mami lloró su pérdida y continuó su lucha. Acto seguido, tres días después, murió Apolo, el blanco y negro; él era el

más fuerte y vigoroso, pero no aguantó el no tener el calor de su madre gatuna. Quedaba Lía, esa pequeña que fue encontrada en situación crítica y agonizante, la misma que mi mamá consentía todas las noches, que alimentaba cada dos horas, que limpiaba dos veces al día y que rogaba saliera adelante porque mi mami estaba en embarazo y tenía programado el parto para el 16 de agosto de ese mismo año. ¿Quién cuidaría de ella? Después de la muerte de Apolo, mi mamá se acercó a una veterinaria y expuso el caso de Lía. El médico dijo que no la sacaran de la casa ya que no tenía las defensas suficientes para sobrevivir, le recomendó unos calcios, tres vitaminas, todo adicional a los cuidados primarios, le deseó mucha suerte y le dijo que, si sobrevivía, la vacunaría gratis por tan buena labor.

Pasados 10 días, Lía abría sus ojos; pesaba 5 veces menos que los demás gatos de su edad, pero luchaba por vivir.

Después de un mes, Lía comenzaba a saltar por la cama donde mamá dejaba que se subiera para darle fuerza y amor; era tan pequeña por la debilidad y tan lampiña por la limpieza con pañitos que parecía más un ratón que un gato. Mi mamá la metía entre guantes de felpa, los mismos que los nonos llevaban a Berlín para abrigarse; en un solo guante cupo y sobraba espacio. Cuando Lía cumplió un mes y medio, ya podía comer pepitas mojadas con leche, la leche de bebé que se le compraba para sus defensas. Lía estaba respondiendo a todo el amor que se le estaba entregando, a todo el

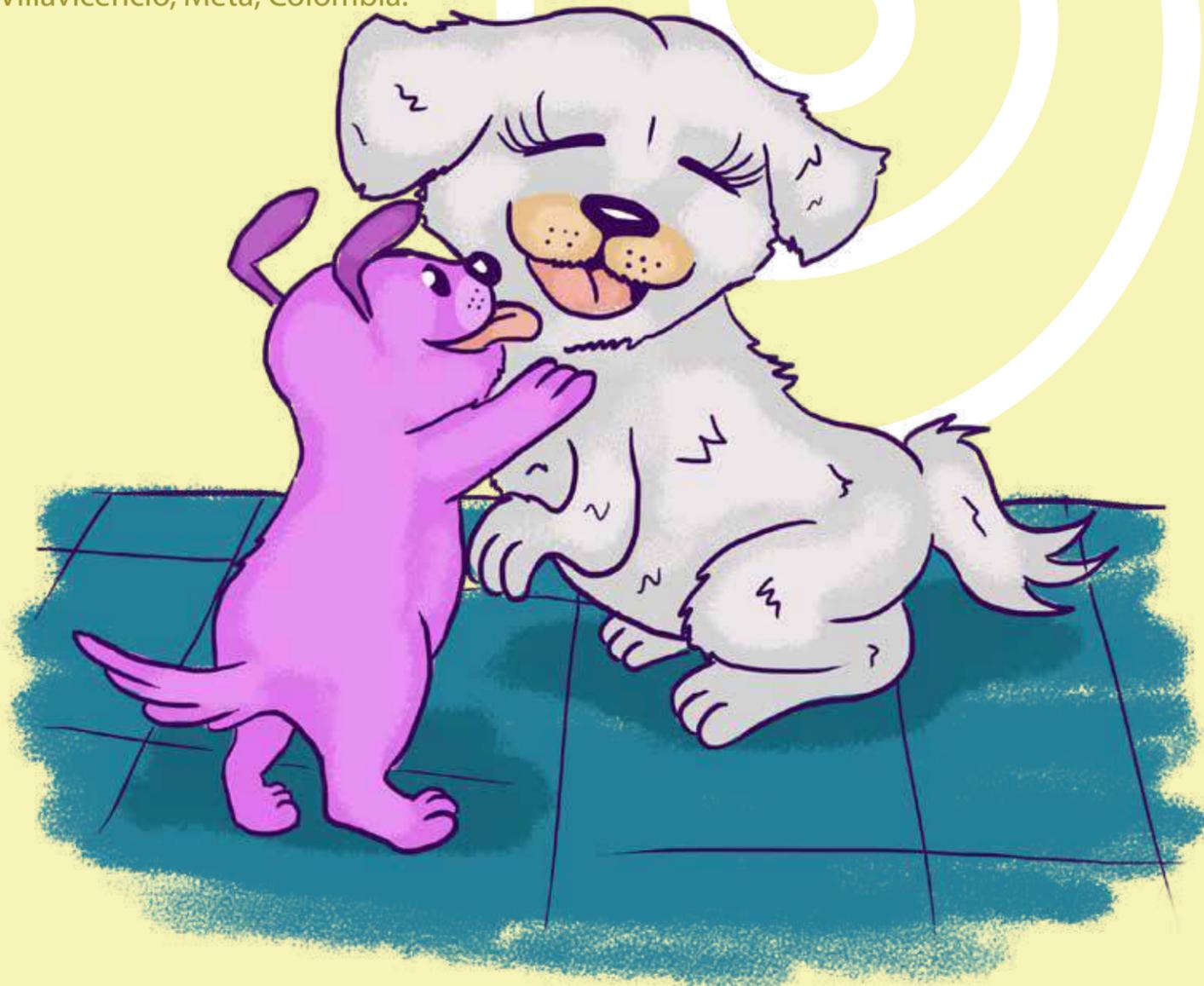
esfuerzo y la dedicación.

El 14 de agosto de 2021, Lía hacía sus necesidades en un arenero, comía solita, saltaba, dormía en su cama, jugaba y era muy feliz; todo eso dos meses después de que la muerte la había mirado a los ojos. El 16 de agosto nació mi hermanita; eso por lo que tanto luchó mamá se había cumplido. En las fechas de su parto, Lía ya era una gatica saludable. Mi mami necesitaba la independencia de su mascota para poder criar con amor y dulzura el fruto de su vientre. Poco después, supimos que Natacha había sido envenenada por habitantes de la vereda por la molestia que generaba al buscar comida intentando sobrevivir. Si supieran cuán importante era ayudar a la Natacha. Es necesario defender que todos tenemos un espacio en el mundo, que cada uno de los animalitos debe ser amado y respetado, que la historia de La Natacha no se repita y que, si se repite, haya gente que dé todo de sí para salvarles la vida a tan pequeñas e inocentes criaturas.



Una cachorra para curar a otra

Por: Allison Thaliana Llanos Zarate
Docente: María Elena Alvarado de Valdés
Institución Educativa Colegio Guatiquia de Villavicencio
Villavicencio, Meta, Colombia.



Esto es lo que sucedió el 23 de mayo de 2023 a las 10:37 a.m. Mi perrita llamada Lulú, que es una maltesa, había quedado embarazada de otro perrito de su misma raza mientras estaba en su periodo de calor o celo. Mi familia y yo estábamos muy contentos porque por fin íbamos a tener más perritos; teníamos la esperanza de tenerlos todos en la finca para que corrieran y jugaran, pues creímos que serían muchos. La realidad fue otra; esto parecerá una historia triste, pero es un relato muy conmovedor.

Mi perrita tendría sus crías en una clínica especializada en cachorros y otros animales domésticos recomendada por un amigo de mi padre. Recuerdo que el 27 de abril a las 3:30 am nos dieron la noticia de que ella estaba embarazada; la doctora nos dijo que aproximadamente el 23 de mayo podía dar a luz mi perrita. Al principio se me hizo extraño, ya que según yo, tenía entendido que eran mínimo 60 a 65 días el embarazo; no le di importancia, ella era la experta.

El martes 23 de mayo, mi perrita tuvo a sus crías; yo estaba muy emocionada y quería verlas, pero cuando mi madre salió del consultorio, no se veía muy feliz. Le pregunté qué había pasado; me dijo que los perritos habían nacido prematuros y que estaban en riesgo de muerte, respiraban por una bomba de oxígeno. El médico que operó a Lulú dijo que estarían haciendo análisis a los cachorros, a lo que mis padres accedieron. Así estuvimos esperando hasta el sábado 10 de junio a las 12:30 del mediodía. Después de salir de la escuela,

fui camino con mis padres a la clínica, y nos entregaron nuestros cachorritos; estábamos deprimidos, pues sabíamos que existía una alta probabilidad de que murieran, pero aun así, me encargué lo más que pude de cuidarlos y alimentarlos, pero no duró mucho.

Eran entre las 11:30 y 12:00 de la madrugada; mis padres estaban trabajando, así que estaba dormida en el cuarto de ellos con la televisión prendida. Lulú y sus dos crías estaban al lado de la cama, para que les pusiera atención. Me levanté, fui al baño, me lavé la cara revisé a los cachorros. De lejos se veían bien, dormidos y tranquilos al lado de su madre, como debía de ser, así que los acaricé, solo que algo no me sonó a que todo estaba bien, pues estaban más fríos de lo normal y tampoco se movían.

Recuerdo que mi corazón estaba acelerándose cada vez más, y mis ojos cristalizándose como vidrio. Me di cuenta de que era muy tarde; no podía creer que de verdad habían fallecido, cuando mi perrita se dio cuenta. Estaba intentando estimularlos para que despertaran, me enojé y la quité de encima. Agarré a las dos criaturas y no sabía qué hacer; estaba sola, mis padres no estaban en casa, así que no me demoré mucho tiempo en llamar a mi madre; tenía el corazón roto. Cuando por fin contestó, le dije entre sollozos que creía que los perros habían fallecido; me dijo que no era posible que los moviera mucho, pero nada funcionaba, me rendí y, como última esperanza, mi hermano vino a la casa y vio que sucedía, él le escribió a mi madre el

peor mensaje: Ya no se podía hacer nada. Habían fallecido los dos. Yo estaba desconsolada, shockeada y no pude dormir.

En toda esa noche. Desafortunadamente, mi perrita cayó en una gran depresión. No quería salir de su casita, tampoco recibía comida y se volvió agresiva. ¿Cómo no? Pasaba los días llenos de soledad y tristeza, hasta que el día 28 de ese mismo mes, tuve la idea de decirles a mis padres que encontráramos un perrito que le hiciera compañía a Lulú. Les gustó y empezamos a buscar por varias semanas. Mis papás no me daban ninguna noticia; si ya habían encontrado el correcto o aún no.

Un día domingo en la mañana, del 16 de junio, se levantaron aproximadamente a las 8:00 am; yo estaba durmiendo. Escuché que prendieron el carro y se fueron, no sabía para dónde; seguí durmiendo. Pasó mucho tiempo y llegaron como a las 10 de la mañana. Me paré de la cama porque tenía curiosidad de saber a qué habían salido a esas horas, bajé al garaje y casi me da un paro cardíaco; no podía creer lo que estaban viendo mis ojos. Mi madre tenía en sus manos la criatura más hermosa que podía haber visto.

Una cachorra, tan pequeña y tierna, entró a la casa caminando. De una manera graciosa hacia mí, la saludé y la abracé. Después de eso, fue directamente hacia Lulú, quien había salido de su casita. Al principio empezó gruñéndole a la pobre; su nombre era Hachi. Era una perrita muy feliz que, a pesar de que Lulú la

despreciaba, seguía intentando ganarse su confianza.

Pasaron y pasaron los días; Lulú seguía en su misma actitud grosera pero teníamos fe de que más adelante la vería como su hija adoptiva y fue así que el primero de julio empezó a jugar delicadamente con ella. Poco a poco vi muchos cambios en Lulú; su actitud era más alegre, era como antes. Lulu y Hachi ahora son inseparables; comen juntas, juegan juntas e incluso duermen juntas.

Hachi es un angelito que Dios envió para Lulú, y ella está totalmente agradecida. El día 21 de septiembre a la 1:34 pm el 2024 Lulú y Hachi estaban jugando, se brindaban amor y consuelo la una a la otra; son lo mejor que nos pudo haber pasado. Yo quiero mucho a mis cachorritas.



Mis tres mosqueteros

Por: Luisa María Guerrero Arévalo
Docente: Johana Paz Guerrero
Institución educativa instituto Teresiano
Túquerres, Nariño, Colombia



El 7 de julio de 2020, un día soleado, después de esperar por mucho tiempo, llegó a mi vida mi primera mosquetera, llamada Bony. La escogí por ser una gatita valiente, pues entre todos los gatos, ella fue la única en atreverse a salir de su jaula para saludar. En el momento en que la conocí, tenía más o menos 2 meses, ya que había nacido en mayo, aunque no sé qué día exactamente. Era muy pequeña, obediente, aunque también muy rebelde, y simplemente cautivó mi corazón porque es muy parecida a mí.

Bony me dio muchas razones para adoptar a otro gatito mosquetero, pues ella me dijo que necesitaba un amigo, hermano y compañero para todas sus aventuras. Convencida, el 14 de julio de 2020, dos días después de mi cumpleaños número 11, llegó Max, mi segundo mosquetero. Era un gatito único y especial entre todos, pues, aunque solo había tenido 2 meses de vida y también era menor que Bony por una semana, había sufrido mucho.

La mamá de Max se llamaba Haru; nació en 2020, aunque nadie sabe su fecha exactamente. Era una gatita revolucionaria, bastante reconocida por muchos humanos y gatos, pero su vida no fue fácil. Todo estaba bien hasta que su dueña se enteró de que Haru estaba embarazada de Max, claro. La dueña le pegaba con un palo a Haru para que no tuviera bebés; aunque estaba destrozada, se quedaba en casa a pesar de todo porque era muy leal a su dueña. Se mantenía ahí con la esperanza de que la aceptara y la ayudara en su embarazo, pero no sucedió.

Con su inteligencia, Haru abrió la ventana y escapó; tuvo a sus bebés en una construcción, encima de un costal de cemento. Max y sus hermanos sobrevivieron, pero Haru, después de 10 años de todas sus aventuras y locuras, falleció. Dos días después. Una rescatista los acogió a los gatitos huérfanos, los llevó a su hogar, junto con 30 gatos más que habían sido rescatados, donde encontré a Bony, y ahí los adopté.

Bony no sufrió tanto como Max; a Bony decidieron darla en adopción porque era difícil tenerla; por esto, ella es más fuerte. Pero Max era muy miedoso; tenía muchos traumas y se asustaba muy fácil con cualquier ruido. Max y Bony, aunque eran frágiles de pequeños y desaliñados, eran muy valientes; los quise para mí, los adopté como mis mosqueteros.

Fueron dos años de entrenarlos y fortalecerlos para que fueran unos gatitos sanos y felices. Me di cuenta de que eran muy inteligentes; les encantaba ir a la casa de mi abuela y robarse un pan que era más grande que ellos, y eran tan nobles que lo llevaban a mi cama como forma de gratitud.

En 2022, llegó a mi vida Sam, mi tercer y último mosquetero, un gatito coqueto, bastante grande, lindo y bañado. Al parecer, no sufrió tanto, pero cuando me enteré de que lo iban a dejar en la selva porque no lo podían cuidar, me lo llevé a mi casa como hogar de paso. Pues no podía tenerlo, me encariñé tanto con él que al final me lo quedé, y él es mi tercer mosquetero.

Les atribuyo el nombre de mosqueteros por la siguiente anécdota: Sam, Max y Bony, el 15 de agosto de 2023, conocieron a otros 3 gatitos en condición de calle. Los vieron a través de la ventana y se dieron cuenta de lo afortunados que eran. Nosotros, los humanos, en vez de ayudarlos, solo sentíamos pena y no hacíamos nada al respecto, mientras que mis 3 gatitos mosqueteros realizaron un plan que beneficiaba a los 3 gatitos en condición de calle; uno de esos 3 gatitos no tenía un ojo y los otros dos estaban bastante lastimados.

Pasaron los días hasta el 20 de agosto y cada día los gatitos de calle visitaban a mis mosqueteros. Yo no entendía el porqué, pero uno de esos días, mientras iba a desayunar, me di cuenta de que faltaba un pedazo de carne del día anterior. Sucedió que Sam corrió por toda la cocina con el pedazo de carne en su boca; Max le abrió la ventana (era una habilidad que heredó de su mamá), y Bony me distraía con sus juguetes para que no viera lo que hacían. Estas acciones tocaron mi corazón y me di cuenta de lo solidarios, nobles, gratos y empáticos que pueden ser los animalitos; cosa que los humanos, que tenemos todas las oportunidades para hacerlo, no hacemos. Hablé con mis mosqueteros, les agradecí por abrirme los ojos y por ayudarme a darme cuenta de que los animalitos no tienen voz. Que, si yo los puedo ayudar, estaré dispuesta a hacerlo. Llamé a la rescatista de Max y Bony para que ella los tuviera y así fue; los sanó, los curó y les dio una vida plena y tranquila, a diferencia de su anterior vida.

Desde entonces, mis 3 mosqueteros y yo ayudamos a cualquier animalito que veamos por nuestra ventana, y yo cada día les agradezco por enseñarme y darme su amor incondicional. Por su gratitud, su cuidado, su amor y lealtad hacia mí y hacia toda mi familia. Porque cada día que paso junto a ellos es el significado de felicidad y entender que, si puedo ayudar a un animalito en condición de calle o en alguna situación difícil, lo haré por ellos, por mí y por mis propios mosqueteros.



Mochito y su pandilla

Por: Briana Valeria Villarreal Gómez
Docente: Luis Eduardo Ramos Pérez
Institución Educativa Antonio Santos
San Luis de Sincé, Sucre, Colombia.



A mí siempre me ha gustado cuidar a los animales, especialmente si son perritos. Una tarde estábamos almorzando, y cuando iba a echar los huesos a la basura, vi sentado fuera de mi casa un perrito de raza pequeña, delgado, triste y con la colita corta. Se veía muy nervioso, se asustaba por todo lo que lo rodeaba. Sentí mucha pena por él, así que salí y le di los huesitos que tenía en el plato; como era costumbre en mi familia, apenas puse los huesos en el piso, él se los comió con desesperación, pero seguía muy nervioso. Casi no se podía mover; terminó y me miró con agradecimiento y se quedó acostado en la arena.

Así pasaron los días y Mochito —nombre que le coloqué— seguía visitándonos; con el paso de los días me dejaba acariciarlo y empecé a sentir una conexión con él. Indagando con los vecinos, me enteré de que tenía dueños, pero como muchas mascotas, en su casa no lo querían ni atendían, por lo que me tomé personalmente la tarea de darle a Mochito amor, comida y agua.

Después de haber perdido, un año atrás, a mis dos mascotas, con Mochito había revivido esa parte de mí que no había vuelto a ser feliz. Establecí una rutina de juegos; había muchas risas con mi nueva mascota adoptada. Uno de esos días, mientras jugábamos, llegó un perrito con muchas manchas, que decidí llamar Manchas; él me entendió. Manchas se convirtió en el mejor amigo de Mochito y ahora íbamos juntos al parque. Los bañé, saqué sus garrapatas y mis papás,

después de muchos regaños y castigos, aceptaron mi nueva pasión: darles una oportunidad de ser felices a esos amiguitos, que personas irresponsables abandonan cuando ya les fastidian.

Mi mamá, que tiene tantos amigos, consiguió un veterinario que, sin cobrar nada, se unió a la causa y los examinó para darles las medicinas correctas. Así, poco a poco, fueron llegando más y más perritos, quienes formaron parte de la pandilla de Mochito.

Además de Manchas, llegó Longaniza, era muy negrita; Waffer, una perrita embarazada que llegó muy herida con una cortada de más de 20 cm en su barriguita; Arequipe, una tierna callejera que parió tres cachorros, pero fue atropellada y no pudimos hacer nada por ella. Chocolate, una loquilla, Simona, hija de Arequipe, me dejó muchos arañazos y golpes, porque cada vez que me veía me abrazaba; ella fue envenenada. Milán, un peludito que su familia ya no quiere y ahora duerme en la calle; Firulais, él sí tiene hogar, pero se unió a la pandilla; también lo envenenaron, pero sobrevivió; Sam, un cachorro lobo, nuevo en la pandilla; Ébano, un amigo que trajo Sam; Guardián, el lobo blanco de una vecina, que lo deja salir para que juegue con nosotros; Ballo, es el travieso que se roba las tazas de comida y luego me toca ir a buscarlas por todo el barrio. Luna es una hermosa cachorra que nació con una discapacidad porque no tiene pie derecho, pero es la más veloz del grupo. Todos ellos son del vecindario.

Mochito y Manchas me llevaban al colegio, iban a misa, a los cumpleaños donde me invitaban; mejor dicho, eran mis guardaespaldas. Pero llegó ese terrible día... Fuimos a misa, como todos los domingos, y cuando ya casi daba inicio el sacerdote, Manchas y yo vimos llegar a Mochito; nosotros intentamos hacernos invisibles, pero no funcionó; él nos descubrió. Cuando se vieron Mochito y Manchas, se pusieron muy felices y se sentaron juntos; uno al lado de la banca y el otro se subió a ella. Allí escucharon toda la misa. Eso sí, a la hora del saludo de paz, me acompañaron hasta donde el sacerdote; incluso, hasta para recibir la hostia.

Regresamos de misa. Le di la comida a todos los peludos como siempre y nos acostamos. Al día siguiente nos llegó la triste noticia de que a Mochito también lo habían envenenado y murió sin que pudiéramos hacer nada; mi corazón estaba muy triste. Pasaron los días; Manchas y el resto de la pandilla llegaban a casa muy desconsolados; sentían todos la ausencia de su amigo, igual que yo. Me sacudí esa sensación; era yo quien debía estar bien para todos y seguir alimentándolos, bañándolos y dándoles amor, lo que a muchos de ellos les negaban.

Hoy en día, sigo dándoles la oportunidad a muchos cachorros de que puedan ser felices, no importa cuánto tiempo deba hacerlo. Sería mejor si las personas dejaran de ser irresponsables con sus mascotas. ¡Démosles una oportunidad a esos ángeles peluditos!



mi perro Oddi

Por: José Yobani Ríos

Docente: Josué León Medina

Institución educativa departamental San Patricio de Puente de Piedra

Madrid, Cundinamarca, Colombia.



¡Escucha aquí el podcast!

Oddi llegó a mi vida en uno de los momentos más difíciles que he podido experimentar. Fue un momento muy triste para mí, y aunque me cuesta recordarlo, quiero compartir esta historia con los niños que la deseen conocer. Un día mi mamá nos dijo que teníamos que salir de nuestro país porque la situación era muy difícil y debíamos buscar un mejor futuro. Debo aceptar que no fue fácil, pero la decisión ya la había tomado mi mamá y eso, no era lo más duro para mí; creo que lo más difícil era dejar a mi pequeño Oddi, un perrito que amaba mucho.

Yo acepté seguir a mi mamá, pero tuve que suplicarle que me dejara traer a mi pequeño perrito. Mi mamá al comienzo puso resistencia, pero con el pasar de los días, al verme tan triste, aceptó que lleváramos a mi perrito como mi compañía. Les cuento que ese día fue el mejor día de mi vida.

Cuando partimos de mi país, traía buena comida para mi perrito y agua para que no sintiera sed y hambre; todo el camino estaba pendiente de mi pequeño Oddi. Ese viaje fue tan largo que duramos tres días para llegar a un sitio que se llama Puente de Piedra, pero lo más importante era que traía a mi pequeño Oddi conmigo; sentía que era mi mejor compañía. Con el pasar de los días, todo era nuevo para mí; sentía que la gente hablaba diferente, comía diferente y nos miraban como extraños.

Al año siguiente, mi pequeño Oddi ya no era tan

pequeño; había crecido y me sentía seguro al lado de él. Si alguien me venía a hacer algo malo, Oddi me cuidaba. Una mañana me levanté y mi perrito Oddi no estaba; salí a buscarlo alrededor de la casa, pero no lo encontré, le pregunté a los vecinos y tampoco me dieron razón, sentía que me iba a morir; todo el día la pasé buscándolo, pero nunca más volví a ver a mi Oddi. Ese día quería que la tierra me comiera, quería desaparecer; me sentí muy triste y hasta ni ganas de comer me daban; esa noche no dormí. Me levanté varias veces a llamarlo, pero no respondía. Tal vez si hubiera dejado a mi Oddi en el otro país; lo más probable sería que no le hubiera pasado nada.

Una vecina me preguntó que por qué estaba triste, que le extrañaba que ya no sonreía como antes; yo me solté en llanto y le conté lo que había pasado. Ella me dijo que tranquilo, que no me preocupara, pero era muy difícil no preocuparme sin saber de mi Oddi. Una tarde la vecina me llamó a su casa, me brindó un rico postre y me dijo que me tenía una sorpresa. Pensé que era mi perrito, que había llegado o que lo había encontrado, pero no fue así. Entró a una habitación y sacó un pequeño perrito y me dijo que era para mí.

Cuando lo vi me puse a llorar; sentía que veía a mi pequeño Oddi cuando era bebé. Lo recibí, lo abracé y lo consentí. Ese día no cabía de la felicidad; claro que no dejaba de pensar en mi perrito Oddi, tenía la esperanza de que algún día iba a volver. La vecina me preguntó cómo iba a llamar al nuevo cachorrito y le respondí que

Oddi en honor a mi otro perrito. Ahora tengo mi nuevo Oddi, lo quiero mucho, juego con él, corro con él, paseo con él, lo quiero como un hijo. Todos los días estoy pendiente de mi perrito y no quiero que le pase nada malo o, que algún día se me pierda.

Siento que mi nuevo Oddi me enseña sobre el respeto, el amor incondicional; transforma mi vida con su llegada a mi casa, siento que nos queremos el uno para el otro, él me cuida y yo lo cuido, es un gran compañero, es un regalo de Dios. Lo quiero tanto, que daría la vida por él y si algún día se llega a morir, nunca lo voy a olvidar. Lo amo tanto como amé a mi anterior Oddi. El consejo que le doy a todos los niños es que amen a sus mascotas mucho y las cuiden para que nada malo les vaya a pasar en la vida.



Manzanita, la iguana valiente

Por: Matías Martínez Navarro

Docente: Alba Solano Bohórquez

Institución Educativa Arsenio Gutiérrez Barbosa

Tamalameque, César, Colombia



Hoy quiero relatar una historia que me sucedió cuando tenía 6 años que me dejó marcado y la recuerdo como el primer día. En el año 2015, en la vereda de Alianza Cesar, se desató una ola de asesinatos contra la fauna silvestre. Los jóvenes menores y mayores de edad cogían las iguanas para sacarles los huevos, luego las soltaban y algunas de ellas eran encontradas muertas.

Un viernes 13 de marzo, mi padre y yo íbamos a la finca cuando llevábamos 15 minutos de caminata, nos encontramos una iguana; estaba herida, derramaba mucha sangre, tenía su barriga abierta, tenía una cortada de unos 10 cm, una pata lastimada y ojos tristes. Mi papá la recogió, con cuidado la metimos en una caja y la llevamos a la finca, allá la curamos, llamamos al auxiliar de veterinaria para que le cogiera unos puntos y le recetó unos medicamentos.

Le puse por nombre Manzanita; la cuidábamos, le dábamos mucho amor. La herida se secó, su pata sanó y su mirada volvió a brillar. En ese momento nos dimos cuenta de que Manzanita era una iguana valiente y que aún tenía mucho por vivir.

Manzanita se convirtió en parte de nuestra familia; nos seguía por toda la casa. Era curiosa y juguetona. Un día me sentía muy triste porque mi perro había sido atropellado por una moto y falleció. Manzanita se acercó a mí, como si supiera que necesitaba consuelo; la cargué y me la monté en la espalda, y jugamos por toda la casa, metidos entre las matas.

Después de 3 meses de cuidado, Manzanita estaba lista para regresar a su hábitat. La llevamos a un lugar seguro y la liberamos. Mi tierna iguana se despidió con gesto de gratitud y desapareció en medio de la vegetación. En ese momento me sentí muy orgulloso por todo lo que había hecho; devolverle la felicidad a un animal tan indefenso fue gratificante para mí. Aunque Manzanita se ha ido, permanece en los corazones de toda nuestra familia. Aprendimos que hasta los animales más pequeños merecen amor, respeto y libertad.

Amor eterno

Por: Maryuri Hernández

Docentes: Leandro Toro Valencia – Carolina Morales

Belén de umbría, Risaralda, Colombia



Una mañana en el patio del colegio en formación, más específicamente un viernes a las 9:00 a.m., algo nuevo me sucedió. Al estar sentada en medio de la algarabía, con una sed insaciable, miré al cielo buscando consuelo o más bien silencio, sí, añorando silencio. Estando inmersa en mi búsqueda de calma, observé algo que se aproximaba a una velocidad considerable. No estaba volando, tampoco era una piedra, menos una bola de papel. —¿Qué es?— me pregunté. Su caída fue relativamente lenta y en cada centímetro de bajada podía apreciar más su apariencia, sacando una hipótesis, hasta que por fin cayó.

Unos segundos después, estaba a mi lado un pequeño y aturrido pichón de tórtola. Tórtola, que significa "amor eterno", una bella descripción para tan fatal descenso. La inspeccioné un poco desconcertada antes de que mi mano la alcanzara, miré de nuevo al cielo, confundida, preguntándome: "¿De dónde salió? ¿Cómo es posible tal injusticia? ¿Por qué tan bello animal habita en un sitio tan hostil, lleno de crueldad?"

Transcurrieron 15 minutos y los pensamientos no cesaban. ¿Dónde está su madre? ¿Por qué nadie lo ubicó en otro sitio antes de que pasara este accidente? Eran las 9:42 am, y yo seguía sentada con el pichón entre mis manos. Me dispuse a llevarlo a coordinación, dejándolo con un trabajador del colegio que se hiciera cargo de tan fatal suceso. Faltaban 5 minutos para las diez cuando volví a mi sitio y a allí, me pregunté: ¿Qué se sentirá caer como aquel pobre pichón? ¿Qué

incertidumbre debe despertar en medio de tanto ruido, sin saber qué hacer, viendo tantas figuras extrañas y sin saber si alguien querrá cuidar de mí?

Me perdí en mis pensamientos, entrando en algo parecido a un trance pasajero, en el que me imaginé lo complicado que debe ser no saber volar, pues esa hubiera sido su salvación. Pobre. Me preguntaba por qué, en vez de ayudarlo, algunos estudiantes del colegio lo único que hicieron fue reír, tal como hacen cuando me equivoco en clase. Pero, ¿qué va a saber el pajarito de eso? Es inmune a todos los males de este mundo terrenal. Espero que esté bien.

Con ese pensamiento finalicé; en milésimas de segundo, mi mano fue movida bruscamente por mi compañera. Ella me llevaba hacia el salón. Miré la hora: 10:00 a.m., hora del descanso. Mi único dilema era que mi mente no podía descansar, pues lo que había visto me atormentaba. Cuando el reloj marcó las 10:30, mi preocupación no había cesado y, angustiada, me dirigí a coordinación para preguntar con voz aguda por qué no bajaban el nido. —Si hay más pichones que se puedan lastimar. —Mis ojos se dirigieron a la máxima autoridad en ese momento; escuché su respuesta, la cual fue cruel e inhumana, a pesar de que eso no es lo que predicaban.

Había pasado una hora, y con una mueca muy insensible me dijo todo que no harían nada y que ese no era el primero ni el último pichón en sufrir en el frío e

inhóspito patio del colegio. Así fue tomando forma un nuevo pensamiento: "el tiempo". El reloj marcó las 11:50 a.m. Y las horas en este sitio se vuelven obstinadas y algo crueles. Estamos en un colegio en donde nos forman y enseñan a ser mejores seres humanos, o bueno, ese es el lema que se les dice a nuestros padres para tranquilizarlos: "ser humanos" ¿Más humanos de lo que ya somos?

La triste realidad es que son inhumanos e insensibles con un ser inocente, de la maldad que nos rodea. El cual no sabe cuidarse por sí mismo. ¡Qué hipócrita llega a ser esta sociedad! donde se nos predica cómo ser mejores seres humanos, pero el actuar de algunos es desalmado hacia aquellos que consideran débiles o inferiores. Esta sociedad no sabe apreciar el significado de la vida, la vida de aquel pichón que en su corta existencia experimentó lo cruel que esta puede llegar a ser, puesto que tenía alas, pero estaba atrapado, como un niño cuya imaginación no dejan volar.

Esto pocos lo saben, ya que solo con sus cantos adoloridos lo puede expresar, diciendo todo aquello que su pequeño cuerpo calla. Su bello plumaje oculta los moretones de tal caída al abismo de la verdad; y su pico calla su hermoso cantar por miedo a ser silenciado por manos insensatas.

De esta manera podría concluir la historia de un amor eterno, un hermoso significado que solo pocos saben apreciar. Pocos llegan a valorar estos animalitos a los

que se les dio por nombre tórtolas. Todo terminó porque, cuando finalmente el reloj marcó las 12:00, la llegada del hambre se hizo presente; así se dispersó aquel ensueño creado por mi mente.



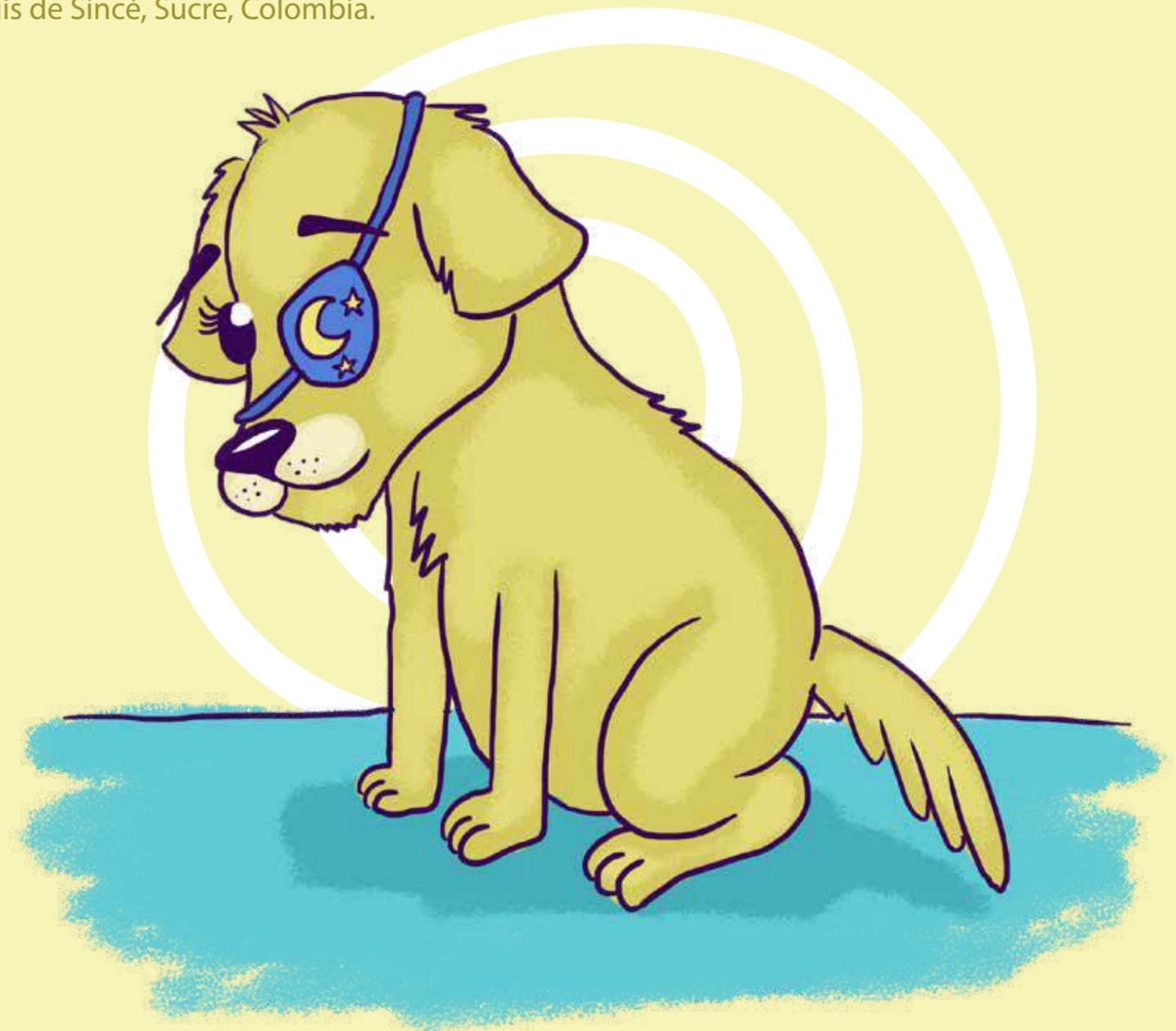
LUNA

Por: Ana Sofía Sojo Garrido

Docente: Luis Eduardo Ramos Pérez

Institución Educativa Antonio Santos

San Luis de Sincé, Sucre, Colombia.



En un mundo donde la compasión parecía haberse perdido, existías tú, Luna, una perrita que luchaba por sobrevivir. Tenías tu ojito quemado y ulcerado; tu simple existencia se convirtió en una lucha constante contra la indiferencia y el dolor. Desde que naciste, fuiste una perrita muy alegre; era tanta tu alegría que molestaba a las personas a tu alrededor. Muchas veces a otros animalitos les pegaban por este motivo, pero a ti no. Intentabas demostrarles que no eras mala y esto solo les enfurecía más; te trataban con tal indiferencia, a veces te encerraban sin comida ni agua, pero, cuando veías la más mínima muestra de afecto, olvidabas todo y volvías a confiar plenamente en ellos. Repetías este patrón una y otra vez.

Siempre fuiste muy fiel; algunas personas sin corazón se aprovechaban de ello. Cuando cumpliste el primer año, habías crecido tanto que en dos patas eras del tamaño de una niña de 10 años. Viendo esto, tus dueños se negaron a seguir "Cuidándote" y, como si fueras basura, te botaron a la calle. Eras tan fiel a ellos que te negabas a irte de ese vecindario, todos sus habitantes estaban cansados de verte deambular por ahí, ladrando y aullando a la casa que creías hogar. Ellos solo decían: "¿Por qué no se va de aquí?, ¿No se cansa?, ¿Por qué? ¿No la matan?". Hasta que un día decidieron llevarlo a cabo; te iban a asesinar.

Cada vez que te veían pasar, te tiraban agua jabonosa o cualquier líquido, sin importar. Si estaba hirviendo o no, o cualquier cosa que tuvieran a la mano. Si pasabas muy

cerca, te pegaban con un palo, una correa, te tiraban piedras o te daban patadas. Muchos no hacían nada, solo observaban regodeándose en tu sufrimiento; tú te quedabas viendo tu antiguo hogar a lo lejos con tu ojito lloroso. Un día decidiste pasar por ahí y tus antiguos dueños te odiaban tanto que agarraron una varilla caliente y la pusieron sobre tu ojito enfermo. Te fuiste llorando de allí, cabizbaja y adolorida; tu ojito sangraba y lo único que podías hacer era quejarte; nadie trató de ayudarte.

En otra ocasión, ataron tu patita a un poste y empezaron a golpearte, quemarte, gritarte y muchas cosas más. Tú solo los veías con ojos de perdón, aunque no habías hecho nada, te sentías culpable. Se hizo de noche y te dejaron ahí como si nada. Lograste soltarte; eran las dos de la madrugada, caminabas coja, de una manera torpe y muy adolorida. Por cada lugar que pasabas dejabas un rastro de sangre; te habías acostumbrado a tanto dolor que pensabas que esto era normal. No te quejabas, solo caminabas sin rumbo.

Recuerdo que ese día no podía dormir y decidí salir a contemplar la noche. Me quedé sentada en un andén, observando las estrellas y escuchando el sonido de la noche a lo lejos escuché el crujido de una hoja seca; me asusté un poco, sin embargo, decidí ir a ver qué era; a lo lejos te vi. Un bulto lleno de sangre y suciedad que no podía distinguir; tu ojito azul como el cielo resaltó lleno de lágrimas. Tu ojo izquierdo no se apreciaba bien por el daño. Mi corazón dio un vuelco y mis ojos se llenaron de

lágrimas. Nunca imaginé que alguien pudiera estar tan mal de la cabeza para infligir tanto dolor a una criatura indefensa.

Sin pensarlo dos veces me acerqué a ti. Tu primera reacción fue chillar, esconder tu cola y dar unos pasos vacilantes hacia atrás; me di cuenta de que habías sido muy maltratada, mi corazón se desgarró, te recogí como pude, mi ropa se empapó de tu sangre, pero no importó, te metí al carro y fuimos directo a la veterinaria más cercana.

Llegamos y lo único que pude hacer fue gritar para que te ayudaran. La doctora te recogió de mis brazos y te llevó a la otra habitación. Estabas tan débil que ni siquiera protestaste, mientras me decía: "Ve a registrarla"; no sabía nada de ti; sin embargo, sabía que conmigo ibas a estar bien. Al momento de registrarte, me preguntaron por tu nombre, no sabía si ya tenías uno, y dije "Luna". Desde el primer segundo, tu vulnerabilidad me recordó a la luna. Yo nunca había estado tan segura de algo como del hecho de que no ibas a morir esa noche. Después de unas horas salió la doctora a decirme: "Logramos estabilizarla, está muy débil, lo más probable es que no pase la noche. Yo sabía que eso no era posible. Estaba dispuesta a hacer todo por ti. Tenías muchas heridas internas; tu ojito izquierdo estaba tan dañado que lo tuvieron que extirpar; la desnutrición que padecías era severa, estabas muy mal, pero seguías luchando. Quedaste hospitalizada por varias semanas; todos los días iba a verte. Mejorabas

poco a poco, tuviste la oportunidad de irte, pero elegiste quedarte; luchaste por tu vida y ganaste la batalla.

Saliste del hospital y seguías con algo de desconfianza; sin embargo, estabas feliz. Llegamos a casa y te alimenté; tenías tu camita, juguetes y todo lo bueno que la vida te puede ofrecer. Después de tu recuperación, nuestra relación creció aún más y empezaste a confiar en mí, a mostrar tu verdadera personalidad. Te gusta jugar con tu juguete favorito y correr por el parque. Me encanta ver tu ojito y escuchar los ladridos de felicidad.

Empezamos a crear rutinas juntas, como nuestras caminatas diarias y nuestras noches de cine en casa. Antes de caer en manos de esos que tanto te maltrataron, debiste haber recibido amor, pues tu rápida confianza hacia mí y el amor que me brindas es reflejo de ello. Aun estás conmigo y espero que me acompañes por mucho más tiempo.

A medida que pasan los días, me doy cuenta de que tú, Luna, eres un recordatorio de que todos merecemos una segunda oportunidad. Tu resiliencia y fuerza me han enseñado que, no importa lo que pase, siempre hay esperanza. Ahora eres parte de mi familia y siempre estarás a salvo. Tú eres el testimonio vivo de que el amor y la compasión pueden sanar cualquier herida. Haber salido esa noche y haberte acogido son las mejores decisiones que pude haber tomado; y así comenzó nuestra vida juntas... Fin o ¿continuará?

La llegada de Kaiser

AUTOR: Luis Santiago Benítez Palencia
Docente: Delys Rendón Sáenz
institución Educativa Villanueva
Villanueva Valencia, Córdoba, Colombia.



Hace unos tres años aproximadamente, había un perrito deambulando por las calles de mi barrio; un día llegó a mi casa en busca de comida y no dudé un instante en darle lo que necesitaba. Me impresioné y sentí mucha tristeza al ver lo demacrado que estaba, flaco y muy débil, así que pensé en decirle a mi mamá que me diera otro poco de comida. Ella de inmediato me preguntó: "¿Para qué? Solo hay lo necesario para el día", recordé que, aparte de que no había suficiente comida, a ella no le agradaban los animales, -Es, es, esss para un amigo- le respondía titubeando y sin mirarla a los ojos. Cuando fui en busca del perro, me llevé la sorpresa de que ya no estaba. Me dio un poco de tristeza al ver que se había ido, pero me llené de felicidad porque había logrado que comiera algo.

Al día siguiente, a la hora del descanso en el colegio, nuevamente lo vi. Salió corriendo y se tiró encima de mí. Le di parte de mi comida, los niños que estaban a mi alrededor empezaron a burlarse de él, se reían a carcajadas porque decían que ni con toda la comida del mundo ese perro feo cambiaría y engordaría. Traté de ignorarlos, pero no aguanté. Les dije que no lo trataran así, que se fueran si no iban a ayudar, pero no me hicieron caso; era un insulto para los animales su actitud, porque no comprendían lo que los animalitos necesitan. Lo peor estaba por venir: cuando sonó el timbre de entrada a las clases, este indefenso animal me siguió hasta el salón, se ubicó en la entrada a la espera de mi salida. La profesora, apenas lo vio, intentó alejarlo; al inicio fue en vano, después, con tanta insistencia de la

maestra, no lo volví a ver. Al día siguiente, como todo un amigo fiel, llegó a la hora del descanso. Esta vez me esperó afuera del colegio; estaba buscando una invitación a almorzar en casa. No pude hacer nada con mi mamá y su exagerado racionamiento de alimentos.

Después del mediodía lo volví a ver; salí corriendo para que mi mamá no nos encontrara, lo escondí detrás de la casa, me quedé un rato con él y justo cuando pensaba en bañarlo, un primo pasó por ahí y me vio. Le supliqué que no le dijera nada a mamá; me vio tan desesperado que decidió mejor ayudarme a bañar al canino. Con él comprendí que no le había puesto un nombre al perro y, por su delgada figura, decidimos ponerle Flak, de flaco. Mi primo me aconsejó llevarlo al veterinario, ya que decía que las pulgas eran las que no lo dejaban engordar.

A dos barrios del mío, había una señora que tenía varios animales; no solo perros, tenía muchos de distintas clases. Jamás me le habría acercado por su aspecto, pero la necesidad pudo más. Toque la puerta Le pedí ayuda y ella, sin decir una sola palabra, agarró a Flak en sus manos, lo volvió a bañar, lo vacunó, le tomó radiografías y le dio medicamentos. Flak salió como nuevo; gracias a Dios todo salió bien. A pesar de que seguía muy débil, ya tenía otro aspecto. Ese día fue determinante, hablé con mi mamá para contarle quién era mi amigo, le conté todo. Le dio mucha gracia lo de la veterinaria misteriosa y mi temor hacia ella. Al principio se enojó, me dio un discurso con argumentos que



¡Escucha aquí el podcast!

justificaban por qué no podía tener al perrito en casa; hasta mi primo salió premiado con sus regaños.

Después de varias horas de sermón, concluyó diciendo: "Por flaco no merece ese nombre; así recordaría toda su vida los momentos difíciles". Había que ponerle un nombre decente; al verla calmada, le seguimos la corriente y, después de un rato de debates, decidimos ponerle Kaiser. Mi madre nos convenció porque... Cuando era niña quería tener un perro que tenía ese mismo nombre, pero desafortunadamente mis abuelos no lo permitieron.

Con unos cuantos días de atención a Kaiser, de darle comida, de bañarlo y de estar muy al pendiente de él, poco a poco fue creciendo. Me sentí muy feliz al ver que todo había salido bien. Día tras día le conseguía comida; así fue recuperando sus fuerzas. En mis tiempos libres lo saco a pasear, jugamos a la pelota; a veces se le escapa a mi mamá para irme a buscar a la escuela y poder regresar juntos. De hecho, hizo muchos amigos de mi curso que incluso juegan con él, le llevan comida, juguetes, cobijas y todo lo que se les ocurre que puede necesitar. Así son mis días desde la llegada de Kaiser; se fue convirtiendo en un miembro más de mi familia y de la escuela. Es increíble ver cómo un animalito tan indefenso puede transformar vidas.



El amor puede hacer la felicidad

Por: Luis Ángel Macías Colorado
Docente: Gloria Patricia Salinas.
Institución Educativa, sede San Vicente.
Santa Rosa de Cabal, Risaralda, Colombia.



Mi familia y yo siempre hemos sido amantes, comprometidos y respetuosos de tener muchas mascotas en casa a lo largo de la vida. Mi primera mascota llegó a mi hogar en el año 2013, cuando yo apenas tenía unos pocos meses de haber nacido. La amaba muchísimo; su nombre era Lola. Sin embargo, muy a mi tristeza, pereció al año de entrar a nuestro hogar; fue atropellada por un automóvil en la avenida donde está ubicada la casa de mi abuela en la ciudad de Armenia, Quindío.

Pocos meses después, llegó una segunda mascota a mi hogar, el 20 de agosto del 2014. Él fue un regalo de Dios; lo encontramos en un basurero, amarrado, con muchas heridas, como si lo hubiera atropellado una moto. Mi madre lo descubrió gracias a la mascota de mi abuelita. En la misma avenida donde murió Lola, Bruno, el perrito de mi abuela, no paraba de caminar en dirección al basurero, oler y llorar al lado de mi madre. Al percatarse de la presencia de este perrito, inmediatamente ella lo llevó al veterinario; ahí empezó su recuperación. Estuvo 45 días hospitalizado en estado crítico; estos días fueron un vaivén: un día decían que se iba a mejorar y al otro que de ese día no pasaba. Tenía infecciones severas en su estómago, su piel y una manito; eso hizo que le tuvieran que cortar la mitad del estómago, su pata y parte de su piel.

Cuando le dieron de alta en la veterinaria y llegó a nuestra casa, todavía no se había librado en su totalidad de las infecciones; le seguían saliendo gusanitos por

todos los orificios de su cuerpo. Era horrible porque cuando el perrito andaba por la casa, además de que su aspecto físico no era muy agradable, dejaba muchos gusanos por todo el lugar, lo que hacía que mi mamá tuviera que trabajar mucho en el aseo y la desinfección en nuestro hogar. Para ella fue bastante complicado porque yo aún era un bebé que requería tiempo y, adicional a eso, debía seguir con su trabajo como inspectora. La limpieza debía ser estricta y recurrente, ya que esto me podía afectar, pues yo todavía gateaba y era posible que tocara esos gusanos.

Poco a poco el perrito fue mejorando. Mi madre investigó todos los tipos de productos y vitaminas que existían para lograr que le creciera el pelo a nuestro perrito. En esos momentos, debido a la amputación de su patita, no podía caminar, así que saltaba mucho. Como yo era un bebé que apenas sabía hablar, le decía "¡brincos, brincos!", de ahí nace su nombre; el perrito identificó la palabra.

La adaptación en casa fue complicada y extensa, porque venía de una vida en la calle, tal vez de maltrato y hambre, por lo cual era temeroso, asustadizo, salía corriendo cada vez que podía. En ocasiones, yo, por ser un bebé, le daba caricias un poco bruscas y él, a manera de defensa, podía llegar a ser un poquito agresivo, pero lo queríamos tanto que, poco a poco, con todo el amor y los cuidados de mi mamá, Brinco aprendió a convivir en su nuevo hogar y a amar a su nueva familia. En ocasiones salía corriendo; apenas veía que abrían la

puerta, corría tan rápido que era imposible que alguno de la casa lo atrapara. Muchas veces fueron ocasiones de peligro, él se atravesaba en la calle y yo podía ir detrás de él. Casi hacemos morir a mi mamá de un infarto de tantos sustos que le hicimos pasar. Luego, poco a poco se fue acostumbrando a no hacerlo.

El perrito en ese entonces era muy juguetón; solía jugar mucho conmigo y me quería demasiado, me cuidaba mucho. En esta parte de la historia, en el 2017, pasó algo que me dolió mucho y a toda la familia: descubrieron que yo tenía asma. Un doctor dijo que no tenía permitido tener animales en mi hogar, motivo por el cual Brinco se tuvo que ir para donde una familia que vivía en un espacio muy amplio junto a más perros, pero era muy lejos de Pereira, que era la ciudad donde yo vivía. Por lo tanto, tristemente, solo podíamos ir a verlo cada mes.

En octubre del 2017, a mi mamá la trasladaron en su trabajo para el municipio de Santa Rosa de Cabal. Transcurrían los días y mi mamá no lograba superar la tristeza del vacío de Brinco; fueron unos meses muy horribles, ya que estuvimos demasiado tristes porque lo extrañábamos. En agosto del 2018, mi mamá me llevó a donde un nuevo doctor especializado para hacerme una revaloración, y al examinarme, el doctor dijo que sí podíamos tener perros en casa, pues eso no era el causante de mi asma; entonces, inmediatamente hicimos que Brinco regresara a nuestro hogar. El día que fuimos a traerlo, creyó que no nos lo íbamos a llevar;

cuando se dio cuenta de que se iba con nosotros, salió corriendo y se tiró al carro como si no hubiera un mañana.

Fue muy gratificante la experiencia de volver a tener a Brinco en mi hogar, otra vez me reencontraba con mi perrito que siempre me ha cuidado y me ha querido tanto. Disfrutábamos mucho en nuestro hogar, ahora que Brinco tenía libertad de salir a conocer nuevos perritos y estar feliz de nuevo con nosotros; yo ya me había recuperado levemente del asma, ya no tenía crisis como antes. Pero en octubre del 2020 de madrugada, tuve un episodio de asma muy fuerte que hacía que ni siquiera pudiera hablar o pararme hacia el cuarto de mi mamá. Me estaba literalmente ahogando y Brinco fue el único que se dio cuenta de mi estado. Aunque mi puerta estuviera cerrada, Brinco empezó a ladrar y a chillar como un loco, como si lo estuvieran maltratando.

Mi mamá no sabía qué estaba pasando hasta que entró a mi cuarto y vio el mal estado en el que yo estaba. Se podía decir que Brinco con su inteligencia y amor me salvó la vida.

El 15 de octubre del 2024 llegó otra mascota a mi hogar; en el momento que la vi, me enamoré de ella. Cuando llegó a mi casa, se llamaba Lupe, pero le cambiamos el nombre a Fresita. La adoptamos de una amiga de mi mamá que no estaba en un buen momento mental ni económico para mantenerla. Ella es una yorkie que en ese momento apenas tenía 2 años; es muy juguetona. Cuando llegó la bañamos, la desinfectamos y no tardó

mucho en adaptarse a nuestro hogar, era muy dañina. Hasta ahora ha dejado marcas en toda la casa, dañó las puertas, muebles y se orinó por toda la casa, sin embargo, mi mamá con mucho amor la corrigió y la enseñó a convivir con nosotros. Es aficionada por el fútbol, cada que yo juego con pelotas en mi casa, ella juega defensa conmigo y suele correr por todo el jardín. A veces le da la loquera, como por ejemplo, cuando me despierto, que me empieza a morder los pies y a jugar conmigo; fueron pasando los meses y cada vez me encariñaba más con ella. Ahora es mi niña consentida.

El 2 de febrero del 2024, nuevamente Dios me dio un regalo: llegó Roko, un perrito que venía de tener muchos problemas en su antiguo hogar, ya que la pareja que lo tenía se separó. El esposo se enojó tanto que se llevó a Roko a una finca y lo amarró con una cadena. El perrito pasaba días y noches aguantando frío y casi sin comer, lo atacó un gato y casi perdió el ojo. La esposa volvió a recuperar al perrito y lo llevó a un refugio; la dueña de ese refugio es amiga de mi mamá y sabía que mi mamá siempre había querido un bulldog francés; entonces tuvo la suerte de regalárselo a mi mamá. Cuando Roko llegó a mi casa, nos dimos cuenta de que era muy juicioso, entendía todo lo que le decíamos y se adaptó muy bien. Al ser atacado por el gato en su hogar anterior, estaba a punto de perder el ojo. Hicimos todo lo que estaba en nuestras manos, incluso llamando a un veterinario súper especializado, y dijo que con varios medicamentos podría recuperar su ojo.

Roko estuvo con nosotros hasta hace un mes, ya que cuando mi mamá quedó en embarazo, empezó a pelear con Brinco. Teniendo en cuenta que Brinco es un perrito discapacitado y Roko, además, es muy grande y fuerte, en cada pelea le hacía mucho daño hasta el punto de tener que suturarle la carita. Hicimos todo lo posible para que aprendieran a convivir, pero el veterinario le dijo a mi mamá que el problema se produjo porque el embarazo causa un cambio hormonal en los animalitos por ser los dos machos y que estaban en una disputa constante por el cuidado de mi hermanita. De manera que la única solución era llevar a uno de los dos a otra casa, porque si le dábamos más largas a la situación, iba a ocurrir una tragedia. Roko estaba siendo muy fuerte con Brinco, entonces sí o sí teníamos que tomar la decisión de llevarlo con un familiar que lo cuidara mucho.

Fue ahí donde entraron en la historia unos amigos de mi mamá. El 21 de julio del 2014 querían recibir a Roko. Ellos eran la familia perfecta, tenían el hogar perfecto para Roko y, gracias a Dios, al momento de ir a su casa se adaptó también, que ni siquiera parecía que nos extrañaría. En la actualidad tengo dos perros que, gracias al amor que les dimos, ahora son felices y Roko también.

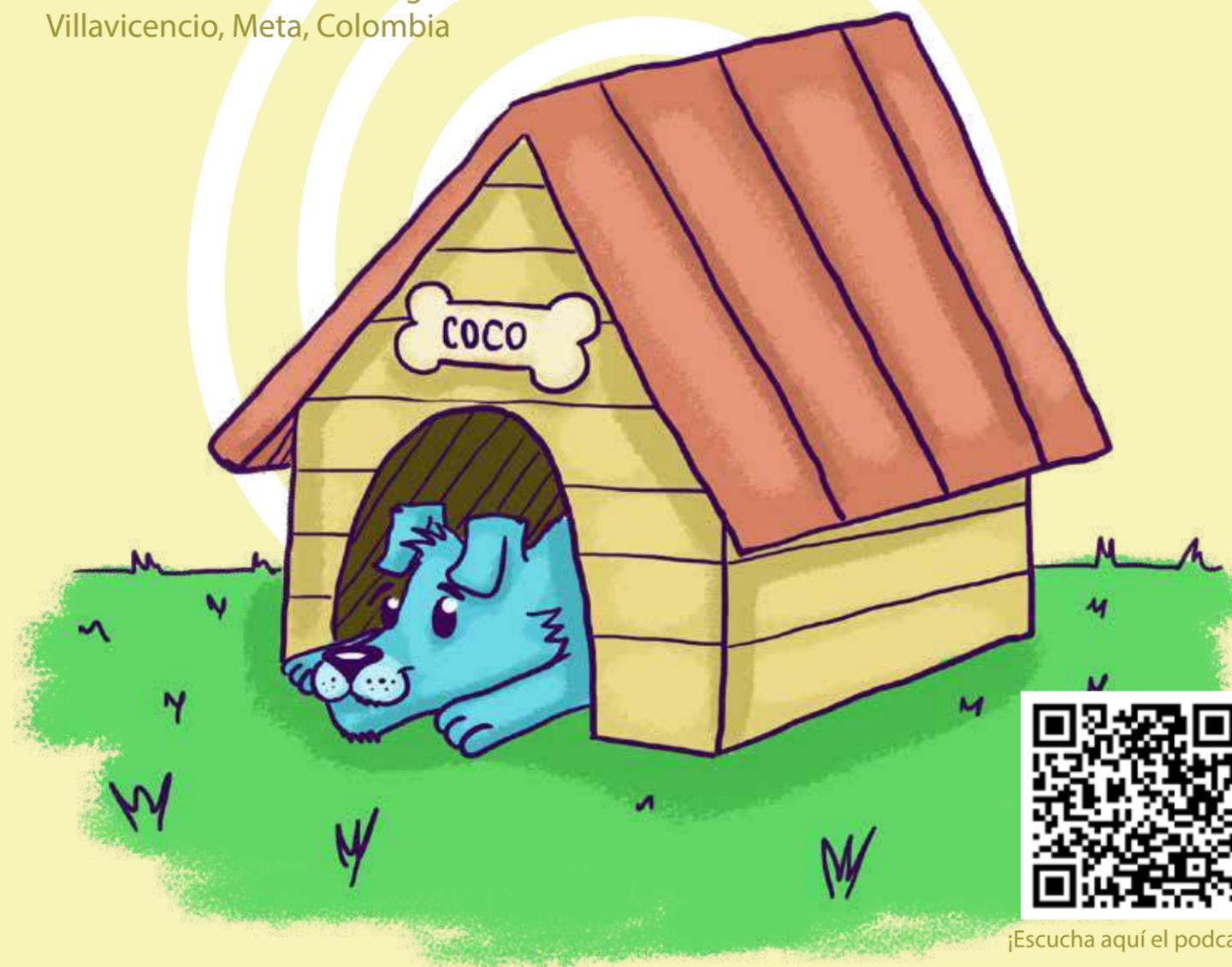
El refugio de Coco: un pequeño acto de paz

Por: Sofía Velasco Vesga

Docente: Francy Edith Quevedo Acuña

institución Educativa Colegio Luis Carlos Galán Sarmiento

Villavicencio, Meta, Colombia



¡Escucha aquí el podcast!

Había una vez un perrito callejero llamado Coco. Vivía en las calles de mi barrio, siempre con los ojos tristes pero curiosos, buscando comida y un poquito de cariño. A mis 13 años, lo veía todos los días al salir del colegio. Coco no tenía collar ni dueño, pero parecía conocer a todo el mundo, pues siempre estaba por ahí, caminando de un lado a otro, como si buscara algo más que comida, tal vez un lugar al que pertenecer.

Un día, en la clase de español, la profesora nos habló de la importancia de las acciones de paz. Nos contó que no siempre eran grandes gestos, como firmar tratados o hacer discursos importantes. También podían ser pequeñas cosas que hacíamos por los demás, incluso por los animales. Eso me quedó sonando en la cabeza. En su charla, mencionó que la paz no era solo entre las personas, sino que también se extendía a cómo tratamos a quienes no tienen voz, como los animales que sufren en silencio. Esa idea se quedó grabada en mí.

Después de clase, me encontré con Coco otra vez. Estaba acostado a un lado de la calle, bajo la sombra de un árbol. Me detuve a observarlo más de lo que solía hacer. Sus costillas se marcaban bajo su pelaje sucio, y aunque su mirada siempre parecía tranquila, había una expresión de tristeza en sus ojos, como si estuviera cansado de esa vida de incertidumbre. Me di cuenta de que lo veía todos los días, pero nunca había hecho algo concreto por él. Ese día decidí que mi acción de paz sería para Coco.

Hablé con mis amigos en la cancha de fútbol. Les propuse construirle un refugio a Coco, un lugar donde pudiera dormir sin preocuparse por el frío, la lluvia o el peligro. Al principio, algunos se rieron de mí. Decían que era solo un perro callejero, que ni siquiera era nuestro. Pero les expliqué lo que había aprendido en clase: la paz no tiene que ver solo con las personas; también incluye cuidar a los animales y al mundo que nos rodea. Lo que hiciéramos por Coco, aunque pequeño, era una forma de mostrar bondad y solidaridad, y eso, en sí mismo, era un acto de paz.

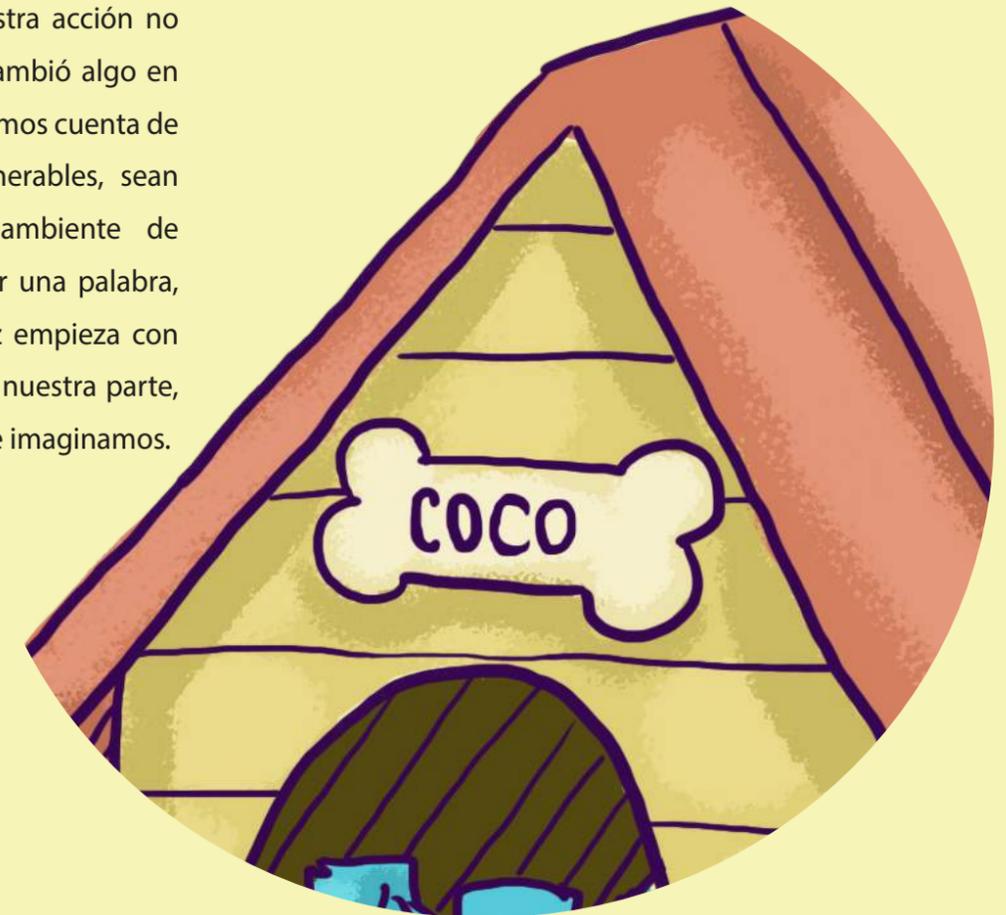
Convencidos, mis amigos decidieron ayudar. Juntamos algunas tablas viejas que encontramos en el parque, mi papá nos prestó unas herramientas, y entre todos nos pusimos a trabajar. Pasamos toda una tarde armando la pequeña casita. No era perfecta; algunos clavos estaban torcidos y la pintura azul que elegimos no cubrió bien las imperfecciones de la madera, pero para nosotros era lo mejor que podíamos hacer.

Le pusimos su nombre, "Coco", en un cartel al frente, como si con eso también le diéramos una identidad, un lugar al que pertenecer. Además, entre todos conseguimos comida, y una manta vieja que uno de mis amigos había encontrado en su casa. Queríamos que Coco estuviera cómodo, que supiera que había personas que se preocupaban por él.

La primera vez que Coco entró en su nueva casa, movió la cola como nunca antes lo habíamos visto. Parecía

agradecido, aunque no podía hablar, y nosotros nos sentimos felices. Habíamos hecho algo bueno, algo sencillo, pero que tenía un significado profundo. Nos dimos cuenta de que, aunque era solo un perrito, con esa pequeña acción habíamos dado un paso hacia la paz, cuidando de alguien que lo necesitaba. Días después, el efecto de nuestra acción empezó a expandirse. Los vecinos comenzaron a notar la casita de Coco. Algunos le llevaban más comida o se detenían para acariciarlo. Incluso un día, una señora mayor le trajo una cobija nueva, mucho más cálida que la que le habíamos puesto al principio.

Coco, que antes era solo un perro invisible en las calles, ahora se había convertido en parte del barrio. Al final, aunque no lo habíamos planeado, nuestra acción no solo ayudó a Coco, sino que también cambió algo en nosotros y en nuestra comunidad. Nos dimos cuenta de que cuando cuidamos a los más vulnerables, sean personas o animales, creamos un ambiente de solidaridad y compasión. Coco, sin decir una palabra, nos había enseñado una lección: la paz empieza con pequeños actos, y si todos ponemos de nuestra parte, puede crecer y tocar más vidas de las que imaginamos.



El ángel que llegó a mi casa

Por: Laura Daniela García González
Docente: Sandra Patricia Medina
Institución educativa Ángel María Paredes
Neiva, Huila, Colombia



Desde que tengo memoria, los animalitos en situación de calle han formado parte de mi vida. Recuerdo con claridad aquellos días de mi infancia, cuando paseaba por las calles y veía a esos pequeños seres luchando por sobrevivir, buscando un poco de cariño y un lugar al que llamar hogar. Cada encuentro con ellos se convertía en un momento especial, un recordatorio de la fragilidad de la vida y la importancia de la compasión. En esta crónica, quiero compartir algunas de mis experiencias con ellos, adornadas con un toque de animación y emoción, y dejar una moraleja que espero resuene en el corazón de quienes la lean.

Mi familia ha sido testigo del paso de muchas mascotas a lo largo de los años, especialmente por parte de mi papá, mi abuela paterna siempre ha sido una amante de los animales. En casa de mi abuela paterna, conocí a Luna, una perrita dulce que nos dejó demasiado pronto. Recuerdo aquel trágico día en que fue arrollada por un carro; el sonido del impacto aún resuena en mi mente como un eco doloroso. La tristeza invadió nuestro hogar; su ausencia se sintió como un vacío imposible de llenar. Luna no era solo una mascota; era parte de la familia, siempre dispuesta a brindar amor y compañía. Su recuerdo siempre nos acompaña y nos recuerda la fragilidad de la vida y lo efímero que puede ser nuestro tiempo juntos.

Después vino Tony, el guerrero de nuestra casa. Aún vive y es un testimonio viviente de resiliencia. Hace dos años sufrió un terrible ataque: lo machetearon en un

acto cruel e incomprensible. Tuvo que irse a casa de una tía para recuperarse, pero su espíritu indomable nunca flaqueó. A pesar del dolor físico y emocional que experimentó, su amor por nosotros lo llevó a regresar más fuerte que nunca. Verlo superar su trauma fue una lección invaluable sobre la fuerza del amor y la amistad. Cada vez que lo miro jugar en el jardín, corro con él y siento su energía vibrante; me doy cuenta de cuán poderosos son los lazos que formamos con nuestros amigos peludos.

Mateo llegó a nuestra vida hace un par de años. Desde el primer momento en que cruzó la puerta, se convirtió en el consentido de todos, especialmente de una tía que lo adora como si fuera su hijo. Cuando llegó, estaba en los huesos y asustado; no quería salir a la calle por miedo a lo desconocido. Con paciencia y cariño, logramos ayudarlo a superar esos temores; cada pequeño avance suyo era motivo de celebración para nosotros. Ahora corre feliz por el jardín, disfrutando del sol como si nunca hubiera conocido el sufrimiento. Es hermoso ver cómo ha florecido en un ambiente lleno de amor; su transformación es prueba viviente de cómo el cariño puede sanar heridas invisibles.

Martín es otro capítulo especial en nuestra historia familiar. Fui a buscarlo junto a una prima cuando era apenas un bebé; su energía desbordante y su insaciable apetito nos conquistaron al instante. Le encantaba dormir sobre las piernas de mi prima, quien ahora lo cuida con devoción absoluta. Aunque ha crecido

mucho y se ha vuelto algo bravo con ese carácter juguetón propio de los perros, su instinto protector lo convierte en el líder natural para cuidar nuestro hogar. La forma en que se enfrenta a cualquier peligro potencial nos hace sentir seguros; es como si él entendiera la responsabilidad que tiene sobre nosotros.

Una experiencia reciente marcó profundamente mi vida: el 31 de diciembre estábamos en casa de mi abuela con algunos familiares dispuestos para ir a una finca. Debido a que había que hacer dos viajes, algunos primos y yo decidimos quedarnos para ir en el segundo viaje. Mientras jugábamos alegremente entre risas y juegos inocentes, la pelota se nos cayó al patio vecino; subimos para ver dónde había quedado y, para nuestra sorpresa y horror descubrimos tres perros en condiciones deplorables: uno amarrado con una cadena corta y los otros dos también estaban atados y en los huesos, pero estos eran aún más pequeños.

Intentamos denunciar este caso ante las autoridades competentes; sin embargo, cuando los policías llegaron a la casa del vecino, ellos alegaron que acababan de adoptar a los perros y lograron engañarlos como si todo estuviera bien. La impotencia nos invadió al ver cómo desestimaron nuestras preocupaciones; después de todo lo que habíamos presenciado ese día tan triste, regresamos decepcionados y con el corazón pesado. Para colmo, al marcharse los policías, la señora nos maldijo desde su patio como si fuéramos los culpables por querer ayudar.

Para mi mamá solo hay un ángel entre nosotros: Sasha, nuestra perrita juguetona que llegó para llenar nuestras vidas de alegría desbordante. Aunque fue poco esquiva al principio como muchos animales rescatados pronto se ganó nuestros corazones con sus travesuras encantadoras y dulzura infinita. Mi mamá la trata como si fuera su propia hija; incluso hay días donde pasan horas juntas viendo programas o simplemente disfrutando del calor del hogar mientras Sasha le da compañía incondicionalmente. Mi padrastro también le tiene un cariño especial; cada vez que llega del trabajo busca a Sasha para jugar un rato antes de cenar.

Cada día crece más nuestra conexión con ella; su amor incondicional nos recuerda cuán importante es cuidar y proteger a aquellos seres vulnerables que tanto necesitan apoyo emocional y físico para sanar sus heridas. A medida que pasa el tiempo, la vida nos ha enseñado que cada uno de estos animales tiene su propia historia, llena de sufrimiento y esperanza.

En varias ocasiones hemos tenido la oportunidad de ser parte de rescates de animales en situaciones críticas. Recuerdo un día en particular cuando, al salir de la escuela, encontramos un gatito atrapado en un arbusto. Estaba temblando de miedo y parecía que había estado allí por días. Junto a unos amigos, decidimos actuar; con mucho cuidado, lo liberamos y lo llevamos a casa. Lo llamamos "Nube" por su pelaje suave y blanco. A través de este pequeño gesto, descubrimos la alegría de salvar vidas y la gratitud que estos seres pueden mostrar

cuando reciben una segunda oportunidad.

La historia de Nube no solo nos enseñó sobre la valentía necesaria para ayudar a aquellos que no pueden defenderse, sino que también nos mostró cómo un pequeño gesto puede tener un impacto profundo. A medida que Nube se adaptaba a su nuevo hogar, comenzó a mostrar su personalidad juguetona, convirtiéndose rápidamente en el alma de la casa. Sus travesuras y su curiosidad insaciable nos llenaban de risas y amor. Verlo jugar con Sasha, saltando y corriendo por el jardín, era un recordatorio constante de que el amor y la alegría pueden florecer incluso en las circunstancias más difíciles.

En otra ocasión, mientras explorábamos el vecindario, encontramos a un perro callejero que parecía tener miedo de acercarse a nosotros. Era un labrador de color marrón, sucio y desnutrido, con una mirada que reflejaba una profunda tristeza. Sin dudarlo, decidimos ofrecerle algo de comida. Nos acercamos lentamente, hablando en un tono suave para no asustarlo. Cuando finalmente se acercó y probó la comida, una chispa de esperanza brilló en sus ojos. Esa fue una de las muchas veces en que nos dimos cuenta de que, a veces, un simple acto de bondad puede cambiar la vida de un ser que ha sufrido tanto.

Decidimos llevarlo a casa y, tras varios días de cuidados, lo adoptamos oficialmente y lo llamamos "Bruno". La transformación de Bruno fue asombrosa. Al principio,

era un perro muy cauteloso, pero con el tiempo, su personalidad juguetona emergió. En cuestión de semanas, se convirtió en un miembro querido de nuestra familia, y su risa y energía llenaron nuestro hogar de alegría. Sus travesuras, como robar calcetines o correr tras las hojas secas, nos recordaban que, a pesar de las dificultades pasadas, el amor puede sanar y hacer renacer la alegría.

A través de estas historias quiero transmitir una lección vital: cada animalito merece amor y respeto incondicionales sin importar su pasado ni las cicatrices visibles o invisibles que puedan llevar consigo. Ellos llegan a nuestras vidas como ángeles disfrazados para enseñarnos sobre compasión y empatía genuina hacia todos los seres vivos que comparten este planeta con nosotros.

La vida está llena de encuentros mágicos con estos ángeles peludos; cada uno tiene una historia única que contar y lecciones valiosas por enseñar sobre resiliencia frente al sufrimiento humano o animal. Espero sinceramente que esta crónica inspire a otros lectores empáticos a abrir sus corazones y hogares para ayudar a aquellos animales necesitados, porque nunca sabemos cuándo un pequeño ser puede convertirse en nuestro mayor maestro en amor incondicional.

Con cada historia de rescate, aprendemos que la compasión y el amor no tienen límites. La vida está llena de oportunidades para ayudar a quienes más lo

necesitan, y cada pequeño acto puede desencadenar un cambio positivo en el mundo. Así, cada animal que llega a nuestras vidas nos enseña no solo sobre la atención y el cuidado, sino también sobre el valor de la vida y la necesidad de proteger a aquellos que no pueden defenderse.

Así, esta crónica no es solo un homenaje a los animales que han cruzado nuestro camino, sino también un llamado a la acción para todos aquellos que han sentido el impulso de hacer una diferencia. Porque si todos abrimos nuestros corazones, el mundo se llenará de esperanza, amor y, por supuesto, ángeles peludos.

A medida que reflexiono sobre mi vida rodeado de estos seres tan especiales, me doy cuenta de que cada uno de ellos ha dejado una huella imborrable en mi corazón. Con cada ladrido, cada maullido y cada mirada llena de amor, me recuerdan que la vida vale la pena ser vivida con compasión y empatía. Me han enseñado que, aunque a veces el mundo puede parecer cruel, siempre hay espacio para el amor y la bondad.

Cada encuentro con un animal necesitado es una oportunidad para reflexionar sobre nuestras propias vidas, sobre cómo elegimos vivir y cómo podemos hacer del mundo un lugar mejor. Al abrir nuestras puertas y nuestros corazones a estos ángeles peludos, no solo les damos un hogar, sino que también nos encontramos a nosotros mismos, descubriendo lo que realmente significa amar sin condiciones.

Así, en cada historia de rescate, en cada lágrima derramada por aquellos que hemos perdido y en cada sonrisa que compartimos con nuestros amigos de cuatro patas, encontramos la verdadera esencia de la vida: un recordatorio constante de que todos somos dignos de amor y que, juntos, podemos construir un mundo donde cada ser vivo tenga su lugar y su voz.

Nunca subestimes el poder de un pequeño gesto, porque puede ser el comienzo de un cambio monumental. Los animales rescatados no solo encuentran un hogar; también nos enseñan a ser mejores seres humanos. Y así, en este viaje compartido, todos nos convertimos en ángeles, guiados por el amor, la compasión y la esperanza que iluminan nuestro camino.

La alegría de cuidar y proteger a un animalito no solo transforma sus vidas, sino que también renueva nuestro espíritu. A medida que nos involucramos en su bienestar, aprendemos a apreciar los pequeños momentos: el suave roce de una pata al despertar, el sonido de un ladrido emocionado al regresar a casa, o el simple acto de acurrucarse en el sofá después de un día agotador. Estos momentos son los que llenan nuestras vidas de significado y felicidad.

Además, a través de nuestras experiencias con estos animales, también hemos aprendido sobre la comunidad y la importancia de trabajar juntos. En varias ocasiones hemos colaborado con refugios locales, participando en campañas de adopción, recolecta de

alimentos y medicamentos, y promoviendo la conciencia sobre el bienestar animal. Estas actividades no solo nos han acercado a otros amantes de los animales, sino que también nos han permitido ver de primera mano el impacto positivo que podemos generar en la vida de aquellos que más lo necesitan.

Cada historia de rescate es un testimonio de que el amor tiene el poder de cambiar vidas. Desde el momento en que un animal llega a nuestro hogar, su historia se entrelaza con la nuestra, creando un vínculo que trasciende las palabras. La forma en que miran a sus dueños, la alegría que muestran al jugar y la paz que transmiten al acurrucarse a nuestro lado son recordatorios constantes de que, con amor, todo es posible.

Por eso, invito a todos a abrir sus corazones y a considerar la posibilidad de adoptar o ayudar a un animal en necesidad. No solo se beneficiará el animal, sino que también descubrirás una conexión profunda que enriquecerá tu vida de maneras que nunca imaginaste. Cada pequeño gesto cuenta, y al final, cada vida que tocamos se convierte en parte de nuestra propia historia.

Así, mientras sigo compartiendo mi vida con estos seres maravillosos, me comprometo a seguir siendo su voz, su protector y su amigo. Porque en cada uno de ellos, veo un ángel que llegó a mi casa, un recordatorio de que, a pesar de las adversidades, siempre hay espacio para el amor, la compasión y la esperanza.

Al final, lo que realmente importa no son solo las historias de rescate, sino el impacto que estas historias tienen en nuestros corazones y en nuestras comunidades. Cada animal que llega a nuestras vidas es una oportunidad para aprender, crecer y, sobre todo, amar. Y en ese amor, encontramos la esencia de nuestra humanidad.

La vuelta en la buseta

Por: Samuel Pinzn Betancur
Docente: Germania Castrillón Villada
Institución educativa Agustín Nieto Caballero
Dosquebradas, Risaralda, Colombia



¡Escucha aquí el podcast!

Una tarde del 2017, salí a acompañar a mi papá a trabajar a hacer la ruta de la buseta, como solía hacerlo. Sin embargo, aquel día no fue tan tranquilo ni común como lo esperábamos. Nos encontrábamos empezando el recorrido por las calles cercanas a Galicia; mi papá manejaba y yo iba en el asiento a su lado. Todo estaba muy calmado, él iba concentrado en la carretera y yo observaba y le hacía compañía. Era un viaje calmado como de costumbre, los pasajeros estaban en sus sillas y nosotros seguíamos el recorrido como la ruta lo establecía.

Estábamos ya a mitad de camino cuando, de repente, se presentó algo que nos alarmó tanto a mi papá como a mí y a los pasajeros que se encontraban allí. La buseta sufrió un salto brusco que nos estremeció. A mi papá le pareció muy raro eso, ya que no habíamos pasado ningún resalto y la carretera estaba en perfecto estado, así que él se bajó a mirar qué había pasado, y escuchó a un animal emitiendo un chillido. Él se acercó más y pudo darse cuenta de que lo que había sucedido era que un perro quedó atrapado en las llantas de la buseta y se encontraba lastimado y chillando de dolor.

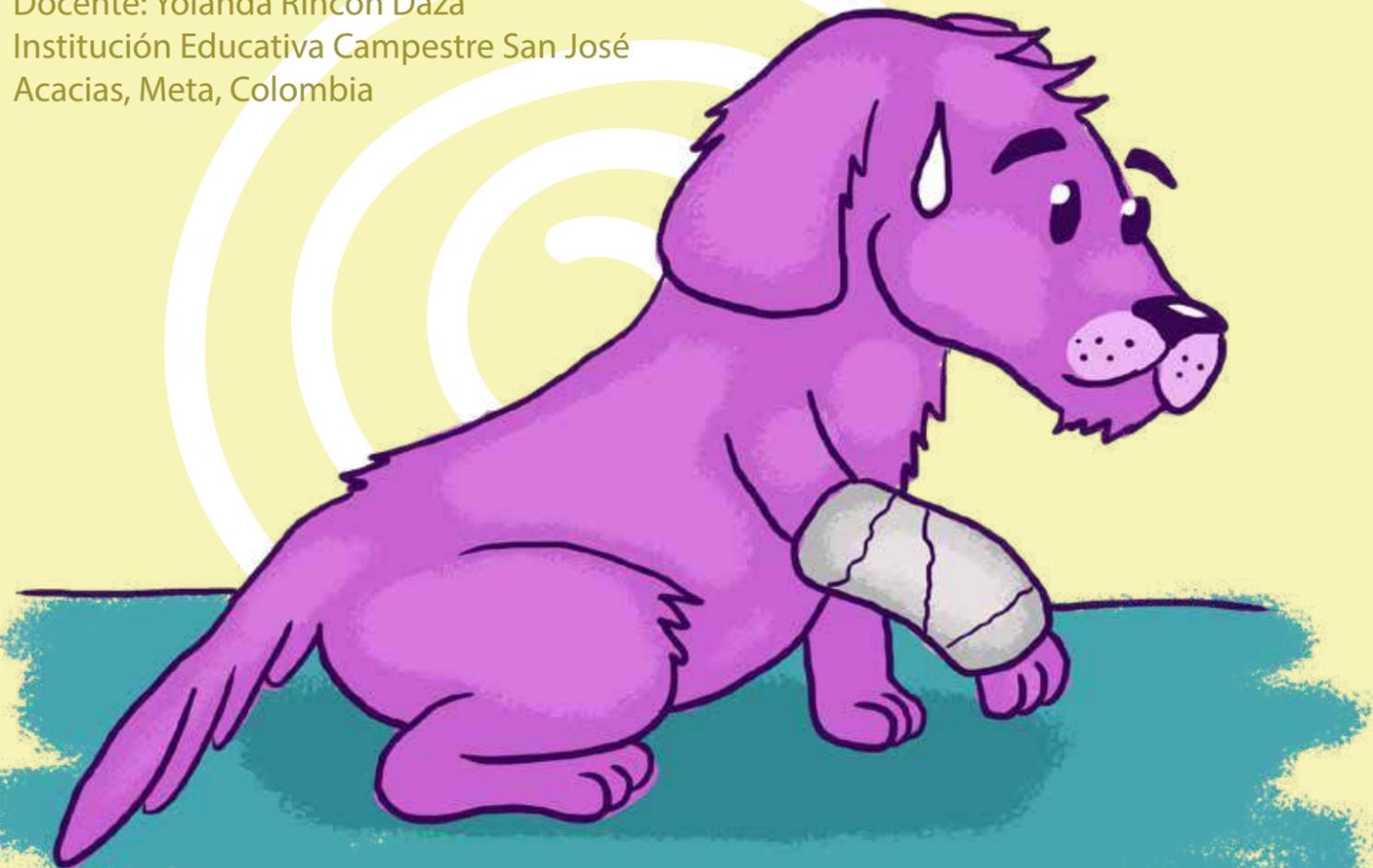
Al parecer, aquel animal se había atravesado en la vía y no logramos verlo a tiempo. Inmediatamente, mi papá lo llevó al interior de la buseta para ayudarlo; el perro se encontraba gravemente herido, tenía dos de sus patas quebradas y muchas lesiones. Ante esta situación, mi papá tomó la decisión de hacernos cargo del animal, ser responsables ante lo que había pasado y ayudarlo.

Debido a esto se hizo el transbordo de los pasajeros a otra ruta y nosotros fuimos a buscar ayuda para el perro. Al primer lugar donde nos dirigimos fue al Bioparque Ukumarí para ver si allí nos podían auxiliar, sin embargo, no lo hicieron porque no era un animal del zoológico. Con la desesperación que teníamos, mi papá llamó a mi primo para que nos ayudara. Cuando él llegó, lo llevamos al veterinario, pero lastimosamente las heridas que tenía eran tan graves que nos informaron que no había nada que hacer.

La situación que viví con mi padre fue angustiante y muy triste, pero este desafortunado momento ha quedado en mi memoria desde aquel día y no solo por la tragedia de la crónica, también porque lo que pasó me llevó a reflexionar sobre la importancia de la responsabilidad, la empatía, la solidaridad y la precaución. Debemos tener conciencia con los demás seres vivos que habitan en nuestro entorno, en este caso resaltando a los animales, ya que tienen una valiosa vida que debemos ayudar a cuidar y proteger.

El Grito silencioso

Por: Juliana Echeverri Garavito
Docente: Yolanda Rincón Daza
Institución Educativa Campestre San José
Acacias, Meta, Colombia



—¡Ya no me golpees más, por favor, solo tenía hambre!

—¡Hoy en mi cabeza zumban esas palabras una y otra vez! Me pregunto, si hubiera hecho algo para evitar tanto dolor que ellos te provocaron, ¿hubieras sufrido menos?... Desde ese día en la mañana no paraba de pensar en ello. Te golpeaban, te dejaban amarrado durante toda la noche y yo solo podía escuchar tu llanto, acompañarte en silencio desde la distancia. Pero esa noche tu llanto era tan fuerte que no lo soporté, así que caminé hasta tu casa mientras que mis ojos lloraban por ti. Por fin había tenido el valor de acercarme y hablar con esas personas que tanto daño te estaban provocando. Me dirigí a la puerta y la golpeé tres veces. Mientras esperaba, me percaté de que la noche estaba fría y nublada. Cuando abrieron la puerta, observé el interior de la casa; era bastante grande y tenía un ambiente muy familiar.

—Buenas noches, ¿se le ofrece algo, señorita? —me preguntó un hombre que aparentaba unos cincuenta años; era gordo, traía una bata de baño, el cabello mojado.

—Hola, mi nombre es Liliana. —Sí, lo que pasa es que desde hace un tiempo llevo escuchando ruidos de un animal sollozando bastante fuerte. Solo quería preguntar, ¿ustedes tienen alguna mascota? —le respondí sutilmente y con un poco de miedo.

—Eso no es de su incumbencia, señorita; mejor váyase a

su casa que va a llover. Respondió con un tono descortés.

La puerta se cerró de golpe; ese sonido se apoderó de cada rincón de mi ser. Estaba de pie en la oscuridad, bajo un cielo blanco plomizo; la lluvia empezaba a empapar mi ropa. El sonido de mi propia inquietud se mezcló con el murmullo de la tormenta. Es como si de la noche a la mañana el enemigo se hubiera vuelto contra mí, cubriéndome con un manto de destrucción.

El camino de regreso a casa fue un viaje solitario donde cada charco revela una realidad distorsionada, un mundo donde el maltrato a los animales se convierte en lluvia. A cada paso, la imagen de ese señor, su mirada evasiva y su voz severa se hacía más pronunciada, casi como si hubiera dejado una huella en tu memoria. Traté de ordenar mis pensamientos pateando pequeños charcos alrededor de los arbustos. Lo que oí pareció parte de un mal sueño, pero el dolor agudo que sentí no se disipó ni con todo el cielo cayendo sobre mí.

En el silencio de la madrugada, una idea se apoderó de mi mente. Sí, ese silencio que siguió a la negativa del hombre en la puerta no fue el final, sino el comienzo. Aprendí que la verdadera confrontación no se trata de una confrontación directa, sino de construir un sistema de apoyo, encontrar maneras de romper el ciclo de abuso escondido detrás de las paredes de ese hogar.

En la mañana, llamé a un amigo. Comenzamos a buscar

información sobre cómo denunciar el maltrato animal y ayudar a estos seres inocentes y sin voz. En todas las páginas que consultamos había números de emergencia, ninguno cercano. Me comuniqué con organizaciones locales dedicadas a proteger a los animales y hablé sobre lo que escuché. Les comenté que ya había ido personalmente a ver si podía hacer algo, pero no logré nada más que una buena mojada. Andrés por fin encontró el número de la policía animal; tenía injerencia en nuestra zona, llamamos y les dimos todas las indicaciones para que encontraran la casa. Esa misma tarde, escuché unos gritos que venían de la calle:

—Niñita, ya verás, eres una soplona. ¿a ti qué te puede importar un tonto perro? ¡Ya se lo llevaron, no quiero volver a saber nada de ti!

Era el hombre que me había abierto la puerta la noche anterior. Yo solo observé por la ventana, sentí miedo, pero no dije nada; él continuó su camino y no lo volví a ver. Pasó una semana, y me comuniqué con las mismas autoridades con las que había hablado ocho días atrás.

Les pregunté sobre el perrito; ellos me dijeron que se encontraba en un centro de atención y que lo estaban ayudando a conseguir un hogar, pero que si yo podía visitarlo, lo hiciera. Me mandaron la dirección y ese mismo día fui a verlo. Llegué al lugar, entré; lucía todo muy aseado; parecía un hospital, pero en vez de esas típicas frases de cuida tu salud, tenía dibujos de animales que están en peligro de extinción. Luego de

ver eso, me dirigí a la recepción.

—Hola, señorita, ¿cómo está? —dije con un tono amable y sonoro.

—Buenas tardes, ¿en qué le puedo colaborar? —me respondió con un tono serio mientras observaba una computadora.

—Sí, es que ayer me comuniqué con esta organización y me dijeron que podía venir a visitar un perrito que sacaron de una casa en la cual lo maltrataba un señor —le informé mientras observaba mi alrededor.

—¡Ahhh! Claro, ya lo recordé, sí, hoy en la mañana me informaron que vendrías. Te agradecería si, por favor, esperaras a que te llame, ya que aún no ha llegado el veterinario que está atendiendo ese perrito —me dijo con una sonrisa en el rostro.

—¡Claro! Yo espero— le respondí dulcemente.

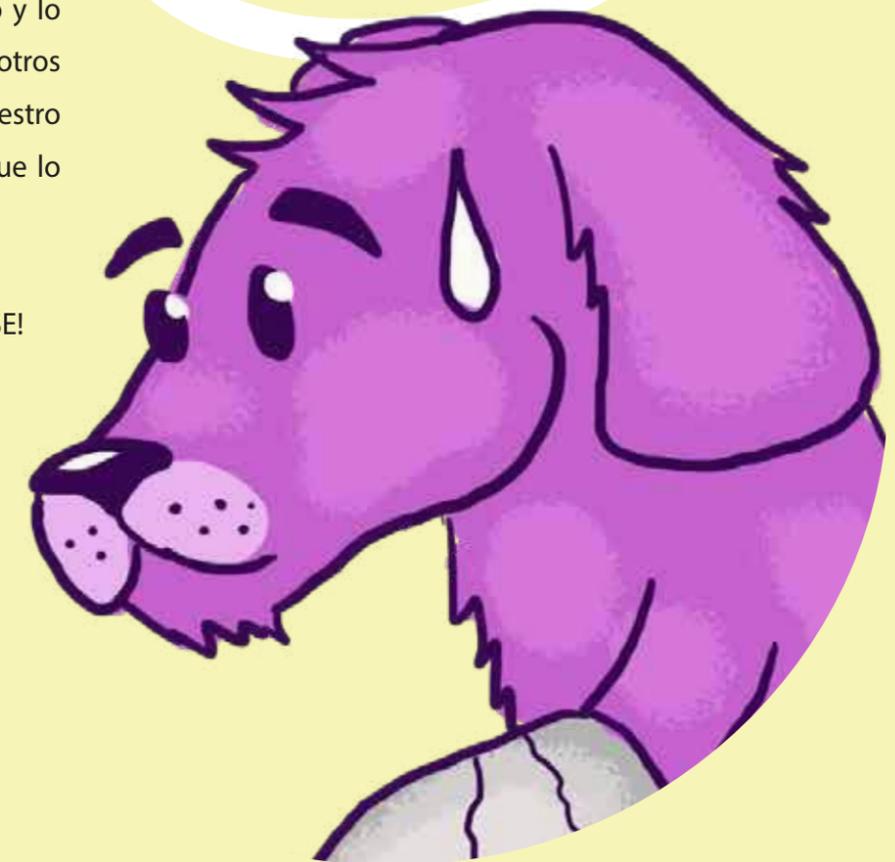
Después de una hora eterna de espera entra el veterinario y me hace un gesto para que lo siga, yo accedí y lo seguí; en el camino me iba contando sobre el proceso de el perrito, me contó que estaba mejorando bastante y que en unos días ya podría ser adoptado por alguien que se hiciera responsable de él. Nos detuvimos frente a una puerta y el veterinario la abrió y me hizo un gesto para que entraré, le hice caso.

Ya estando ahí vi al perrito con un yeso en su pata frontal derecha; él solo movía su cola como gesto de saludo. Me acerqué a él y le sobé su cabeza diciendo:

"Todo va a estar bien". Me quedé un rato más hasta que me dijeron que ya me tenía que ir. A las cinco de la tarde llegué a mi casa y hablé con mis padres para ver si podían adoptar al perrito, yo no podía hacerlo porque soy menor de edad, ellos después de mil suplicas accedieron.

Pasaron los días y yo todas las tardes sin falta iba a visitar a mi futura mascota, cuando por fin llego el día de ir a firmar los papeles y recoger a Max, apareció ese hombre el cual me había abierto la puerta aquella noche, diciéndome que esperaba que yo cuidara mucho y lo amara como debía de ser, se disculpó y se fue, nosotros subimos a Max en el carro y nos fuimos para nuestro hogar, ahora Max tiene un hogar y una familia que lo ama bastante.

¡ALCEMOS LA VOZ, ELLOS NO PUEDEN DEFENDERSE!



Israel el gato de los tejados

Por: Julián Andrés Guaquida Cruz

Docente: Yendy Lizeth Rodríguez Páez

Institución educativa Técnica nacionalizada de Samacá
Samacá, Boyacá, Colombia



Era el año 2018, un año que quedo marcado en mi memoria no por algún evento extraordinario o una gran tragedia, sino por la llegada de un gato a mi vida. Su nombre, curioso y significativo, era Israel. El nombre evocaba un lugar distante, pero en el barrio todos lo conocían simplemente como "el gato de los tejados", un título que bien se había ganado a fuerza de travesuras y exploraciones.

Israel no era un gato común. Lo primero que notabas de él era su energía, como si estuviera constantemente buscando algo que nadie más podía ver. Sus grandes ojos verdes destellaban curiosidad, y su pelaje grisáceo parecía brillar cuando se deslizaba ágilmente entre los tejados del vecindario. Lo había conocido meses antes, cuando aún pertenecía a una familia que vivía cerca de mi casa. Ellos lo querían mucho y siempre lo cuidaban con esmero, pero Israel no era un gato para estar encerrado. Pronto hizo de los tejados su reino, y no había día en que no lo vieras recorriendo las alturas como si ese fuera su hogar verdadero.

Los vecinos lo adoraban. Era común verlo saltar de un techo a otro, mientras las señoras mayores le dejaban un plato con sobras de comida en alguna esquina del patio. Israel aceptaba cada regalo con la elegancia de un rey, aunque nunca se quedaba mucho tiempo en un solo lugar. A veces, lo encontraba descansando bajo el sol en el muro que separaba mi casa de la del vecino, con una tranquilidad que parecía imposible para un ser tan inquieto. Yo lo observaba desde mi ventana,

preguntándome qué estaría pensando mientras observaba el mundo desde las alturas.

Pero la vida no siempre sigue un curso predecible. Un día, la familia de Israel tuvo que mudarse. La noticia corrió rápido por el barrio: se trasladaban al centro del pueblo, a un apartamento pequeño donde no había lugar para el gato. Fue entonces cuando me ofrecí a cuidar de él. Al principio, dudé. Israel no era un gato fácil, no era de esos animales que se acomodan al calor del hogar y pasan sus días entre almohadones. Israel era un gato libre, y sabía que vivir con él implicaría mucho más que ofrecerle un lugar donde dormir.

A pesar de mis dudas, lo acepté. Los primeros días con Israel fueron una mezcla de caos y alegría. No tardó en hacer suyas todas las partes de la casa. Derribaba objetos, se colaba en las habitaciones que menos esperaba, y, por supuesto, seguía escapándose a los tejados. No importaba cuántas veces intentara mantenerlo dentro, Israel siempre encontraba una manera de salir, como si hubiera nacido para estar afuera, recorriendo su pequeño universo hecho de ladrillos y cielos abiertos.

Recuerdo las tardes en las que lo veía saltar ágilmente por los techos, sus patas apenas tocando las superficies antes de lanzarse al siguiente punto. Me preocupaba que se lastimara, pero al mismo tiempo, admiraba su habilidad. Era como ver a un equilibrista en su acto más natural. Me hacía pensar en la libertad. ¿Qué era lo que

impulsaba a Israel a salir siempre, a buscar más allá de los límites que le ofrecía la seguridad del hogar? Supongo que algunos seres están destinados a ser libres, y eso incluye a los gatos.

Los vecinos seguían viéndolo, y a pesar de que ya no vivía con su familia original, le seguían ofreciendo comida cuando lo veían merodeando. Israel seguía siendo el gato del barrio, y no importaba cuántas veces volviera a casa, siempre parecía que pertenecía a todos y a nadie a la vez.

Con el paso del tiempo, Israel también empezó a buscar más mi compañía. Había días en los que, después de una larga jornada de exploraciones, regresaba a casa y se acurrucaba junto a mí en el sofá, ronroneando suavemente. Esos momentos me sorprendían, porque mostraban un lado de él que pocas veces revelaba: su necesidad de afecto. Me hacía reflexionar sobre la dualidad de su naturaleza. Era un gato que valoraba su libertad, pero también buscaba el calor de una mano que lo acariciara.

Pero como todo en la vida, nada es para siempre. Un día, Israel no regresó. Al principio, no me preocupé demasiado. Pensé que se había quedado en algún rincón del barrio, quizás en la casa de algún vecino, o explorando más allá de lo que normalmente hacía. Pero los días pasaron, y su ausencia comenzó a inquietarme. Salí a buscarlo, llamé su nombre en cada esquina, pregunté a los vecinos si lo habían visto, pero nadie

sabía nada de él. Era como si Israel hubiera desaparecido sin dejar rastro, como si el viento se lo hubiera llevado en una de sus travesuras.

La incertidumbre me acompañó durante semanas. En mi mente, imaginaba todo tipo de escenarios. Quizás había encontrado otro lugar donde ser feliz, otro hogar donde lo recibieran con la misma calidez con la que lo había hecho yo. O tal vez, simplemente, su espíritu libre lo había llevado más allá de lo que yo podía entender.

Lo cierto es que nunca volví a verlo. Y aunque su desaparición me dejó un vacío, también me enseñó una lección valiosa. Israel, con su constante ir y venir, me recordó que a veces el amor no es suficiente para retener a quienes queremos. Hay seres que están destinados a ser libres, y eso no los hace menos valiosos. Al contrario, en su libertad está su mayor grandeza.



el gato tintín

Por: Jairo Steven Prada Álvarez

Docente: María Isabel Pico Rodríguez

Colegio Departamental la Inmaculada

Palmas del Socorro, Santander, Colombia



¡Escucha aquí el podcast!

Tintín no es un gato cualquiera, es el gato más guerrero y luchador. Tintín llegó a mi vida un día cualquiera, como todos los días donde iba a mi escuela, que queda a 40 minutos de mi casa. Yo voy caminando y observando lo que pasa en el camino; escucho pájaros cantar, grillos, el ruido del viento y, bueno, muchos otros sonidos que la naturaleza produce.

Un martes escuché el chillido de unos gaticos que alguien que había madrugado más que yo los había dejado tirados en una bolsa de papel pequeña, detrás de un montoncito de plantas. Estaban recién nacidos porque tenían el ombligo mojadito y rojito; lloraban mucho. Yo los cogí y vi que eran 3 gatitos. Me parecieron muy hermosos. No sabía qué hacer; en mi casa no quieren los gatos porque ellos se comen los pájaros, y tampoco los podía dejar botados donde estaban porque morirían de hambre, o de frío, o tal vez de calor, o quién sabe si un perro u otro animal se los podía comer, o pisar y matarlos!

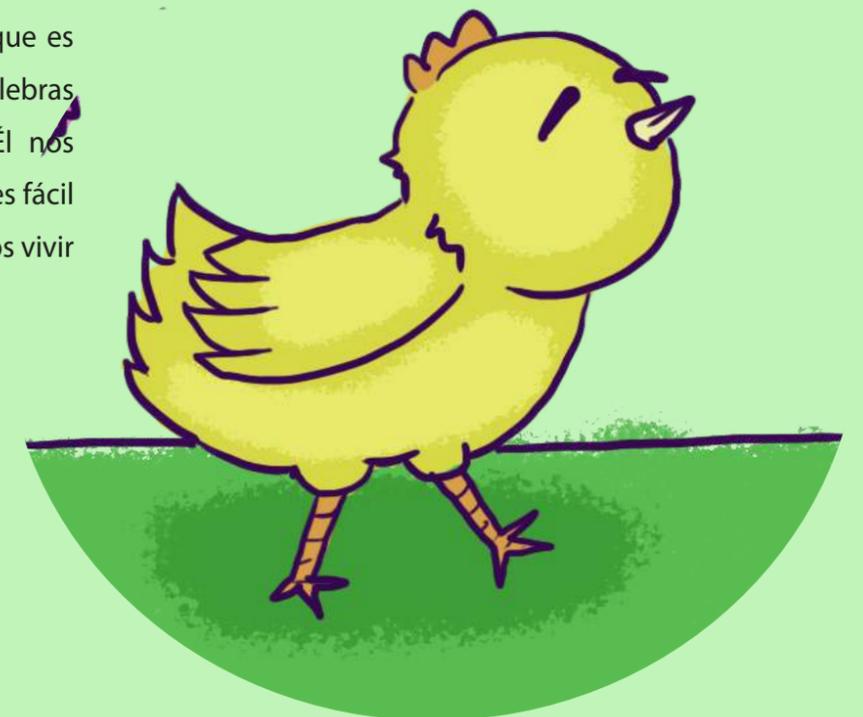
Así que los metí debajo de la camisa de mi uniforme para darles calor porque ya estaban muy fríos y los llevé a mi escuela. Traté de tenerlos todo el tiempo sin que nadie se diera cuenta, pero al ratito empezaron a llorar y todos se enteraron y tuve que mostrarlos. Mi profe dijo que eran muy tiernos y que era necesario darles comida, y le pidió a la señora que prepara los alimentos que nos regalara un poquito de leche y una vecina trajo un gotero y los alimentamos. Luego los pusimos en una caja, todos juntos y arropaditos, y durmieron hasta el recreo.

La profe subió la foto de los gaticos al grupo de padres, para ver si alguien quería adoptarlos; yo pedí a Dios que solo adoptaran dos, pues yo me quería quedar con la más rosadita. Yo ya había pensado que la llamaría Mandarin. A la salida la profe dijo que dos gaticos ya los habían llevado, que quedaba uno; yo, sin pensarlo, dije: El otro es mío y salí corriendo a ver si Mandarin me estaba esperando. La profe dijo que no lo podía llevar porque mis padres no la habían pedido; yo le dije que me la dejara, que yo la cuidaría, y bueno, la profe me la dejó, con la condición de que si mis padres no lo querían, debía devolverla. Yo la llevé muy feliz; seguro que mi padre, con la ayuda de mi mamá, me dejaría tenerla, porque la que había quedado era Mandarin; eso era una buena señal. Mandarin era mía, ella me había escogido como yo la escogí a ella.

Ya en casa, mi padre estaba trabajando. Yo le conté todo lo que había pasado con los gatos a mi mamá y ella me comprendió y me pidió que la dejara ver; al verla, dijo que estaba recién nacida y que necesitaría muchos cuidados. Yo le conté que la profe les había dado leche con un gotero. Ella dijo que al día siguiente, cuando fuera al pueblo, compraría un tetero para ella y, mientras tanto, debíamos alimentarla con leche de cabra en gotero. Mi mamá, que es muy consentidora de los animales, se la puso en el nido en las mañanas a la gallina quica que calentaba sus huevos, para que le diera calor a Mandarin sin que le hiciera daño; así, mi papá no se daría cuenta.

A los 8 días nacieron los pollos y la gallina creía que Mandarin era un pollo más y Mandarin pensaba que ella era su mamá. Cuando los pollitos tenían 15 días de nacidos, mi mamá los sacó del corral para que fueran conociendo el mundo y se fueran acostumbrando a la naturaleza. Entonces mi papá descubrió a Mandarin y se disgustó, pero mamá le explicó que ella ya no se comería los pájaros, porque estaba creciendo con los pollitos quicos, que son parecidos a los pájaros, que la gatica los respetaría, que además estaba bien alimentada, no necesitaba comerse los pichones de pajaritos. Así creció Mandarin en una familia no esperada, pero muy segura.

Hoy Mandarin no es Mandarin, sino Mandarino, resultó ser un gato, muy contento y feliz que cuida los animales de la granja y juega con ellos. Tuve que cambiarle el nombre y ahora se llama Tintín, nombre de gato macho. Mi papá ya lo aceptó porque ve que es inofensivo y porque él ahuyenta las pequeñas culebras verdes que vienen a comerse los pichones. Él nos enseñó a enfrentar la vida como venga, pues no es fácil y aun así, todos los seres de la naturaleza podemos vivir en paz.



Vínculo de amor

Por: Isaac Bello Lugo

Nombre de la Institución Educativa El Pital Sede Corcega

Docente: Edna Liliana Marulanda Velásquez

Pereira, Risaralda, Colombia



La naturaleza es el espacio más hermoso creado por Dios; aunque complicada y rebelde, nos enseña que esto se debe a que nosotros mismos la hemos llevado a un callejón sin salida. Actúa porque se siente violentada y atropellada; la naturaleza que vive una guerra sin fin incluye todas las especies de seres vivos.

Cada mañana, de camino a mi escuela, veo y escucho los pajaritos que cantan su hermosa melodía, los árboles moviendo sus hojas de un lugar a otro y pienso cuántos secretos guardará todo este campo lleno de extensos cafetales. Y... fue en una de esas mañanas que ocurrió algo inesperado. Todos los niños subían por la pendiente que lleva a nuestro plantel educativo cuando escucharon un ruido cautivador que llamó su atención: dentro de los cafetales se escuchaba un chillido frágil. Los niños se dieron cuenta e inmediatamente buscaron un profesor, le informaron lo que sucedía.

Al buscar, ¡oh sorpresa! Vieron un lindo cachorrito muy flaco y con frío de color café con blanco; aunque era difícil ver por la suciedad que tenía, no tardaron en darse cuenta de que el cachorro era realmente una linda perrita. Se veía muy débil; con cautela la cargaron en sus brazos y la llevaron a nuestra escuela.

Mi nombre es Isaac Lugo y estoy reconstruyendo los hechos que llevaron a adoptar esta hermosa cachorra, que ya no es cachorra, es una longeva y resiliente batalladora; su vida no ha sido del todo fácil. Esta historia es contada desde la narración y las

investigaciones que he hecho con los profes de mi escuela, ya que cuando esta hermosa peludita llegó a nuestra escuela, yo aún no había nacido.

Simona es el nombre del personaje de esta historia. Después de encontrarla y acogerla, se quedó en nuestra escuela. Con el paso de los días, la perrita fue recuperándose, tanto de sus heridas físicas como emocionales. En la escuela han llegado muchos animalitos en adopción; con Simona ya eran 5. Entonces nuestro rector dijo que se la llevaría a la sede principal y así fue. Mi profe cuenta que sintió tristeza, pero sabía que allá también iba a estar bien. Cada ocho días algunos profesores subían hasta el colegio a visitarla y llevarle comida, aunque estaba bien cuidada; el cariño hacia ella quedó prendado en sus corazones. Con el paso del tiempo los profesores se fueron y Simona quedó un poco en el olvido. Además, el colegio está un poco alejado de la ciudad.

Ya en su nuevo hábitat, vivió muchas aventuras; los profesores la acogieron y le brindaron amor y cuidados. Los años fueron pasando, las personas de allí se dedicaron a sus ocupaciones y, además, con todas las mascotas que fueron llegando, Simona ya no tenía los mismos privilegios que antes. Con los años fue decayendo. En las reuniones de profesores, cada que veía a algunos de sus primeros salvadores, corría a su encuentro. Nunca los olvidó; ellos con pesar siempre la dejaban y algunas veces la veían encerrada en su casita, algo triste, aunque su sentimiento de agradecimiento

en ese lugar empezó a crecer y aprendió a amar su hogar.

Pasaban las noches, los días, las semanas, los meses y así 12 largos años. La gran sonrisa de Simona desapareció volviéndose gris; su ánimo se bajó, poco a poco su salud se fue deteriorando y se la veía muy agobiada. No estaba tranquila, siempre de un lado para otro, y esto debido a sus quebrantos de salud, además, Simona estaba siendo maltratada por uno de los celadores; su paz se había acabado en ese lugar y sentía que se habían olvidado de ella. Simona se enfermaba cada día más.

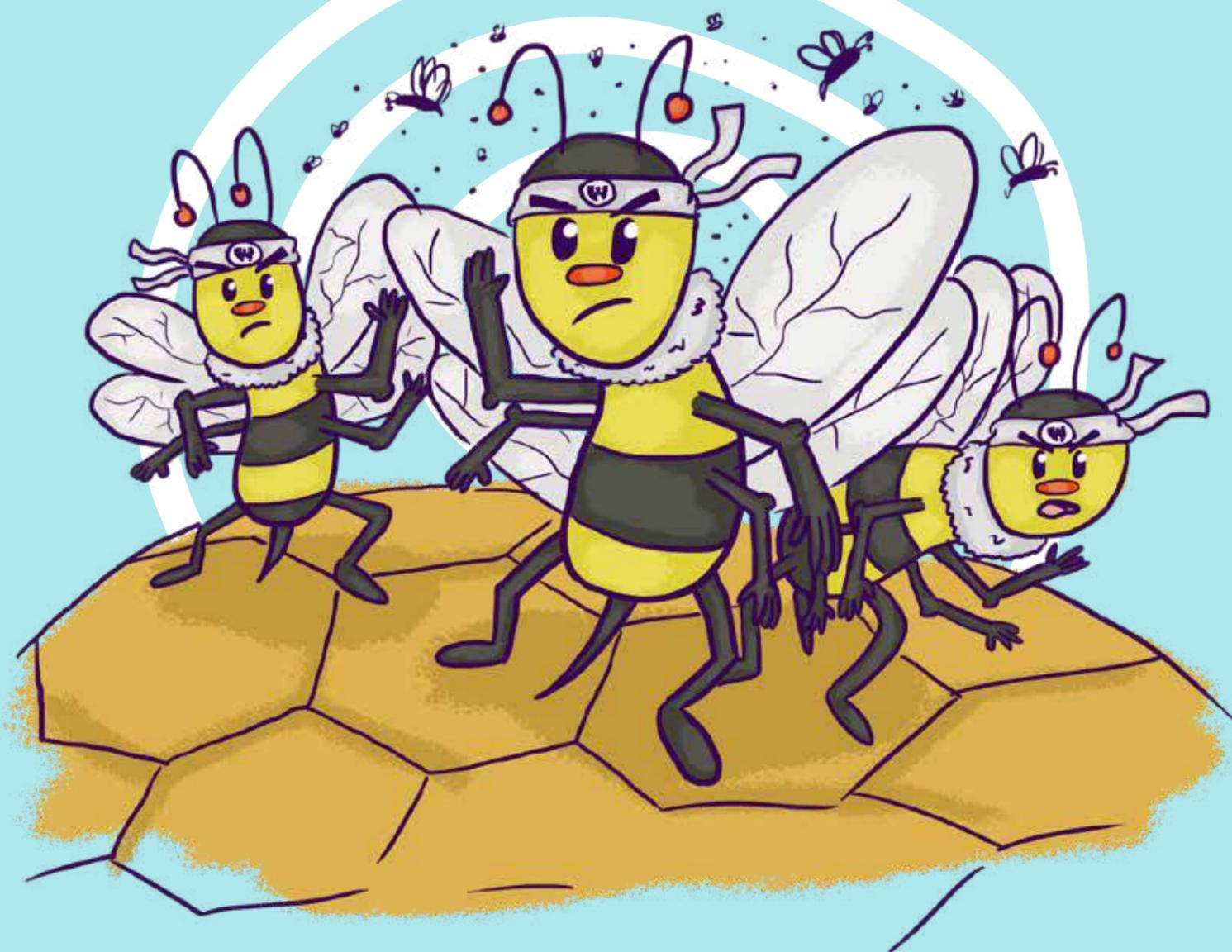
Pero, como siempre, existen los buenos seres humanos, un profesor noto estos cambios y llamo un veterinario para que se encargara al respecto, el veterinario dijo que Simona debía estar en un lugar donde hiciera más calor porque el frío de allí le estaba causando neumonía ,había que hacer algo , además dijo que Simona ya estaba muy anciana y si mucho duraría un par de meses más , el profesor se puso en contacto con mi profe y de inmediato se encendieron las alarmas , los profesores de la sede donde Simona fue adoptada por primera vez, se reunieron y decidieron traerla de nuevo, ya que la última vez que la habían visto, la vieron, flaca, y muy enferma, sin dejar de reconocer que los maestros hacían algunos esfuerzos para mantenerla en buen estado, pero Simona necesitaba cuidados especiales que ellos no podían brindarle.

Así que en el año 2023, 13 años después, Simona llegó. Allí la conocí; tenía 11 años y me tocó el hermoso privilegio de apreciar un ser tan tierno. Solo con ver su apariencia de cordero, causa una gran sensibilidad en mi ser. Llegó en un estado de deterioro, pero la profe, con la ayuda de los niños y demás profesores de la escuela, decidieron rescatarla y darle la mejor calidad de vida. No la eutanasia, dijo la profe, haremos hasta el final por salvarla; se le brindaron todos los cuidados. Fue un poco difícil que se adaptara de nuevo, además, porque ya no escucha.

Un año después vimos cómo Simona recobró su calidad de vida; la paz que ella refleja es la muestra de que las cosas se pueden lograr, que toda especie de vida necesita ser auxiliada si soñamos con la construcción de un mundo no violento. Debemos rechazar todo acto de violencia hacia los animales física y emocionalmente. La falta de consideración moral con estos seres causa conflictos debido a las diversas formas de violencia y de maltrato; lo único que ellos quieren son unas condiciones dignas y justas. El llamado es que mantengamos relaciones armónicas y empáticas desde el amor con estos hermosos seres que Dios nos envió para que no estuviéramos solos y porque sin ellos la vida en el planeta no tendría sentido. Me siento muy feliz y orgulloso de mi escuela porque allí, a través de los animales, se construye un lugar de paz.

El día que las abejas se tomaron la revancha

Por: Heylin Xamara Acosta Serrano
Docente: Ligia Mérida Delgado Suárez
Institución educativa Joel Sierra González
Tame, Arauca, Colombia



Recuerdo ese 10 de agosto del año 2022 como si fuera ayer. Estábamos tractoreando en un campo grande y soleado que era parte de la finca de mi abuela; ella le había arrendado a mi mamá para que sembrara plátano. Había grandes pastizales, mucho monte y árboles, y junto a esto unos panales de abejas que no sabíamos que íbamos a invadir. Estábamos mi sobrino, el padre de Dilan, quien en ese entonces era mi cuñado, y yo. Dilan iba a un lado del tractor y, por supuesto, yo al otro lado; vaya que nos divertíamos en ese tractor azul que era muy grande.

Tendríamos en ese entonces unos 11 y 10 años; como verán, unos niños aún. Ya era cerca del mediodía y, junto con ello, ya casi acabábamos la labor, pero aún nos faltaba un pequeño pedazo que estaba junto a la montaña y muy tupido de maleza. Por cierto, decidimos acabar y luego ir almorzar.

El tractor avanzaba, arrastrando la tierra removida y destrucción a su paso. Pero también algo más y, escuchamos ¡el sonido de las abejas enojadas! Al principio, pensamos que era solo un zumbido lejano, pero pronto nos dimos cuenta de que estábamos rodeados de panales de abejas furiosas.

Fue como si el tractor hubiera despertado a un gigante dormido. Las abejas salieron de sus colmenas, listas para defender su hogar. Y nos picaron, una y otra vez. Fue un caos total. Intentamos huir, pero las abejas nos perseguían, como si nos estuvieran castigando por nuestra intrusión.

La única opción que encontramos fue tirarnos de ese tractor y salir corriendo por ese campo hasta llegar a la casa de mi abuela, quien me ayudó a sacar unas cuantas que habían quedado en mi cabello y mi abuela después nos untó muchas cosas para el dolor y la inflamación. Esa tarde decidimos dejar así e irnos a nuestra casa, aunque no sabíamos que habíamos destruido muchas de sus casas. Al otro día a las 9:00 de la mañana, nos devolvimos a aquel campo que estábamos tractoreando y nos dimos cuenta de que habíamos sido nosotros los que en realidad habían invadido el hogar de aquellos animales y, aunque estábamos enojados por todas esas cosas que nos pasaron, entendimos una de las tantas lecciones que nos enseñaron las abejas ese día: el respeto por la naturaleza y por los seres que la habitan.

Después de ese día, siempre que vemos una colmena, nos acordamos de la lección que aprendimos. Las abejas no son solo insectos, son guardianes de la naturaleza, y debemos tratarlas con el respeto que se merecen. Pero la historia no termina ahí. Pasadas una o quizás dos semanas nos dimos cuenta de que debíamos tomar medidas para evitar que algo similar volviera a suceder, es decir, que a alguna otra persona le pasara lo mismo que nos había pasado a nosotros, así que decidimos contactarnos con un apicultor local para aprender más sobre las abejas.

6 meses después, ya habíamos aprendido que las abejas son fundamentales para la polinización de las plantas y que su desaparición podría tener consecuencias

devastadoras para el medio ambiente; aprendimos a cuidarlas, a realizarles un mantenimiento adecuado de las colmenas y a prevenir enfermedades que se pueden dar en las mismas. También sobre la recolección y producción de la miel, el papel crucial de las abejas y algo importante: vimos la manera de conectarnos con ellas y la naturaleza.

También decidimos compartir esta información y experiencia con otros de los agricultores de la comunidad para evitar situaciones como la que ese día nosotros vivimos, pues a nadie le gusta que invadan un lugar que con mucho trabajo construyó o en el que puso mucho de esfuerzo. Así que, en lugar de ver a las abejas como enemigos, las empezamos a ver de manera diferente, como aliadas, como un pequeño pichón que necesita de su madre para sobrevivir y aprender.

Nosotros necesitamos de las abejas para vivir. Empezamos a plantar flores que les gustaran y a crear un hábitat seguro para ellas. Poco a poco, las abejas empezaron a regresar a nuestro campo. Allí cultivamos y decidimos tener más cuidado para no tener otro accidente con aquellas abejas que ahora vemos como amigas.

Ahora, cuando vemos una abeja, no sentimos miedo, sino admiración. Admiración por su dedicación, su trabajo en equipo y su determinación. Las abejas nos enseñaron una valiosa lección sobre el respeto y la convivencia con la naturaleza. Y espero que, algún día, podamos devolverles el favor.



Los perros de la señora Inés

Por: Fanny Galeano Pérez

Docente: Marlon Martínez Martínez

Institución Educativa Estefanía Marimón Isaza

Tierralta, Córdoba, Colombia



Era una mañana tranquila en la Institución Educativa Estefanía Marimon Isaza, en el año 2023. Todos los estudiantes y docentes se estaban preparando para empezar la jornada de clases. Todo era como de costumbre: los niños y niñas habían llegado a las 7 como todos los días. Unos a pie porque viven en el pueblo, otros en el bus escolar porque viven en otras veredas. Algo que ya era normal observé ese día. La profesora Inés llegaba a la institución y cuando la vieron, 5 perros se alegraron y comenzaron a brincar de alegría sobre ella. Los perros la perseguían por todas partes.

La señora Inés era una profesora bastante estricta, pero sentía mucho amor por los animales, en especial por aquellos perros que habitaban las calles del pueblo El Caramelo, un bello corregimiento del departamento de Córdoba. La señora acostumbraba a alimentar a esos perros, por eso la seguían a todas partes en la institución y ella hasta los aceptaba dentro del salón cuando estaba en clases. Los perros permanecían en el salón con los niños de grado cuarto durante toda la mañana.

Muchos estudiantes y algunos docentes estaban enojados por esa situación. Decían que no era muy sano para los niños tener a los animales dentro de la institución ni mucho menos en el salón de clases. Además, eran un peligro porque podrían morder a los niños o atacarlos. Aunque eso nunca había pasado. Otros se reían porque alguien había pisado excremento

de perro y algunos se quejaban del olor.

Entonces algunos estudiantes y profesores comenzaron una campaña para prohibir la entrada de los perros a la institución; incluso se les cerraron todas las puertas, pero los perros buscaban la manera de entrar, ya sea por una abertura o por el patio de alguna casa vecina al colegio. Así pasaron semanas y ya era habitual ver a los perros dentro del salón de clases de la profesora Inés. Pero cada día se generaba un nuevo conflicto entre los docentes que se quejaban por el excremento, el olor o por los posibles accidentes que se pudieran presentar. La señora Inés defendía de todo esto a sus animales y estos la seguían cada vez más. Hasta los niños de grado cuarto se pusieron de su lado y también defendían a los perritos.

Pese a toda esa campaña anti perros dentro de la institución, todas las mañanas se le veía a la señora Inés entrar rodeada de sus queridos animales. Un día, la señora sonó tres veces el timbre y todos nos dirigimos a la formación. Ella estaba en frente de nosotros, con el micrófono en la mano, y comenzó a hablar. Dijo que se sentía mal y no entendía por qué tanto odio hacia ella y hacia unos animales que, según la señora, se portaban mejor que muchos estudiantes. Su voz se sentía triste. Siguió diciendo que cómo era posible que los niños y los profes rechazaran a unos animales que no se metían con nadie, que ven en la escuela un hogar que todos en el pueblo les han negado y un bocadito de comida diaria.

Todo el colegio se quedó en silencio por un momento. La seño continuó diciendo que estaba decepcionada por la falta de empatía que tanto estudiantes como docentes sentían hacia los animales. Ella seguía bastante triste. Los perros comenzaron a llegar uno a uno a su lado y ella alcanzó a acariciar a uno que puso sus dos patas delanteras sobre su cadera. Dijo que los perros eran inofensivos, tiernos y que poco a poco estaban aprendiendo a hacer sus necesidades en lugares en donde ella misma les estaba enseñando. También dijo que los niños de cuarto estaban aprendiendo a ser mejores personas gracias al amor hacia los animales y a la naturaleza. Uno de los perros ladró fuerte, como apoyando las palabras de la profesora Inés.

Todos quedamos en silencio. Se miraban unos a otros. En fin. Desde entonces no hubo más conflictos por la presencia de los perros e incluso ya eran considerados como miembros de nuestra escuela. La profesora se encargaba de su cuidado, de su aseo y su baño. Aprendimos que tanto personas como animales podemos convivir en paz, tranquilos y sin ningún odio. Entendimos que esos perros solo buscaban un lugar donde habitar y comer y que eso no se lo podíamos negar.



La última caricia: Crónica de un adiós en silencio

Por: Esteban Buitrago López

Docente: : Yendy Lizeth Rodríguez Páez

Institución Educativa Técnica Nacionalidad de Samacá

Samacá, Boyacá, Colombia



El aire aquella tarde parecía llevar consigo una melancolía palpable, una sensación de pesadez que anunciaba algo que aún no podíamos entender del todo. Eran las tres de la tarde cuando llegó la noticia, pero el drama había comenzado mucho antes, sin que ninguno de nosotros lo supiera. La perrita de la vecina, Luna, había caído gravemente enferma. Había comido algo en la calle, nos dijeron. Algo que no debería haber comido, como suele ocurrir con los perros callejeros que vagan con hambre y curiosidad por los rincones de la ciudad.

Luna no era un perro callejero. Era parte de la vida de aquella pequeña familia desde hacía tres años, cuando fue adoptada de un refugio local. Había pasado su juventud viviendo en un hogar lleno de cariño, jugando con los niños del vecindario y correteando por el parque cercano. Su pelaje blanco y marrón siempre limpio y brillante, sus orejas atentas a cada palabra que escuchaba. Pero el destino de Luna cambió por un solo error, una distracción. Un trozo de comida tirado en la calle, un descuido, y de pronto, el amor de una familia estaba colgando de un hilo delgado y frágil. Ese fatídico día, Luna salió a pasear con su dueña, Ana.

Caminaban por las mismas calles de siempre, recorriendo las esquinas familiares, oliendo los aromas que tanto le gustaban a la perrita. Sin embargo, un pequeño trozo de carne en mal estado, tal vez envenenado, tirado cerca de un contenedor de basura, fue lo que atrajo a Luna. En un segundo de descuido,

Ana no pudo evitar que la perrita devorara el pedazo de comida, aparentemente inofensivo. “¡No!”, gritó Ana, pero ya era tarde. Luna había tragado el bocado.

En ese momento, no pasó nada alarmante. Luna continuó caminando como siempre, saltando y moviendo su cola alegremente. Ana sintió alivio pensando que no era nada grave. Tal vez solo era una reacción exagerada suya, pensó. El paseo continuó, pero la verdadera pesadilla comenzó unas horas después, cuando Luna empezó a mostrar signos de malestar. Al regresar a casa, Luna comenzó a comportarse de manera extraña. No quería comer, algo inusual para ella, que siempre mostraba entusiasmo por la comida.

Luego, comenzaron los vómitos. Ana, inquieta, la observaba desde la cocina mientras Luna se acurrucaba en un rincón, letárgica y sin energía. Fue entonces cuando supo que algo estaba realmente mal.

El primer pensamiento fue llevarla al veterinario, pero ya era tarde, y en la pequeña ciudad donde vivían, el único veterinario disponible no abriría hasta la mañana siguiente. Ana se quedó junto a Luna toda la noche. La perrita, que solía dormir a los pies de la cama de sus dueños, ahora estaba en el suelo, gimiendo suavemente, como si intentara hacerle saber a Ana lo que sentía. Era un lamento sordo, lleno de dolor. Cada minuto que pasaba, Luna parecía debilitarse más. Finalmente, llegó la mañana y, sin perder un segundo,

Ana llevó a Luna al veterinario. En el trayecto, la perrita parecía haber perdido las fuerzas para resistir. Sus ojos apenas se mantenían abiertos, y su respiración era pesada.

Cuando llegaron a la clínica, el veterinario, después de examinarla, dio el diagnóstico: intoxicación. Algo que había comido le estaba envenenando lentamente el cuerpo, y el tiempo era crítico. Lo que siguió fueron horas de tensión, angustia y desesperanza.

El veterinario hizo todo lo que estaba en sus manos para intentar salvar a Luna. Le administraron medicamentos, intentaron lavarle el estómago y controlar los síntomas, pero el daño ya estaba hecho. “Es demasiado tarde”, dijo el veterinario en un tono grave, mientras Ana intentaba contener las lágrimas. La toxina ya había afectado a sus órganos de manera irreversible. La esperanza, que alguna vez fue luminosa, ahora se desvanecía como una vela en una tormenta. Fue entonces cuando Ana tomó la difícil decisión.

El veterinario le explicó que mantenerla viva solo prolongaría su sufrimiento. Los ojos de Luna, normalmente brillantes y llenos de vida, ahora reflejaban solo dolor y fatiga. Estaba claro que el tiempo de Luna con ellos estaba terminando, y Ana, con el corazón roto, decidió que lo mejor era dejarla ir en paz.

El momento de la despedida llegó rápido y de manera inevitable. Ana y su familia se reunieron alrededor de

Luna. Acariciaron su pelaje, le hablaron en voz baja, como si sus palabras pudieran de algún modo aliviar el dolor que sentían en ese instante. Luna, aunque débil, parecía comprender. Levantó la cabeza una última vez y miró a su familia, como agradeciendo los años de amor que le habían dado. Luego, la inyección letal la sumió en un sueño profundo del que no despertaría. El silencio que siguió fue abrumador. Ana se quedó inmóvil, acariciando el cuerpo ya sin vida de Luna. Nadie quería moverse, nadie sabía qué decir. ¿Cómo se explica el vacío que deja un animal que ha sido parte de la familia, que ha estado allí en los momentos buenos y malos, que nunca ha pedido más que cariño y cuidado? Luna se había ido, pero su presencia seguía en la habitación, en el corazón de cada uno de los que estaban allí.

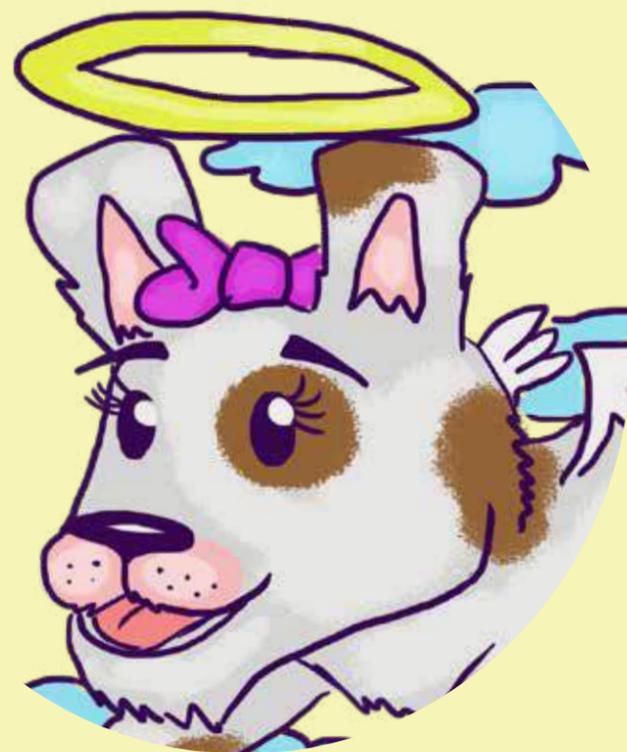
La muerte de Luna dejó una profunda tristeza, pero también una lección que Ana y su familia decidieron no ignorar. Su muerte no sería en vano. Después de la pérdida, Ana empezó a investigar sobre los peligros que asechan a las mascotas en las calles, desde la basura mal gestionada hasta el envenenamiento intencionado por personas irresponsables o malintencionadas. Fue entonces cuando comprendió que, más allá del dolor personal, había un problema más amplio que debía abordarse: la seguridad de los animales en la comunidad. Ana, movida por el amor a su perrita, comenzó a movilizarse. Junto con otros vecinos que habían pasado por experiencias similares, formaron una pequeña organización de cuidado animal. Se dedicaron a informar a la comunidad sobre la importancia de no

dejar residuos peligrosos en la calle y de estar atentos a posibles sustancias tóxicas que pudieran dañar a los animales. Además, empezaron a trabajar con las autoridades locales para exigir medidas más estrictas sobre la limpieza de las calles y la regulación de los alimentos que se desechan en espacios públicos. La organización no solo se centró en la prevención.

También ofrecieron apoyo a dueños de mascotas que, como Ana, habían pasado por la terrible experiencia de perder a un compañero animal. Crearon redes de ayuda para brindar asistencia veterinaria rápida y promover la adopción responsable de animales. Gracias a su esfuerzo, muchas familias fueron conscientes de los peligros que acechan a sus mascotas y cómo protegerlas mejor. A pesar de que Luna ya no estaba físicamente presente, su legado continuaba vivo. Ana, aunque aún afectada por la pérdida, encontraba consuelo en saber que su muerte había inspirado una acción positiva. Luna había sido una compañera leal, una amiga en momentos de soledad, una fuente de alegría. Y ahora, su historia era un recordatorio de la fragilidad de la vida y de la responsabilidad que tenemos hacia los seres que dependen de nosotros.

Cada vez que Ana salía a pasear por el vecindario, sentía la ausencia de una, pero también notaba el cambio en el ambiente. Las calles, una vez llenas de basura y descuidos, estaban más limpias, más seguras para los animales que aún caminaban por allí. Otros perros correteaban por el parque, felices, y Ana sonreía al

verlos. Sabía que, de alguna manera, Luna había dejado su huella en cada uno de ellos. Con el tiempo, Ana y su familia adoptaron otra perrita, una cachorra rescatada que encontraron en un refugio. La llamaron Estrella, en honor a Luna, porque creían que, al igual que una estrella, su luz seguiría brillando en sus corazones, guiándolos a ser mejores cuidadores, mejores personas, y a recordar siempre que, aunque la vida puede ser efímera, el amor y el cuidado que brindamos a los animales no tiene por qué serlo.



Mi Pequeña Susy

Por: Dilan González Bello
Docente: Yolanda Rincón Daza
Institución Educativa Campestre San José
Acacias, Meta, Colombia



¡Escucha aquí el podcast!

El pasado 20 de julio de 2023, hacía una tarde soleada, cuando mi mamá me preguntó:

—¿Puedes acompañarme al vivero? Quiero comprar una planta para el jardín.

—Vale, mami. —Le contesté.

Entonces me alisté, me coloqué una pantaloneta, un buzo y unas zapatillas decentes. Salimos y, después de 20 minutos, llegamos al vivero. Eran alrededor de la 1:15, entramos y nos atendió Sandy, una muchacha muy amable con una gran sonrisa en su rostro. Mi mamá entró al vivero y yo me quedé afuera porque me sentía un poco indispuerto para oírlas hablar de flores, abono y mil cosas de las que siempre hablaban. Deambulé por aquí y por allá.

Al lado del vivero había un puente, entonces, por pura curiosidad, me dirigí hacia allá. En lo más alto me detuve y me quedé mirando fijamente abajo del puente; vi que algo se movió, no aparté la vista ni un instante. De pronto, ví algo parecido a un perro de agua haciendo un sonido muy particular; lo miré más detalladamente y era una pequeña nutria que estaba en problemas.

Con aún más curiosidad, corrí y bajé a la ribera del caño. La tomé con mucho cuidado, quedando nuestros ojos frente a frente. Al ver sus ojitos, quedé cautivado. Un perro ladraba vigorosamente y me sacó de mi asombro; la nutria cayó al agua y fue arrastrada sin que pudiera

hacer nada.

Pensativo subí hacia el vivero y decidí quedarme callado y no decirle nada a mi mamá. Llegamos a la casa alrededor de las seis de la tarde, anocheció y no podía dejar de pensar en la pequeña nutria. Envuelto en mis pensamientos, tomé una decisión: cuando amanezca, le pediré la moto prestada a mi mamá y me iré a buscar al pequeño animal de ojos lindos y pelo lacio.

Desayunamos y le dije a mi mamá que me prestara la moto. Le comenté lo que me había pasado en el puente junto al vivero; ella me pasó las llaves y me dijo que llevara un poco de maíz.

Salí de casa rápidamente, me demoré, pero por fin estaba en el puente, en el mismo lugar donde la había perdido. Me senté en una roca esperando a ver si en algún momento salía la pequeña nutria. Esperé por horas y la pequeña nutria nada que salía. Estaba justo por irme cuando de repente escuché algo que nadaba en el agua. Me asomé de nuevo y era la pequeña nutria acercándose cada vez más. Yo me dirigí hacia ella y lancé un poco del maíz que llevaba; ella, muy gustosa, se lo comió todo, se puso muy alegre y empezó a jugar. Ella no se quedaba quieta, entraba y salía del agua.

Solo me quedé observando su magnificencia por mucho tiempo. Llegó la hora de irme, me acerqué y se abalanzó hacia mí. Por un instante pensé en llevarla conmigo, pero me di cuenta de que estaba en su hogar,

que era feliz y que el perro que la molestaba ya no aparecía por allí; estaba segura.

Hasta el día de hoy voy muy seguido; le llevo maíz y le he enseñado a hacer algunos trucos: cuando aplaudo, baila sobre su cola; cuando chasqueo los dedos, sube a las piedras y se sienta; juega con la pelota. La llamo “mi pequeña Susy”; creo que hay una conexión muy bonita. Nunca imaginé que existiera este sentimiento por un animal.

He tomado videos y los he posteado en mis redes sociales, contándole a las personas sobre Susi y sus hazañas, pero también los he invitado a dejarla ser, dejarla chapotear en el caño sin intentar sacarla de ahí, alejar a sus mascotas para que no la molesten, sobre todo a los perros, que les encanta ladrarle y asustarla.

No sé por cuánto tiempo seguiremos encontrándonos, pero mis compañeros han intentado ir a llevarle maíz, pero si no estoy nunca sale. Creo que soy su persona favorita y ella es mi animal favorito; quisiera llevarla a casa, para tenerla más cerca, pero su libertad es más valiosa que nada en el mundo.



Huellas de amor

Por: Karol Mariana Ospina López
Docente: Lucely Tangarife Herrera
Institución Educativa Marco Fidel Suárez
La Dorada, Caldas, Colombia



A lo largo de nuestra existencia, el hombre ha clasificado a los animales en domésticos y salvajes; sabemos que los domésticos más conocidos son el perro y el gato. Pero se han domesticado animales salvajes y silvestres con el propósito de tener un beneficio económico o simplemente por tenerlos de lujo, animales como los loros, elefantes, micos, el oso, los leones y los conejos, entre otros. A medida que han pasado los años, hemos empezado a evidenciar cómo personas, por medio de fundaciones, desarrollan acciones que pretenden ayudar a mejorar la calidad de vida de los animales, con acciones y valores que podemos realizar desde nuestros hogares: acciones sencillas como lo son brindar un techo, dar comida, cuidar su salud, dar amor, cariño y respeto.

En un municipio del departamento de Caldas, encontramos una historia de vida de un señor llamado Rubén que sufría de enanismo y vivía solo en un apartamento de una sobrina. Nunca logró formar una familia por su condición de enano (eso creía él). Era una persona muy gruñona, malgeniada y siempre peleaba con sus vecinos, porque todo le molestaba. Si un niño pasaba, si le prendían el volumen a la música, si los niños jugaban en la vecindad con un balón, si se le caía el balón a su corredor, lo pinchaba; hasta los animales le repugnaban. Constantemente peleaba con sus vecinos utilizando expresiones groseras. La única persona que lidiaba con él era su sobrina llamada Libia. Ella era una señora que solo tuvo un hijo. Libia lo alimentaba, le organizaba su ropa y todo lo relacionado con la casa.

También era la persona que lo acompañaba a sus citas médicas y estaba pendiente de sus medicinas, porque el señor Rubén sufría de azúcar. En ocasiones era necesario dejarlo hospitalizado, porque él no se cuidaba.

Un día dejaron en una caja cuatro perritos (tres machos y una hembra) al lado del apartamento de don Rubén y los vecinos adoptaron la hembra y dos cachorros y quedó un cachorro sin hogar. Este animalito empezó a tomar los alrededores del apartamento del señor gruñón como su casa; dormía en el corredor del señor enojón sin que él se diera cuenta y por lo cual le tomó cariño a don Rubén porque lo sentía como su amo; la señora Libia lo veía cada vez que entraba al apartamento, pero no echaba al perrito porque le parecía muy tierno. Ella no lo adoptaba porque ya tenía una mascota. Un día don Rubén salió al corredor, lo vio y, como siempre que todo le fastidiaba, lo regañó y lo mandó para la calle; el perrito se fue sin chistar nada. Pero el perrito no se retiraba de su corredor así don Rubén le hiciera miles de maldades para que se fuera. A pesar de todo, el cachorro le fue tomando cariño y, en lo muy profundo, don Rubén también.

El perro se convirtió en su guardián, así fuera desde lejos, y le cuidaba la puerta para que nadie se acercara. Con la ayuda del perrito, don Rubén se iba dando cuenta de que su vida era más tranquila porque ya los niños no se acercaban a los alrededores de su apartamento porque el animalito los ahuyentaba. Él se

había dado cuenta de que a don Rubén no le gustaba el ruido de los niños.

Un día el hombre gruñón decidió darle un bocado de comida; luego, en una tarde muy lluviosa, se asomó por la ventana de su casa y vio que el perro se estaba mojando y congelando del frío y cómo lo miraba, como expresándole que lo dejara entrar. Ruben no pudo con aquel rostro y, como ya le había tomado cariño, lo dejó entrar. De ahí en adelante se volvieron amigos inseparables y... curiosamente, como un animalito le cambia la vida a un ser solitario, triste y gruñón. Cuando salía de paseo, ya no le molestaba el ruido de los niños y los saludaba muy amablemente. ¡Qué acción de paz tan bonita hizo este animalito en la vida de don Rubén! Y al mismo tiempo Rubén contribuyó a que el perrito tuviera una vida más amable y tranquila.

Por nombre le colocó Paciente porque le pareció muy juicioso y Paciente a pesar de tantos insultos y molestias, no se fue. Resulta que un día llegaron funcionarios de la alcaldía para hacer arreglos del alcantarillado y fue necesario abrir unas brechas profundas por los lados del apartamento de don Rubén. El cual tuvo que salir con Paciente muy temprano en la mañana y, como todavía estaba muy oscuro, no vio las brechas y cayó en una de ellas de cabeza, dándose un golpe fuerte; se raspó la nariz y la cara. Era imposible salir de allí; pasaban los minutos y él se quedaba sin respiración porque le tenía miedo a estar encerrado y eso le estaba pasando en aquel lugar. Paciente lo

miraba, le ladraba con desespero, intentando meterse ahí con él, pero don Rubén le decía que buscara ayuda. Paciente salió ladrando con desespero para buscar ayuda. Llegó a la casa de la sobrina de Rubén, le ladraba y le ladraba, pero ella no le entendía, y le mordía la tela de la falda para que lo siguiera, hasta que Libia cayó en cuenta: ¿dónde estaba su tío? Si ellos dos no se separaban. Entonces siguió al perro y él le mostró desesperadamente el camino donde estaba Rubén, casi moribundo.

Ella pidió ayuda a sus vecinos y lograron sacarlo y lo llevaron al hospital. El perro estuvo en la puerta del hospital sin quererse ir. Libia le llevaba la comida para que no muriera de hambre; no se quería ir para la casa sin aquel hombre que estaba hospitalizado. Libia le contaba a su tío las hazañas de su amigo animal y don Rubén reflexionó, pues gracias a su gran amigo estaba con vida: se puso a llorar de arrepentimiento por haber pasado tanto tiempo siendo gruñón sin la compañía de seres tan especiales como lo son los niños, los animales, sus vecinos, etc. Y él pidió a Dios una oportunidad para cambiar y ser una mejor persona y un buen vecino.

Entendió que su amigo animal necesita muchas más cosas de las que le había dado, como ir al veterinario, sacarlo a pasear más constantemente, entre otras.

Este cuento nos enseña que debemos cambiar nuestras malas o equivocadas acciones hacia las personas o animales que sienten y son indispensables en nuestras

vidas, tanto para recibir como para dar cariño y compañía y, por lo tanto, hay que mejorar la calidad de vida de todos con amor mutuo. Así ser personas que sienten, que no son indiferentes, actores de paz que puedan dar una vida más cómoda a los animales domésticos y cuidar las demás especies salvajes; así aportaremos para que estén bien, no realizar actos de maldad con ningún ser. ¡Porque sienten! Y, si nos dejamos querer, nos brindarán amor, cuidado y protección.



El valiente camino de Piero: Un gatito rescatado, amado y adoptado por el colegio.

Por: Juan David Tovar Marín

Docente Eddy Alfonso Valderrama Lozano

Institución Educativa Departamental Mixto Antonio Ricaurte

Puerto Salgar, Cundinamarca, Colombia



Hace un par de meses, en un día soleado, un grupo de estudiantes del colegio local se encontraba realizando una actividad de limpieza en las cercanías de la institución. Armados con bolsas de basura y guantes, recorrían los alrededores recogiendo residuos y embelleciendo el entorno. Fue entonces cuando, entre risas y charlas animadas, escucharon maullidos desgarradores que provenían de una alcantarilla cercana.

Intrigados y preocupados por la posibilidad de que un animal estuviera en problemas, los estudiantes se acercaron con cautela a la alcantarilla y descubrieron a un pequeño gatito atrapado en su interior. Sus ojitos asustados reflejaban su angustia, y su débil maullido era un llamado desesperado de auxilio.

Sin dudarle ni un instante, los jóvenes decidieron actuar. Con cuidado y determinación, buscaron la forma de rescatar al minino atrapado en el oscuro espacio subterráneo. Con ingenio y trabajo en equipo lograron abrir la tapa de la alcantarilla y alcanzar al gatito, que temblaba de miedo, pero parecía agradecer la presencia humana que llegaba en su rescate.

Rápidamente, los estudiantes llamaron a un grupo de rescatistas de animales que acudieron al lugar con prontitud. Con experiencia y sensibilidad, los rescatistas tomaron al gatito entre sus manos con delicadeza y lo sacaron de su angustiada prisión subterránea. Sin embargo, al examinarlo detenidamente, descubrieron

que una de sus patitas estaba tan dañada que no había otra opción más que amputarla para salvarle la vida.

A pesar de la difícil situación y la pérdida de su pata, el gatito demostraba una fuerza y valentía admirables. Los estudiantes se conmovieron profundamente por su historia y decidieron cuidar de él en el colegio. Le construyeron un refugio especial con mantas suaves y juguetes para que pudiera jugar, le daban comida y agua fresca cada día, y lo llevaban al veterinario regularmente para asegurarse de que recibiera todos los cuidados necesarios.

Con el paso del tiempo, el gatito, al que decidieron llamar cariñosamente "Piero", se adaptó perfectamente a su nueva vida en el colegio. A pesar de su discapacidad física, Piero era todo un símbolo de superación y alegría. Se convirtió en la mascota querida por todos los estudiantes y el personal del colegio, quienes encontraban consuelo y compañía en su tierna presencia.

Los días transcurrían entre juegos, caricias y mimos para Piero, quien respondía con ronroneos llenos de gratitud. Los niños aprendieron grandes lecciones de amor incondicional, empatía hacia los seres vulnerables y responsabilidad al compartir su tiempo y recursos para asegurar el bienestar del pequeño felino.

Así, Piero encontró un hogar lleno de amor y protección en el colegio. Cada mañana era recibido con alegría por

los estudiantes ansiosos por verlo corretear por los pasillos o descansar plácidamente bajo el sol. Nunca más volvería a sentirse solo o abandonado gracias al amor incondicional que recibía a diario.



Una rara coincidencia

Por: Julieta López Fajardo

Docente: : Gladys Yaneth Suárez Suárez

Institución Educativa Liceo Patria

Bucaramanga, Santander, Colombia



Era un domingo a mediodía, y todo parecía transcurrir con normalidad en casa. La familia estaba dispersa en distintas actividades: algunos en la sala, otros en la cocina, disfrutando del ambiente relajado de un día libre. De repente, un estruendo sacudió la calma de nuestra rutina. El sonido fue tan inesperado y fuerte que todos nos quedamos en silencio, mirándonos unos a otros con sorpresa y preocupación.

Sin perder tiempo, salimos al balcón para investigar el origen del ruido. Y ahí estaba, la sorpresa y el motivo de nuestra alarma: un pequeño gato, visiblemente desorientado y con signos de dolor, había caído desde el tercer piso de nuestro edificio. Con el corazón acelerado, vimos cómo el gatito, con el pelaje alborotado y tembloroso, logró arrastrarse hasta nuestra puerta y se escondió en un rincón de la sala.

Mi abuela, que estaba en la cocina, fue la primera en notar al animalito. A pesar de su edad, se movió con agilidad y preocupación al ver al gato en tan mal estado. En un instante, se dio cuenta de que había un líquido rojo alrededor del pequeño felino. Mi hermano, mi primo y yo nos apresuramos a ver de cerca y confirmamos lo que temíamos: el líquido era sangre.

Con el pánico a flor de piel y sabiendo que no podíamos esperar, tomamos decisiones rápidas. Llevamos al gato al patio para que el espacio fuera más adecuado para tratar sus heridas. Con agua oxigenada, algodón y papel en mano, nos pusimos manos a la obra. Cada uno de

nosotros, temblando de nervios, intentó limpiar las heridas del gato lo mejor posible. Cada movimiento era una mezcla de cuidado y urgencia, conscientes de que la vida del pequeño ser estaba en juego.

Mientras yo hacía esto, corrí a pedirle un guacal a nuestro vecino. La situación era crítica y necesitábamos un lugar seguro para transportar al gato. Afortunadamente, nuestro vecino nos prestó el guacal rápidamente. Con mucho cuidado, metimos al gatito en el guacal, tratando de que estuviera lo menos incómodo posible.

Mi primo mayor y mi abuelo se encargaron de llevar el guacal, mientras mi tío, mi hermano y yo nos embarcamos en una frenética búsqueda de la veterinaria más cercana. Cada segundo contaba, y la ansiedad era palpable. Finalmente, encontramos una clínica veterinaria cercana y entramos, cargando el guacal con el gato herido.

La veterinaria nos recibió con un aire de profesionalidad y preocupación. Nos preguntó qué había pasado, y mi abuelo, con la voz entrecortada por la angustia, le explicó la caída del gato y las heridas que había sufrido. En ese momento, mi papá estaba afuera intentando localizar al dueño del gato. La búsqueda del propietario se convirtió en una misión paralela, con la esperanza de que quien fuera el dueño pudiera llegar a tiempo.

La situación dio un giro inesperado cuando, finalmente,

encontramos al dueño del gato. Resultó ser nada menos que la prima lejana de mi abuela. La coincidencia nos sorprendió a todos y, a pesar de la incredulidad, aliviarnos parte de la tensión con un momento de humor involuntario.

La noticia más reconfortante llegó después: el gato estaba recibiendo la atención médica que necesitaba. Los veterinarios trabajaron con rapidez y habilidad y, para nuestra alegría, lograron salvar la vida del gatito. Al final del día, cuando el caos se disipó y la calma volvió a instalarse en nuestra casa, me sentí abrumado por una profunda sensación de satisfacción. Había sido un día lleno de incertidumbres y desafíos, pero al mirar atrás, sabía que habíamos hecho todo lo posible para ayudar al gatito. Sentí que, de alguna manera, había hecho algo bien.

La experiencia, aunque intensa y sorprendente, nos dejó a todos con una lección valiosa sobre la importancia de la acción rápida y la empatía. Y, en medio de todo, el pequeño gato se había convertido en un símbolo de nuestra capacidad de respuesta y cuidado.

Guardianes de la paz animal: Historias de acción y esperanza.

Por: Juan José Rincón Mendoza
Institución Educativa Colegio Cofrem
Docente: Angélica María Rodríguez Durán
Villavicencio, Meta, Colombia.



Mi nombre es Juan José y vengo a contarles una pequeña historia sobre cómo una problemática animal se convirtió en un acto de fe y esperanza. En el colegio donde yo estudio, los estudiantes de tercero de primaria empezaron a darse cuenta de que había unos gatitos merodeando por los salones. Al inicio todos querían darles de comer, cuidarlos y acariciarlos, pero al cabo de un tiempo empezaron a reproducirse y todo se salió de control.

Los gatos empezaron a meterse en los baños, caminar por los techos, comerse la comida de las loncheras y algunos se volvieron agresivos al punto de atacarnos. Rápidamente, junto a mis compañeros, empezamos a proponer soluciones para dos cosas: la primera, ver cómo podíamos convivir con ellos, y la segunda, cómo podíamos ayudar a los gatos a tener unas mejores condiciones de vida, pues acá en el colegio se ven un poco sucios, delgados y hasta con los ojitos llorosos.

Decidimos organizar una campaña para promover las buenas acciones que los estudiantes deben tener frente al cuidado de estos animales; se realizaron carteles con las siguientes ideas:

1. Respeto: los niños deben aprender a tratar a los gatos con respeto. No debemos arrojarles cosas para lastimarlos ni ahuyentarlos.
2. Cuidado con las loncheras: es cierto que ellos están al acecho de nuestros desayunos y debemos ser

muy cuidadosos a la hora de tomar nuestro descanso, pero es responsabilidad de nosotros no dejar paquetes ni restos de basura con los que los gatos se puedan atragantar o lastimar.

3. Higiene: Es importante inculcar en los estudiantes que no debemos tratar de acariciar a los gatos, ya que algunos son esquivos y nos pueden atacar o nos pueden transmitir alguna especie de enfermedad.

4. Conocer las señales del gato: Enseñar a los niños a reconocer las señales de que un gato está incómodo o molesto, como el rabo erizado o el gruñido, puede ayudar a evitar situaciones conflictivas

5. Responsabilidad Alimentaria: Si queremos ayudar de vez en cuando a los gatitos para que tengan una buena alimentación, podemos pedir ayuda a los señores de mantenimiento del colegio para que en unos puntos lejos de los estudiantes, les suministren comida y agua fresca.

6. Un nuevo hogar: Por último, con ayuda de las docentes, coordinadoras y la rectora, estaremos al tanto de poder buscar un nuevo hogar para estos gatos a través de la adopción con el apoyo de diferentes fundaciones que se encuentran en nuestra ciudad.

Con estas ideas en nuestro cartel y la ayuda de 2 amigos, empezamos a pasar por los salones para difundir la información a los demás estudiantes y que ellos se

unieran a esta linda causa para mitigar riesgos relacionados con los gatos, pero sin afectar su espacio para que siguieran viviendo felices y tranquilos.

Un día, después de un largo rato, nos contactó una fundación para preguntar por la situación de los gatos y que estaban interesados en venir por los más chiquitos para ponerlos en adopción, lo cual me llenó de mucha alegría porque al fin nuestros esfuerzos por darles un mejor hogar a los gatos estaban dando sus frutos. Salí eufórico corriendo a donde mis compañeros de clase para contarles la noticia de que por fin los gatitos que nos acompañaron por casi 2 periodos iban a tener una linda familia. No se imaginan la cara de emoción y satisfacción de mis compañeros al escuchar esto; la verdad fue indescriptible.

Lo que comenzó como una actividad escolar pronto se convirtió en una lección invaluable sobre empatía y responsabilidad. No solo aprendimos sobre la importancia de cuidar a los animales, sino que también descubrimos el impacto positivo que podemos tener cuando unimos fuerzas por una causa en común. Esta experiencia me enseñó que la paz y el respeto hacia los seres vivos son valores fundamentales que pueden empezar a practicarse desde temprana edad.



Mis once perritos canositos

Por: Brayan Sneider Toloza Rojas
Docente: Gladys Yaneth Suárez Suárez
Institución Educativa Liceo Patria
Bucaramanga, Santander, Colombia



Al indagar sobre la historia de los once perritos que comparten nuestra vida, mis padres me contaron una serie de anécdotas que reflejan no solo nuestro amor por los animales, sino también la importancia de brindarles paz y cuidados.

El primer perro que recibieron fue Poison, un pitbull blanco y hermoso de tres meses que llegó a nuestro hogar en el año 2001. Esto ocurrió en el pueblo de California, Santander, conocido por sus grandes solares. A pesar de la mala fama que a menudo tienen los pitbulls, Poison desmentía ese mito. Era un perro juguetón que disfrutaba mordiendo balones, dañando ollas y rompiendo espumas. Debido a su comportamiento travieso, le compraron un bozal que le daba una apariencia más temible, lo que generó temor entre los vecinos. Mis padres pagaron alrededor de 20 balones y otros artículos, un gasto que asumieron con gusto, pues sabían que su mascota era inofensiva.

Lamentablemente, Poison contrajo moquillo canino, una enfermedad viral grave que afecta a los perros y a otras especies de carnívoros, y falleció al final del año 2012. El perrito fue enterrado en nuestro solar, y aún hoy mis padres lo recuerdan con cariño y tristeza. La pérdida de Poison subraya el impacto profundo que los animales pueden tener en nuestras vidas y cómo su bienestar es esencial para mantener una relación armoniosa y pacífica.

En el año siguiente, sumamos a nuestra familia a Lexter,

un beagle que mi tío Jorge, hermano de mi mamá, nos regaló. Lexter, con solo dos meses, llegó con un pelaje de colores blanco, negro y marrón. Era un cachorro muy dormilón y territorial, y mis padres lo colmaron de cariño. La llegada de Lexter reforzó el valor de adoptar y acoger a los animales, brindándoles un hogar lleno de amor y cuidado.

En el 2013, adoptamos a Tonny, un perro criollo de color café que encontramos en la calle cuando tenía apenas un mes. Este rescate marcó el inicio de un compromiso más profundo con la protección y el bienestar de los animales. En ese mismo período, mi papá vivió una experiencia conmovedora. Mientras maniobraba su vehículo en reversa, sintió que la llanta trasera pasó sobre un bulto y escuchó aullidos de dolor. Al detenerse y bajar del carro, descubrió a una perrita herida. La dueña salió y reclamó, pero al enterarse de que el perro se llamaba Sacha, mi papá decidió intervenir. Como en California no había veterinarias, llevaron a Sacha a Bucaramanga, donde fue hospitalizada durante tres días. Regresó al pueblo para continuar su recuperación.

La dueña propuso venderle a Sacha, y mis padres aceptaron. Este acto de compasión y solidaridad demuestra cómo cada gesto de cuidado puede cambiar la vida de un animal, subrayando la importancia de ofrecer ayuda a quienes más lo necesitan.

Fue en los años siguientes cuando recibimos a Tonny, Esponja, Leona, Luna, Luciana, Layon, Mia y Minina,

todos rescatados de la calle. Con ellos, sumamos un total de once perros: cuatro machos y siete hembras. Debido al número de mascotas, mis padres decidieron esterilizarlos para evitar más crías. Sin embargo, Mia nació de Leona y se desconoce quién era el padre. El parto fue asistido por mi papá, quien aprendió sobre cuidados veterinarios de manera autodidacta. Esta experiencia subraya el compromiso de mis padres con el bienestar animal, demostrando que la dedicación y el amor pueden superar desafíos significativos.

Estamos agradecidos de tener un espacio amplio en nuestra casa, ya que las viviendas en el pueblo suelen contar con grandes solares. Toda la familia colabora para apoyar en la logística necesaria para el cuidado de los perros. Aunque algunos vecinos se estresan cuando todos ladran a la vez, una ventaja es que los perros protegen la casa. Este ambiente también ofrece un refugio seguro para nuestros amigos de cuatro patas, destacando la importancia de proporcionar un entorno adecuado y pacífico para su bienestar.

Mi papá también me contó sobre Minina, una perrita que llegó en el año 2022 tras la muerte de su dueña, Anita. Una mañana, un vehículo fue a recoger a Anita para llevarla a una cirugía urgente en Bucaramanga, pero la encontraron inmóvil, sin respirar, en la cocina. Mi papá, amigo cercano de Anita, se enteró de su fallecimiento y se dirigió a su casa. Durante el día, observó cómo se repartían algunas pertenencias y animales. Vio a una pequeña, negra, con orejas largas y

muy territorial. Nadie parecía querer quedarse con ella; mi papá se ofreció y la adoptamos. Nadie se opuso; así fue como Minina llegó a nuestras vidas. Este acto de generosidad resalta la importancia de ofrecer un hogar a los animales desamparados y cómo cada acción de paz y cuidado puede transformar vidas.

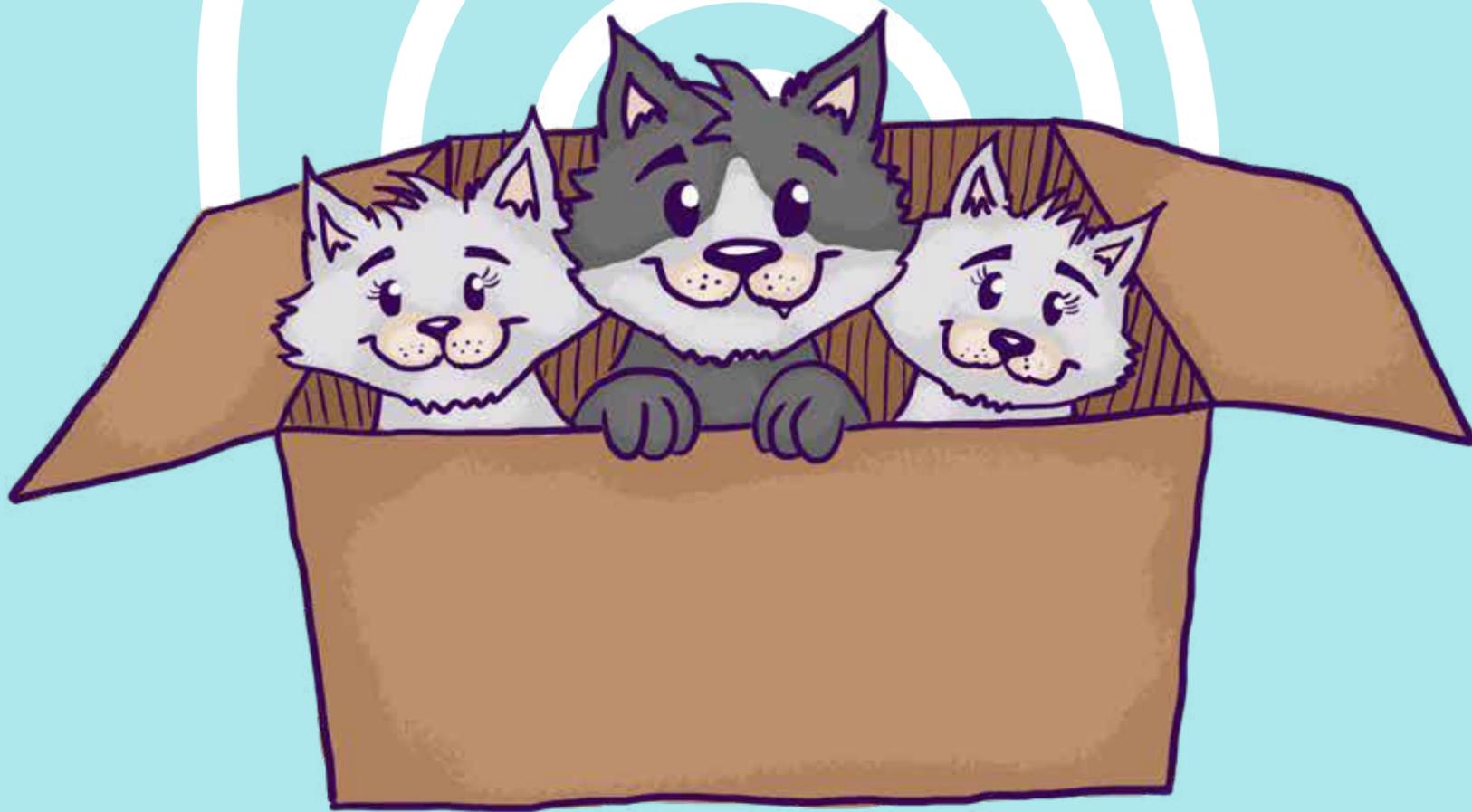
De las once mascotas originales, solo quedan ocho debido al fallecimiento de tres. Aunque mantenerlos no es fácil, mis padres los cuidan con gran dedicación y cariño. Me enorgullece ver cómo mi familia se esfuerza por brindarles el mejor cuidado posible y valoro profundamente su compromiso con el bienestar de nuestros amigos de cuatro patas. Este compromiso no solo mejora la vida de los animales, sino que también enriquece la nuestra, enseñándonos el valor de la empatía y la responsabilidad hacia todos los seres vivos.



Vidas paralelas: historia de animales que nos inspiran.

**En honor a mis mascotas, gracias a ellas comprendí
que afuera existe un mundo que nos pertenece a todos.**

Por: Marianne Gómez Herazo
Docente Juan Bautista Argel Pastrana
Institución Educativa José Celestino Mutis
Pueblo Nuevo – Córdoba- Colombia.



Un día de junio del año 2021 me desperté pensando lo hermoso que sería vivir en un mundo lleno de fantasías, donde todos pudiéramos compartir la misma alegría, el mismo cielo, una única sonrisa que ilumine cada día con el resplandor brillante de una bella compañía. Y entonces, evocé ese maravilloso día, de brisa suave, de eterna primavera, de hojas secas adheridas en la tierra. Había salido en mi caminata matutina; el sol en lo alto prometía luz para reverdecer las plantas y florecer los jardines. Y agradecí a la naturaleza por tanta perfección. Aún después de la pandemia, la mañana seguía siendo uno de esos momentos mágicos cuando no sabes si todo es realidad o es simplemente un sueño.

Entonces escuché como débiles maullidos rompieron el silencio y los vi en medio de tan hermoso paisaje; tres gatitos indefensos luchando por su vida, abandonados a su suerte entre la maleza. Mi instinto conservador me motivó a recogerlos y llevarlos a casa. —¡Me encontré unos gaticos! —grité. Recuerdo la voz de mi tía y mi madre diciendo: "No te irás a quedar con ellos".

Pero en realidad solo escuché mi propia voz, y contesté: "Voy a bañarlos y darles de comer; luego les buscaremos un hogar". Y mientras lo hacía, sentí que por primera vez en mi vida, a mis 11 años de edad, me estaba enfrentando a una cruda y triste realidad: el abandono de los animales. ¿Cómo alguien pudo dejarlos a su suerte viendo lo indefensos que estaban, temblando por el frío, sin el calor de su madre? Y fue entonces cuando comprendí lo injustos que podemos ser con

ellos y la naturaleza, que a pesar de que nos brinda tanta biodiversidad, algunos lo ignoramos y no le damos el valor que se merece. porque tal vez no conocemos el dolor del abandono. Que puede tornarse tan negro como la noche.

A pesar de todo, comprendí que de nada serviría lamentarme, que aún tenía tiempo para actuar y ayudar a construir un mundo en que todas las formas de vida sean valoradas y respetadas. Juntos podemos marcar la diferencia y asegurarnos de que todos los animales y plantas (todo ser vivo) tengan una vida digna, libre de sufrimientos. Mi pregunta es cómo lo lograremos. Creo que lo primero es concientizarnos del daño que causamos al ecosistema y hacer las paces con la naturaleza. Para seguir soñando con un mundo mejor, donde podamos respirar aire puro. Realizar campañas en nuestro entorno: comunidad, colegios, sembrar un árbol, aprender a reciclar, realizar trabajos constantes para la generación de cambios culturales en relación con los animales, a través de pedagogía comunitaria y familiar, con el fin de fomentar acciones cotidianas que construyan una sociedad más empática, logrando ese equilibrio con la naturaleza, la cual nos brinda tanta belleza y oportunidades. Solo así podemos encontrar la paz con nosotros mismos y con otros seres vivos.

Mientras hacía estos razonamientos, entiendo que esa anhelada paz y armonía que le debemos a la naturaleza debe empezar por mí, en mi entorno, en mi hogar. Aferrándome a esos motivos y a mis principios,

convencí a mi familia de quedarnos con los gaticos. "Pero los cuidas tú", dijo mi mamá; además, ya teníamos una mascota, un perro que también encontramos en la calle. Llegó a nosotros pequeño e indefenso; su astucia e inteligencia son impresionantes. Lo llamamos Euro. En esos momentos supe que esos gatitos necesitaban de mí y yo de ellos; era el momento de emprender el aprendizaje para ayudarlos y empezar a convivir bajo un mismo techo.

Lo primero fue llevarlos a un veterinario de mi comunidad, aplicarle sus respectivas vacunas, desparasitarlos, darles una alimentación adecuada y escuchar algunos consejos y sugerencias. Luego, entre todos, buscamos los respectivos nombres para identificarlos, aunque eran de la misma edad; uno era más grande que los otros: era un macho. A este lo llamamos London; las otras dos eran hembras, Loly y Frida, y eran igualitas, con su pelaje gris con blanco y cola de angora. Estaban rodeados de cariño; yo solo esperaba llegar a mi casa del colegio y mirar cómo habían crecido. Y solo con escuchar mi voz salían a mi encuentro y me acariciaban con sus suaves pelos.

Es tan fácil brindarles amor y cuidado a los animales y se sorprenderían al saber todo lo que podemos aprender de ellos; nos volvemos un poco más humanos, porque son tan agradecidos, escuchan nuestra voz y siguen nuestros pasos, igual que un niño siguiendo el ejemplo de sus padres. Podemos comunicarnos con ellos y entender sus necesidades y, lo más agradable a veces,

me encuentro contándoles cualquier cosa. Y siento que me entienden y que me aman como yo a ellos. Desde allí supe del amor por las mascotas. Y la paz que nos generan cuando compartimos con ellos. Euro, el perro, no se queda atrás; aprendió a compartir con los gatos como si fueran de la misma raza o fueran hermanos, se volvió su cuidador y los protegía de otros gatos que a veces se metían a comer sus alimentos.

Un día Euro se perdió. Yo no entendía por qué, si él era tratado como un miembro más de nuestra familia. Tenía cuidados y un lugar cálido y cómodo para dormir; luego supe que le había llegado la edad de estar en celo, me lo explicó el veterinario, era cuestión de entender y esperar algunos días que regresara. Efectivamente, regresó al cabo de ocho días, llorando en la puerta como un niño arrepentido, flaco y hambriento. Había una opción para que esto no volviera a ocurrir; era la castración canina. Sentí temor de que la próxima vez sufriera con los peligros de la calle; por lo tanto, esta era una opción lógica. Desde entonces no sale de la casa, nos cuida y cuida a los gatos como si fueran sus hijos. He aprendido tantas cosas gracias a mis mascotas; tienen necesidades básicas igual que los seres humanos, son seres sensibles que deben disfrutar de una vida feliz y saludable. Por lo tanto, su bienestar depende de darles un lugar seguro, comida, salud; ellos también merecen una vida digna. Cada especie animal tiene comportamientos naturales que le permiten expresarse. Por ejemplo, los perros incluyen correr, olfatear, cavar y jugar. Y los gatos acechar, trepar y cazar.

El año pasado mi gata Frida salió embarazada y fue impresionante cómo comunicó el momento de parir. Al transcurrir las nueve semanas se volvió inquieta; naturalmente, ya le teníamos un lugar cómodo para el parto, pero ella optó por escoger su propio lugar; ya el veterinario nos había advertido de no estresarla. Ese día no quiso comer y con sus maullidos nos comunicó que había llegado la hora; se cobijó en su lugar especial y fui testigo de cómo salió primero uno y luego el otro gatito, en un intervalo más o menos de media hora, cómo los limpió con su propia lengua y cómo se comió las placentas. Con sus dientes partió el cordón umbilical; los protegía y alimentaba. Era una escena fascinante y tierna; supe que su instinto maternal la ayudaría a ser una buena madre. Amamantó a sus gatos por unos meses; ella los limpiaba comiéndose su excremento, hasta que abrieron sus ojos a su propio mundo y se valieron por sí solos. También les colocamos nombres: Oliver y Félix. Aún están a mi lado, traviesos y felices.

Es hermoso ver cómo conviven, cómo juegan, cómo se cuidan entre ellos, cómo hacen sus necesidades y tapan sus excrementos. Casi puedo comparar sus comportamientos con nuestras vidas. Sus tíos London y Loly se quedaron con mi tía cuando nos mudamos a nuestra propia casa. En un principio mi tía dijo que no se quedaría con ellos, pero lloró cuando me los llevé; entonces regresaron con ella. Ahora los mal acostumbra y duermen en su cuarto.

A Frida la perdimos, fue un olvido, lamentable no

haberla esterilizado a tiempo; como dice mi abuela, "se enamoró y se fue". Y, a diferencia del perro, ella no volvió. Por eso no debemos descuidar ningún detalle con el cuidado de nuestras mascotas, porque también tienen sus propios instintos y los siguen... Hoy, a mis 14 años, continúo disfrutando de ellos con mucha más experiencia sobre el cuidado de las mascotas; rescaté otros dos gatos. Por eso los invito a adoptar un animalito de la calle, a no abandonarlos, a cuidarlos con amor, que nos quede la sensación de permitirles conocer la bondad humana, de generar en nuestro entorno un ambiente sano y digno donde juntos podamos tener vidas paralelas, protegiendo a los animales con armonía, alegría y paz para poder vislumbrar en un futuro un mundo mejor lleno de realidades y fantasías.



Cuatro patas y un balón

Por: Kevin Duvan Castillo Virguez
Docente: Delys Redondo Sáez
Institución Educativa Villanueva
Valencia, Córdoba, Colombia



¡Escucha aquí el podcast!

Eran las 9:00 am y las puertas del estadio ya estaban llenas; se podía sentir la pasión de los aficionados esperando a su equipo favorito. Pasaron algunas horas; la larga espera se lentificaba. A las 12:00 del mediodía, el sol comenzó a brillar con mayor fuerza y el calor no se hizo esperar. A pesar de esto, el entusiasmo de los asistentes no disminuyó; algunos comenzaron a comprar botellas de agua e incluso a mojarse unos a otros para refrescarse y en especial para divertirse con el desorden.

Alrededor de las 3:00 de la tarde, por fin, abrieron las puertas del estadio. La pasión de la gente se desbordó; todos querían encontrar el mejor lugar donde poder disfrutar de este partido de fútbol que tanto habíamos estado esperando. Una ola de colores sonaba en las graderías.

Delante de mí sentí que había como mil personas. Cuando fue mi turno para ingresar al estadio, me tocó caminar a pasos cortos y con mucho esfuerzo para evitar pisar a alguien al frente; miré hacia los lados del este, a lo lejos en busca de un respiro, vi un perrito que apenas se sostenía de pie, estaba muy débil, deshidratado, acalorado. A simple vista se notaba que necesitaba ayuda.

En ese momento no supe qué hacer; delante de mí, a los lados, detrás, había gente por montón. Me atormentaba la idea de pensar que, si me desviaba, no encontraría uno de los mejores lugares para ver el partido, pero no

aguanté, decidí ayudar al perrito, salí como pude de esa estampida de aficionados, le puse agua, comida y mantuvimos una pequeña charla de confianza. Después de esto, fui a ver el partido; no tenía la mejor vista, pero ya no me importaba.

El alboroto de la hinchada de los dos equipos era increíble. Pasado el primer tiempo, a mi equipo le hicieron dos goles, algo que calentó el ambiente en la hinchada. La situación se volvió tensa, los ánimos de peleas incrementaron, el bullicio, gritos y desorden no se hicieron esperar. No puedo negar que sentí mucho temor y traté de alejarme hacia una de las salidas. La temperatura había aumentado y no precisamente por la humedad y el calor.

Cuando pensé que las cosas se habían salido de control, en medio del tenso partido apareció un milagro: el perrito que yo había ayudado hace un par de horas se metió al campo de juego corriendo detrás del balón de fútbol. Todos los hinchas quedaron sorprendidos y empezaron a gritar, a chiflar, a reír y a saludar cariñosamente al perro. El árbitro no pudo más que pitar el final del partido, pero a nadie le importó; el marcador pasó a otro plano, el centro de atracción ya no eran los jugadores de los equipos, ni el enojo, sino el perrito. La temperatura bajó, el ambiente cambió, todos lo querían a él. Al final yo me fui feliz para mi casa, no porque mi equipo había perdido, sino porque aquel perrito débil había conseguido un nuevo hogar donde vivir.

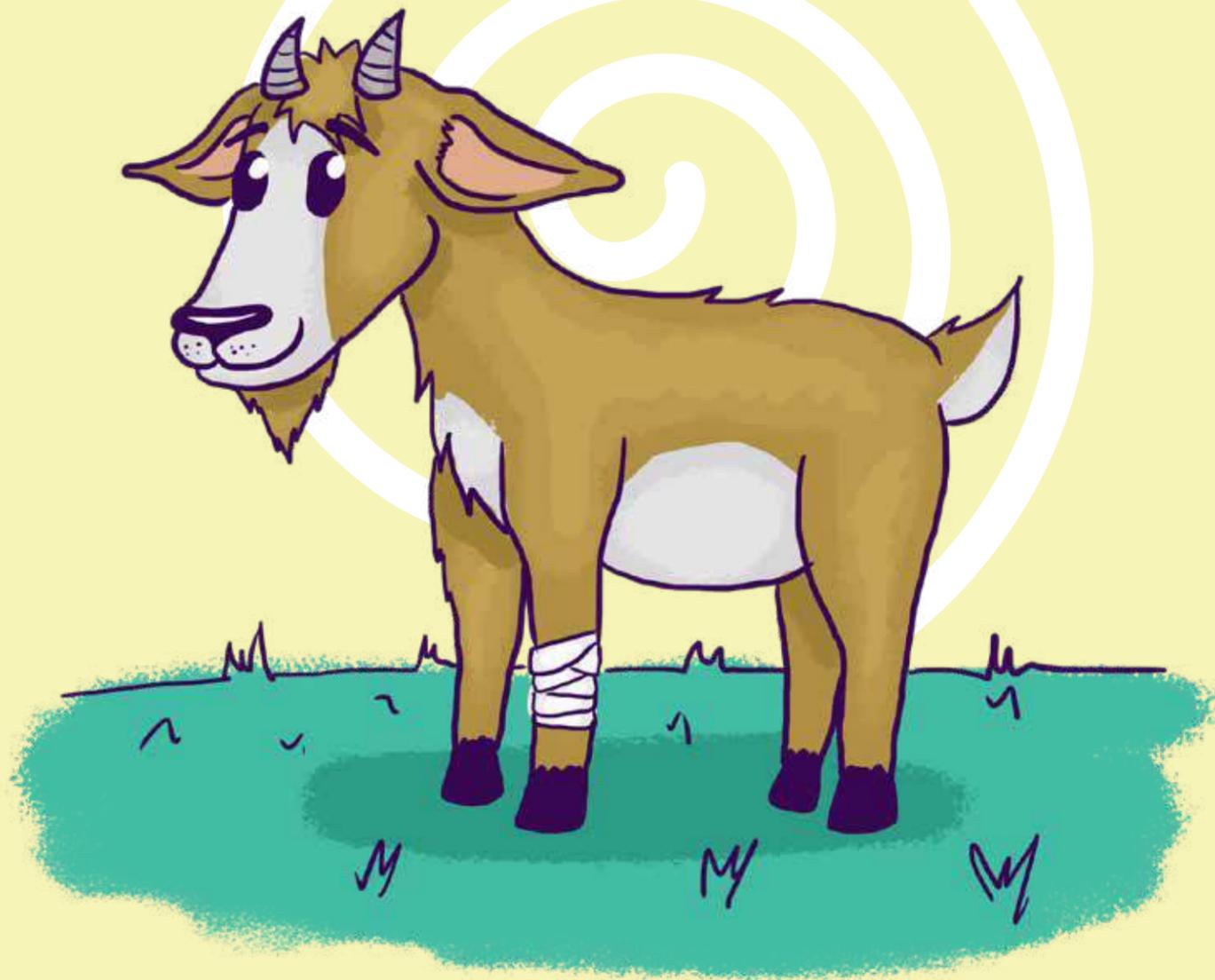
Max, mi amigo fiel

Por: Ana Sofía Solís Parra

Docente: Graciela Pérez Aguas

Institución Educativa Técnica Agropecuaria Calixto Díaz Palencia

Magangué, Bolívar, Colombia



El 6 de abril de 2023, mi padre venía de trabajar en el monte; para ese entonces él cultivaba yuca, maíz y plátano; con eso sobrevivíamos en casa. Él venía montado en su burro trayendo consigo un gajo de plátanos, cantando como siempre con su tabaco en la boca, cuando de pronto divisó algo a lo lejos. ¿Eché a andar más rápido al animal para ver de qué se trataba? Poco a poco se fue acercando. Una vez que estuvo en el lugar, se bajó del asno y vio que era un corderito (cría del carnero). Nunca nos enteramos de dónde salió o a quién se le escapó. Estaba todo sucio y malherido en sus patas. Mi papá lo recogió y lo llevó a nuestra casa. Mi madre, al verlo, le dijo: "¿De quién es ese animalito?" Él respondió: "Lo encontré en el camino como si me estuviera esperando para que lo ayudara y no tuve corazón para dejarlo tirado allí".

Horas más tarde, regresaba del colegio y, al entrar, tiré la mochila de los cuadernos y abracé al carnerito con mucha ternura. No me importó que estuviese sucio y maltrecho; yo amo los animales, especialmente si son pequeños y necesitan ayuda. De inmediato corrí a buscar una totuma con agua y un pedazo de jabón que mi madre había dejado en el lavadero. Lo limpié con mucho cuidado y traté de darle algo de leche en un tetero viejo que había quedado de mi primito cuando vino a visitarme mi tía. Pero noté que el carnerito no podía tragar y tampoco podía caminar, ni siquiera podía emitir sonido de llanto. Me puse muy triste. Mientras lo acariciaba, le pregunté a mi madre: "¿Se va a morir?" Ella, dulcemente, me respondía: "Vamos a cuidarlo y con

la ayuda de Dios se salvará". Me aferré a las palabras de mi madre y fue así como me convertí desde ese día en el ángel guardián de mi carnerito.

Pasaron varios días y después de mucha búsqueda de nombres decidimos llamarlo Max como mi abuelo. Bueno, en realidad, mi abuelo se llamaba Maximiliano, pero todos lo llamaban Max. Él se fue al cielo hace un año, dejándome un gran vacío en mi corazón. Vacío que vino a llenar Max, como finalmente le pusimos por nombre. Sin embargo, la felicidad no era completa; por más cuidado que le daba a Max, no demostraba mejoría, y eso me tenía muy triste.

Varias semanas después de la llegada de Max a nuestras vidas, escuché que había llegado un joven que estudió Veterinaria y que iba a pasar varios días en casa de mis tíos. Mi padre me dijo que él quizás podría ayudarnos con la extraña enfermedad de Max. Me puse muy feliz. Por fin sabría qué era lo que le ocurría a Max y qué podría sanarlo.

Ese mismo día fui a casa de los vecinos para preguntarle al joven si podía curar a mi Max. El muchacho me sonrió y me dijo: "Primero debo verlo y examinarlo". Corrí a casa a buscarlo enseguida. El doctor lo observó y, después de unos minutos, les dijo a mis padres que Max padecía una enfermedad del hígado y que requería de muchos cuidados y unos medicamentos. Además, tenía un hueso roto en su pata delantera y que por eso no podía sostenerse en pie y que debía fijarle el hueso con yeso

para que soldara el hueso de la pata. No entendía. ¿Acaso yo no lo estaba cuidando bien? ¿Por qué no mejoraba? Muchos interrogantes rondaban en mi cabeza.

Esa tarde estuve muy triste. Mi mamá, al verme así, me envió a casa de mi abuela a buscar algunas hierbas y un mentol para prepararle una cataplasma y envolverle la patita enferma a Max. Ella me decía que esto le ayudaría con la inflamación. Hasta ese momento Max no podía aún sostenerse en pie debido a las peladuras y la hinchazón en su pata delantera.

Al día siguiente, mi padre iría a la ciudad de Magangué a comprar los medicamentos que le recetó el doctor para el tratamiento de Max. Pero, primero debía vender el maíz y las yucas, pues no tenía dinero, y en la farmacia le dijeron que esa caja de medicina le costaba \$ 45.000 y el doctor le había recetado 2 cajas de esas inyecciones. Además, debía comprar algunas gasas y yeso para cubrirle la pata a Max, pues, según el doctor, Max también tenía un hueso de la pata roto.

Eran las 2:30 de la tarde; yo estaba sentada en la puerta, esperando la llegada del carro de pasajeros, pues ahí vendría mi padre y las medicinas de Max. Las horas iban transcurriendo y mi corazón latía cada vez con más fuerza; parecía que se me iba a salir. Mi abuela llegó en ese momento y nos dijo que le habían dicho que el carro estaba varado en el camino. —¡No puede ser! —grité. Ese día Max no había levantado cabeza; sus ojos

se veían amarillos y su cuerpecito se veía de un aspecto transparente; podía contar sus costillas. Intentaba darle agua en el teterito, pero igual se le salía por un lado de la boca. Le hablaba mientras le acariciaba su barriguita, pero Max lucía agonizante, parecía como si estuviera muriendo.

Iba cayendo la noche cuando mi madre me llamó a cenar. Ese día hasta el apetito se me quitó. No quise separarme de Max hasta que me venció el sueño y empecé a soñar que Max era mi amigo fiel. Que había sanado y que jugábamos todo el tiempo. Corríamos por la orilla del río, por los lados de la ciénaga y por las calles mientras le hacía los mandados a mi madre y a mi abuela. Recuerdo que un día me lo llevé hasta el colegio. Él estaba tan acostumbrado a mí que me seguía por todas partes. Todos en el pueblo lo admiraban cuando nos veían pasar y comentaban en voz baja: "Mirá ese animal, cómo está tan apegado a Anita y ella a él". A mí no me importaba lo que murmuraban. Ese animalito, además de llenar el vacío que me dejó la partida de mi abuelo, también vino a convertirse en mi salvador porque mi vida era horrible en el colegio.

Antes de la llegada de Max, mis compañeros se burlaban de mí por mi estatura. Yo era la más alta del salón y todos me gritaban: "¡Jirafa, Jirafa!" Yo me ponía muy triste y empezaba a llorar; me sentía muy sola porque nadie quería jugar conmigo. Pero todo esto cambió desde el día en que mi padre trajo a Max a nuestra casa. Ese día fue el día más feliz de mi vida. Ya no

me importaba si no tenía amigos del colegio, pues mi amigo Max jugaba conmigo y se había convertido en mi amigo fiel y mi gran compañía. No me juzgaba por mi estatura ni me hacía a un lado.

Un día en que celebraban el Día de la Familia en mi colegio, le pedí el favor al rector de que me dejara traer a Max, pues él era como de la familia. Al principio él se negó, pero, al rato, pude convencerlo proponiéndole que lo mantendría en el patio para que los niños más pequeños se entretuvieran porque él era muy juguetón. Como el rector tenía una gran amistad con mis padres, finalmente y después de mucho insistirle, aceptó a regañadientes. Ese día Max fue la sensación en la celebración del Día de la Familia en El Caldipal (I. E. Calixto Díaz Palencia). Los compañeros que antes me trataban de jirafa y me habían hecho acoso escolar se acercaban a mí para pedirme que los dejara jugar con Max, mi carnerito fiel. Ahora, todos querían ser mis amigos, jugar conmigo y hasta me invitaban a sus casas con la condición de que llevara a Max. Yo, amablemente, aceptaba sin guardar rencor. Ahora todo era felicidad. Gracias a Max.

Mientras jugaba y bailaba alrededor de Max. Sentí una voz a lo lejos que me llamaba: "¡Anita, Anita, hija!". ¡Ya llegó tu papá con la medicina para Max! En ese momento desperté de sopetón. Eran las 10:00 de la noche. Miré a mi alrededor. Ahí a mi lado estaba Max moribundo y fue entonces que caí en cuenta de que me había quedado dormida, que todo lo vivido con Max en

la ciénaga, en la orilla del río y hasta en la celebración del Día de la Familia había sido solo un sueño. Que Max todavía seguía enfermo.

Al día siguiente, bien temprano llamamos al joven veterinario para que le pusiera las inyecciones a Max. Este, después de inyectarlo, le hizo una sutura con la gasa y el yeso para fijarle el hueso roto. Día tras día, Max fue presentando mejoría. Con el cuidado y el amor de mis padres y el mío, Max mejoró notablemente.

Después de dos meses, ya Max empezaba a sanar de su patita y hacía pininos con mi ayuda; comía y bebía todo lo que le traía mi padre. Mi madre le continuaba preparando el ungüento de la abuela en su patita y yo la ayudaba a alimentarlo. Pasaron seis meses y fue así como Max se convirtió en un carnero mayor. Cada vez más hermoso, su pelaje le cambió, su hígado sanó y ahora corría conmigo por la ciénaga, por la orilla del río, tal y como lo había soñado.

Doy gracias a Dios por haber sanado a mi mascota fiel; a mis padres, agradecimientos infinitos por ayudarme a cuidarlo; a mi profesora y a Ojitos lectores, por haberme dado la oportunidad de convertirme en una escritora de crónicas.

Mil y mil gracias.

Natalia y su cachorrito Rayo

Por: Marvel Brillht Castillo Páez
Institución educativa Siglo XXI
Tauramena, Casanare, Colombia



Era el 14 de agosto de 2023, un lunes cuyo amanecer llenaba de luz dorada las calles y parques de la ciudad. El aire fresco de la mañana prometía un día tranquilo, ideal para disfrutar al aire libre antes de que el calor del mediodía se impusiera. Natalia, una adolescente de dieciséis años con un amor profundo por los animales, se preparaba para su habitual paseo matutino. Desde muy pequeña, había desarrollado una sensibilidad especial hacia los seres vivos, un sentido de conexión y responsabilidad que la distinguía entre sus amigos.

A las 9:30 a.m., Natalia salió de su casa con su mochila al hombro, en la que siempre llevaba una botella de agua, un libro y una pequeña bolsa de golosinas para los perros callejeros que a menudo encontraba en sus caminatas. El parque central, un refugio verde en medio de la bulliciosa ciudad, era su destino favorito. Los altos árboles y las flores que bordeaban los senderos le brindaban un escape perfecto del estrés cotidiano. Al llegar al parque, Natalia notó que ese lunes tenía una atmósfera particularmente serena. Era como si el mundo estuviera en pausa, permitiéndole disfrutar del sonido del viento entre las hojas y el canto de los pájaros. Decidió tomar un camino menos transitado, un sendero que serpenteaba por una zona más apartada del parque, donde rara vez se encontraba con otras personas.

Caminó durante unos minutos, permitiéndose perderse en sus pensamientos y disfrutar de la tranquilidad. Aproximadamente a las 9:45 a.m., mientras avanzaba

por el sendero, su mirada se posó en una caja de cartón a un lado del camino, semioculta entre unos arbustos. La caja estaba algo deteriorada, con las esquinas húmedas por el rocío de la mañana. Natalia sintió una curiosidad mezclada con inquietud; en su experiencia, las cajas abandonadas rara vez contenían algo bueno. Sin embargo, algo en su interior la impulsó a acercarse. Cuando se inclinó para abrir la tapa, su corazón dio un vuelco. Dentro de la caja, acurrucado y temblando de miedo, había un pequeño cachorro. Era un perrito de pelaje enredado, sucio y con los ojos grandes y asustados, que miraba a Natalia con una mezcla de desconfianza y esperanza. La visión le causó un nudo en la garganta; no podía imaginar cómo alguien podría abandonar a una criatura tan indefensa.

A las 9:50 a.m., Natalia, sin dudar, tomó al cachorro en sus brazos. El pequeño se acurrucó contra ella, buscando el calor que tanto le había faltado durante la noche fría. Mientras lo sostenía, Natalia sintió una mezcla de compasión y enojo. ¿Cómo era posible que alguien hubiera dejado a un ser tan vulnerable en una situación tan peligrosa? Pensó en las campañas de adopción que había visto, en los mensajes que promovían la responsabilidad hacia las mascotas, y se prometió a sí misma que haría todo lo posible por proteger a este cachorro.

Con el perrito en brazos, Natalia comenzó a caminar de regreso a su casa. Eran cerca de las 10:00 a.m., y aunque el sol ya empezaba a calentar, ella apenas lo notaba,

absorta como estaba en sus pensamientos. El camino de regreso le dio tiempo para reflexionar sobre la situación. Se preguntaba cómo el cachorro había llegado a esa caja, quién lo había dejado ahí y por qué. ¿Había sido un acto de desesperación o simplemente de crueldad? Natalia no tenía respuestas, pero sabía que ahora tenía una responsabilidad. Llegó a su casa alrededor de las 10:10 a.m. Su familia, que conocía bien su amor por los animales, la recibió con una mezcla de sorpresa y preocupación. Su madre, al ver al cachorro, entendió de inmediato lo que había sucedido y, sin hacer preguntas, se puso manos a la obra para ayudar. Prepararon un lugar cómodo para el perrito y le dieron un poco de agua y comida. El pequeño comió con avidez, dejando claro que llevaba tiempo sin recibir un cuidado adecuado.

A las 10:30 a.m, Natalia y su madre llevaron al cachorro al veterinario más cercano. El doctor, un hombre de mediana edad con una actitud calmada y profesional, examinó al cachorro con cuidado. Confirmó que, aunque el perrito estaba sucio y asustado, su salud general era buena. Sin embargo, necesitaba cuidados básicos como una buena alimentación, un baño y mucho cariño para recuperarse completamente.

Natalia escuchó atentamente las recomendaciones del veterinario, decidida a hacer todo lo necesario para darle al cachorro la mejor vida posible.

Durante los siguientes días, Natalia y su familia dedicaron tiempo y esfuerzo a cuidar de Rayo, como

decidieron llamarlo. El nombre lo eligieron por su energía y rapidez, características que comenzaron a emerger a medida que se sentía más seguro en su nuevo hogar. Lo bañaron, cepillaron su pelaje y le proporcionaron un lugar cálido donde dormir. Rayo, que al principio era tímido y temeroso, pronto comenzó a mostrar su verdadero carácter: un cachorro juguetón y lleno de vida. La experiencia de rescatar a Rayo tuvo un impacto profundo en Natalia. No solo había encontrado un nuevo amigo, sino que la situación la había hecho más consciente de la importancia de la compasión y la responsabilidad hacia los animales. Decidió que su deber no terminaba con el cuidado de Rayo; quería hacer más para ayudar a otros animales en situaciones similares.

Comenzó a investigar sobre organizaciones locales de rescate y refugios, y se ofreció como voluntaria en varias de ellas. Natalia también tomó la decisión de compartir su historia con otros. A través de las redes sociales y en eventos comunitarios, comenzó a hablar sobre la importancia de la adopción y el cuidado responsable de las mascotas. Quería asegurarse de que su historia inspirara a otros a tomar acción, a no ser indiferentes ante el sufrimiento de los animales. Cada vez que contaba cómo había encontrado a Rayo en aquella caja de cartón, notaba cómo la gente se conmovía y comenzaba a pensar de manera diferente sobre el abandono de animales.

Con el tiempo, Natalia organizó varias campañas de

concientización en su comunidad. Una de las más exitosas fue una jornada de adopción en el parque central, donde había encontrado a Rayo. Contactó con varios refugios locales y logró reunir a muchas personas interesadas en adoptar mascotas. Durante el evento, compartió su experiencia y animó a los asistentes a considerar la adopción como una opción para dar una segunda oportunidad a animales que lo necesitaban. Fue un éxito rotundo, y muchos animales encontraron un nuevo hogar ese día.

Natalia también empezó a colaborar con escuelas locales, ofreciendo charlas sobre la importancia del bienestar animal. Se dirigía a los estudiantes, enseñándoles a ser responsables y a tratar a los animales con el respeto y el cuidado que merecen. A través de estas charlas, esperaba sembrar en las nuevas generaciones el amor y la empatía que ella sentía por los animales. Quería que los niños comprendieran que los animales no son objetos desechables, sino seres vivos que sienten y dependen de nosotros.

Rayo, mientras tanto, se convirtió en un símbolo de esperanza y transformación. Su historia pasó de ser la de un cachorro abandonado a la de un perro amado y protegido, y cada día con él recordaba a Natalia por qué era tan importante su misión. A medida que Rayo crecía, también lo hacía el compromiso de Natalia con la causa animal. Cada vez que miraba a Rayo correr feliz por el jardín, sentía una profunda gratitud por haber seguido su corazón ese día en el parque.

La caja de cartón, que al principio representaba el abandono y la indiferencia, se había transformado en un símbolo de cambio y renovación. Natalia sabía que aún quedaba mucho por hacer, pero también sabía que cada pequeña acción contaba, que cada vida rescatada era una victoria. Su historia con Rayo se convirtió en un testimonio de lo que podía lograrse con amor, compasión y un sentido de responsabilidad.

Así, lo que comenzó como un simple paseo por el parque se convirtió en un viaje de aprendizaje y transformación. Natalia entendió que no podía salvar a todos los animales, pero también comprendió que no debía subestimar el poder de salvar a uno. Con cada acto de bondad, estaba contribuyendo a un mundo donde los animales eran tratados con el respeto y el cuidado que merecen. Y en ese mundo, Rayo, el cachorro encontrado en una caja de cartón, siempre sería su inspiración.



Hola, soy Teo

Por: Bladimir Caspud

Docente: Johana Paz Guerrero

Institución educativa instituto Teresiano

Túquerres, Nariño, Colombia



Hola, soy Teo, nací en una vereda donde mi madre dio a luz a ocho cachorros; uno de esos soy yo. Un día llegó un señor y me llevó a su casa; era una casa muy grande. Mis nuevos amos se llamaban Vladimir, Viviana y Olmer.

Me quedé con ellos 15 meses. Era muy juguetón y a veces dañino; lo que encontraba en el suelo lo dañaba. Un día dañé un pantalón de mi amo Olmer y Viviana se puso muy furiosa; me regañó. Ella quería que me regalaran, pero mis Olber y Vladimir decidieron que no. Vladimir me iba a enseñar a ser más juicioso. Cuando yo hacía algún daño, mi amo me reprendía con un periódico.

Pasaron los meses y años y un día mi amo salió a darme una vuelta. Yo me le solté, pasó una camioneta y me atropelló. Todos gritaban "¡Cójalo, cójalo!". Mi amo me alzó en una chaqueta y rápidamente me llevó al veterinario. Nos demoramos aproximadamente 15 o 20 minutos. Me pusieron unas inyecciones llamadas anestesia; luego de eso no recuerdo nada, no recuerdo cuando salí o si mis dueños entraron a verme. Donde yo estaba, mi amo sí se puso a llorar; o más bien, no sabía por qué lloraba. El veterinario les dijo que mi recuperación era muy dura; que sería difícil volver a caminar. Mis dueños me llevaron a la casa; no podía pararme ni siquiera hacer mis necesidades.

Pasaron los días y después de 8 meses, volví a caminar. Mi amo Vladimir me ayudó mucho; después de un tiempo ya podía, con la ayuda de mi amo. Hice terapia,

pasaron 8 meses más y ya por fin andaba corriendo. Hasta que un día llegó el señor que me atropelló; yo me le tiré a morderlo, pero mi amo me detuvo. El señor decía que había venido a ofrecer su ayuda con las terapias que estaba haciendo, pero a mí solo me faltaban ocho o nueve sesiones. El señor decía que quería negociar con mi padre humano mientras yo solo estaba gruñéndole; hasta que dañé la puerta, salí y lo mordí.

Pasaron los días y él regresó. Mi amo salió de la casa y negociaron; gracias a esto me pudieron hacer la operación que necesitaba. En ella me pusieron unas platinas en las patas traseras, y pude volver a casa como un perro normal, como si no me hubiera pasado nada. Al poco tiempo tuve mis primeros cachorros con una perrita llamada Manchas. Y, hoy en día, vivo en una vereda llamada Arrayán Salado.

Del abandono al amor: La historia de Lukas, un perrito en el colegio.

Por: Nicolle Mileth Medina Moreno

Docente: Eddy Alfonso Valderrama Lozano

Institución Educativa Departamental Mixto Antonio Ricaurte
Puerto Salgar, Cundinamarca, Colombia



En un día común y corriente, en los alrededores de un colegio bullicioso y lleno de vida, la historia de un pequeño perrito llamado Lukas comenzó a escribirse con tintes de abandono y soledad. Su pelaje canela y sus ojos tristes reflejaban la desolación de haber sido dejado a su suerte por aquel que alguna vez prometió cuidarlo y protegerlo. Lukas, con su mirada perdida en un mundo desconocido y hostil, buscaba desesperadamente un destello de esperanza en medio de la incertidumbre que lo rodeaba. Fue entonces cuando una profesora compasiva, alertada por los débiles quejidos del pequeño perrito, salió en su búsqueda y lo encontró acurrucado bajo un arbusto, tembloroso y desconfiado.

Conmovida por su situación vulnerable, la docente envolvió a Lukas en una manta y lo llevó al colegio, donde la noticia de su abandono conmovió los corazones de todos los presentes. Estudiantes y profesores se unieron en un acto de solidaridad y amor hacia el indefenso animal. Juguetes, comida, caricias y palabras amables se convirtieron en el bálsamo que sanaba las heridas invisibles en el alma de Lukas. El colegio se transformó en su refugio seguro, en un lugar donde el afecto reemplazó el dolor del pasado.

Los días transcurrieron entre risas, juegos y muestras incondicionales de cariño. Lukas se convirtió en la mascota no oficial del colegio, llenando cada rincón con su alegría contagiosa y su nobleza sin límites. Su presencia se volvió imprescindible para la comunidad

educativa, recordándoles a diario que el amor puede sanar las heridas más profundas y transformar vidas.

La rectora del colegio, conmovida por la valentía y la lealtad de Lukas a pesar de las adversidades vividas, tomó una decisión que cambiaría para siempre el destino del pequeño perrito. Decidió adoptarlo como su propio compañero fiel, brindándole un hogar definitivo lleno de amor y protección.

Hoy en día, Lukas corre libremente por los patios del colegio, juguetea con los estudiantes y recibe el cariño incondicional de todos los que lo rodean. Su historia es un testimonio vivo de que la empatía, la compasión y la solidaridad pueden marcar la diferencia en la vida de aquellos que han sido abandonados o desamparados.

Inesperado encuentro en carretera

Por: Jazmín Angélica Caicedo

Docente: Martha Nancy González de Muñoz

Institución educativa Alberto Castilla

Ibagué, Tolima, Colombia



Esta historia se remonta a 1993, en el mes de junio. Una noche, mi abuelo encontró a una lora en medio de la vía, mientras trabajaba entregando la Postal de Onda. Él paró y se bajó a recogerla. Ella admiraba las luces del carro, como si fueran estrellas; esto le dio el chance a mi abuelo de atraparla con un saco y llevársela con él durante el trayecto. Los días pasaron y volvió a Ibagué, donde tomó la decisión de llevarla a Bogotá con su familia, dejándola a su cargo. Mi familia la conoció en una jaula, pero decidieron sacarla y darle libertad de pasearse por la casa. Tal fue la sorpresa al ver que ella no sabía volar, que, en un par de semanas, mi papá le construyó un parapeto donde pudiera descansar.

Pastora fue el nombre escogido y ella parecía aceptarlo, aunque al principio se comportaba indiferente, desconfiada y arisca, pero con el tiempo se fue acostumbrando y empezó a acercarse a la familia. Ellos le enseñaban palabras y la ayudaron a adaptarse mejor. Pastorita es una lora de muchos años, de un color tirando a verde oscuro con algunas plumas en verde claro; su cabeza tiene plumas de amarillo, de una estatura pequeña de 28cm aproximadamente, con garras pequeñas.

Mi familia solía adoptar animales; tenían un perrito llamado Mateo. Pastora y él solían llevarse muy bien, pues jugaban y a veces dormían juntos y se ayudaban mutuamente. De los buenos momentos que pasaron, uno fue cuando Pastora aprendió a decir "corra, Mateo, corra". Ella se lo decía con una actitud loca y juguetona.

Con el tiempo, Pastora tuvo un compañero y una pareja; su compañero fue un canario llamado Salomón que, lamentablemente, murió en un accidente mientras jugaba con mi papá. Con su pareja Roberto, se conoció cuando la familia vivía cerca de unos familiares. Su relación duró 2 años aproximadamente, ya que después la familia de Roberto y él se fueron a vivir a Bosa.

En consecuencia, Pastora se llenó de tristeza; ya no hablaba y no se animaba a jugar o comer. Esto sucedió varias veces, comportamiento que manifestó cuando murió mi tío o cuando mi abuelo tenía que viajar. Era impresionante el cariño que ella les tenía; era muy especial con ellos. Con el paso del tiempo su tristeza desaparecía y se recuperaba.

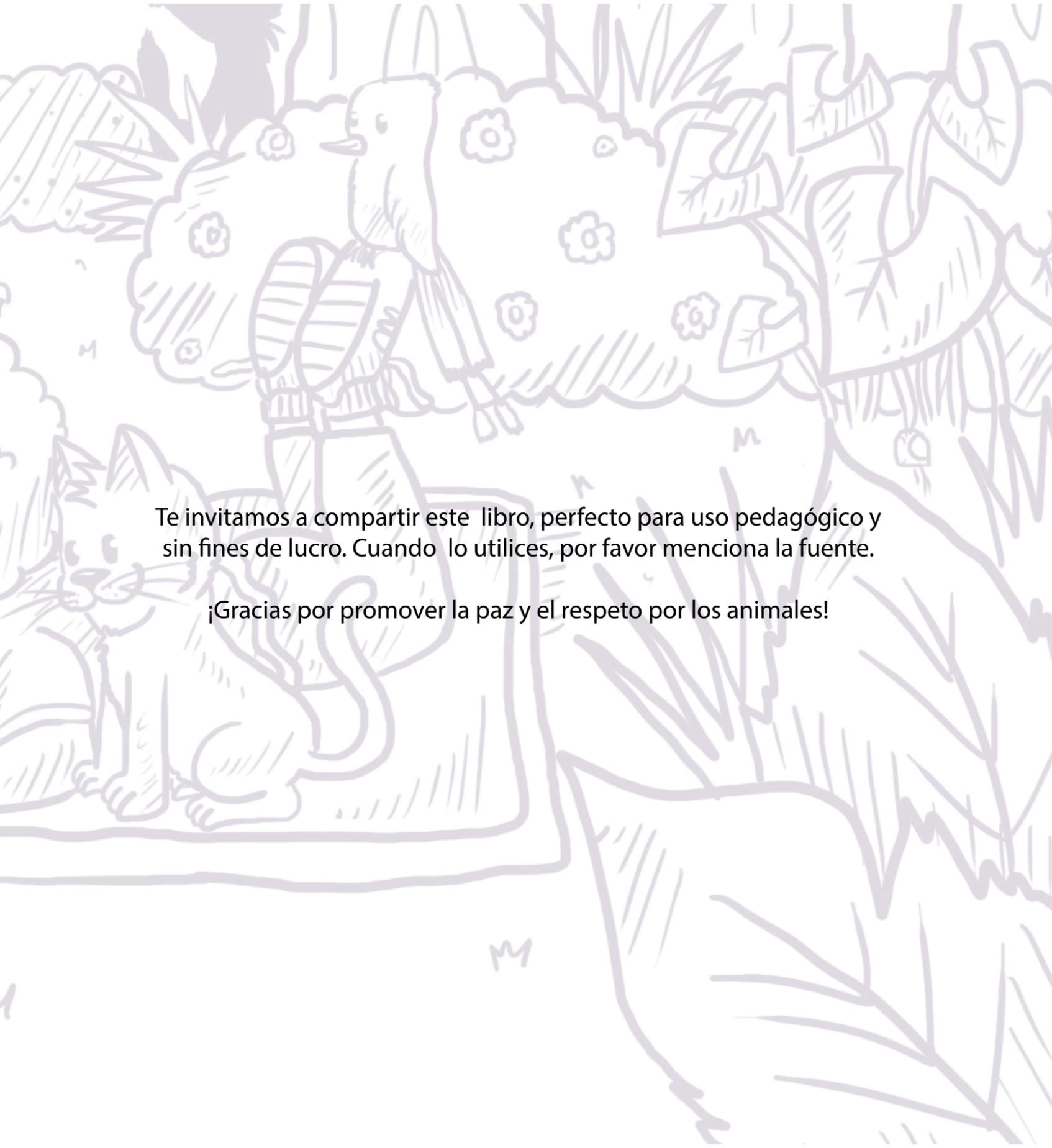
Pastorita, hasta el día de hoy, lleva 31 años con la familia y cada vez que nos ve se pone feliz; sigue jugando con los animalitos de la casa, en especial los perros. Siempre está atenta y cuando llega mi abuelo, es feliz viéndolo, hablándonos, imitándonos. Ella nos ha acompañado por mucho tiempo y, como dicen en la familia, "podemos amansar hasta un león". Ella siempre es la cuidadora y acompaña a todos los miembros de la familia; aunque nunca podrá volar o ayudarnos en la vida diaria, siempre estará ahí para todos siendo un gran apoyo emocional.

Finalmente, uno reconoce el papel que juega un animalito de estos en nuestras vidas, porque llena de alegría a toda una familia con sus ocurrencias graciosas.

Nos llena de paz, nos roba sonrisas y se hace más placentera la vida. A los animales se les debe dar un buen trato; ellos son como nosotros, merecen respeto, no son un simple animal, ellos están vivos y merecen el cariño de nosotros.



¡Conoce la historia de Ojitos Lectores!



Te invitamos a compartir este libro, perfecto para uso pedagógico y sin fines de lucro. Cuando lo utilices, por favor menciona la fuente.

¡Gracias por promover la paz y el respeto por los animales!

11^o CONCURSO

de crónica infantil y Juvenil

OJITOS LECTORES.

Acciones de Paz por los Animales

2024



-Ojitos-lectores-

Por
Patricia Pungo

Diseño, diagramación e ilustración
Rooty Head

2025